

1998

# LETRA

## INTERNACIONAL

54

800 Ptas.



### LA MALDICIÓN DEL CHE

Jan Stage

### CÓMO VEO EL MUNDO

Ryszard Kapuscinski

### EL AMOR YERMO

María Escribano

Lourdes Ortiz

Silvia Tubert

Guillermo Pérez Villalta

Rosa Pereda

Patricia Mateo

Vilém Flusser • Javier Gutiérrez Vicén • Ana María Moix  
Adolfo García Ortega • Javier Alfaya • Miguel Sáenz • Soledad Puértolas  
M.R. Barnatán • M. A. Molinero • Eliot Weinberger • Rada Ivekovic • Rosa Pereda



# CÓMO LLAMAR AL EXTRANJERO AHORRÁNDOTE HASTA UN 25%.

# 050

**EL PREFIJO PARA PAGAR MENOS  
POR TUS CONFERENCIAS.**

Ya puedes ahorrarte hasta un 25% en tus llamadas **nacionales e internacionales**.  
Simplemente marca el prefijo 050 + prefijo provincial o internacional + número de teléfono  
y... ¡Alehop! entrarás en el mundo de Retevisión.



**retevisión**

Por fin hay alguien al otro lado.

APÚNTATE GRATIS LLAMANDO AL 015

# LETRA<sup>54</sup> INTERNACIONAL

## DIRECTORES

Salvador Clotas y Antonin J. Liehm

## SUBDIRECTOR

Manuel Ortuño Armas

## COORDINADORA

Rosa Pereda

## SECRETARIA DE REDACCION

Mercedes García Lenberg

## CONSEJO DE REDACCION

Victoria Camps  
Josep M. Carandell  
Luis Goytisolo  
Jon Juaristi  
Ludolfo Paramio  
Carlos Piera  
Josep Ramoneda

## DISEÑO Y MAQUETACION

Torre de Babel, S.A.

## PUBLICIDAD

Arrando 4 Gestión  
Teléf.: (91) 531 06 58  
Fax: (91) 532 65 51

## REALIZACION GRAFICA

Carácter, S.A.



LETRA INTERNACIONAL  
ES MIEMBRO DE ARCE  
ASOCIACION DE REVISTAS  
CULTURALES DE ESPAÑA

## LETRA INTERNACIONAL

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.  
28010 Madrid.  
Teléf.: 310 46 96 - 310 47 98  
Fax: 319 45 85  
En Internet:  
<http://www.arce.es/Letra.html>

CIF n.º G-28667061  
Depósito Legal: M-4655-1986  
ISSN 0213-4721

ENERO-FEBRERO 1998

## INDICE

|   |    |
|---|----|
| • <b>Página editorial</b>   | 2  |
| • <b>Jan Stage</b><br>La maldición del Che                                      | 4  |
| • <b>Ryszard Kapuscinski</b><br>Cómo veo el mundo                               | 20 |
| • <b>Vilém Flusser</b><br>El consumo fragmentario de información                | 26 |
| • <b>Javier Gutiérrez Vicén</b><br>Derecho de la cultura. O, ¿cultura para qué? | 32 |
| • <b>Certamen internacional de ensayo</b>                                       | 36 |

## EL AMOR YERMO

|  |    |
|--|----|
| • <b>María Escribano</b><br>La toilette de Venus                             | 40 |
| • <b>Lourdes Ortiz</b><br>Retazos de un discurso amoroso                     | 44 |
| • <b>Silvia Tubert</b><br>Deconstrucción del deseo maternal en «Yerma»       | 48 |
| • <b>Guillermo Pérez Villalta</b><br>Más allá de Narciso                     | 54 |
| • <b>Rosa Pereda</b><br>De dos y no de tres. Amor estéril, ¿verdadero amor?  | 56 |
| • <b>Patricia Mateo</b><br>El ritmo del cigarrillo o el cigarro del ritmillo | 59 |
| • <b>Ana María Moix</b><br>La vocación de felicidad                          | 62 |
| • <b>Adolfo García Ortega</b><br>La vaguedad del sentimiento                 | 64 |

## LOS LIBROS

|  |    |
|--|----|
| • <b>Javier Alfaya</b> (George Steiner); <b>Miguel Sáenz</b> (Günter Grass);<br><b>Soledad Puértolas</b> (Martín Casariego); <b>Marcos-Ricardo Barnatán</b><br>(E.M. Butler); <b>Miguel Angel Molinero</b> (Manuel Castells) | 68 |
|--|----|

## CORRESPONDENCIA

|   |    |
|---|----|
| • <b>Eliot Weinberger, Rada Ivekovic, Rosa Pereda</b> | 76 |
|---|----|

La historia de la ordenación de los derechos de autor en España ha sido larga y difícil. Se cumplen ahora diez años de la promulgación de la Ley de Propiedad Intelectual actualmente vigente, una ley cuya elaboración fue increíblemente laboriosa en su intento de conjugar intereses encontrados, y que sustituía a la anterior, con más de cien años de historia.

La cultura española ha sido tradicionalmente pobre. Escribir en España era llorar —y probablemente lo siga siendo— según la queja de Larra, que se refería no sólo a las condiciones de libertad, sino también a las propias condiciones económicas, que han empujado a los creadores artísticos y literarios a unas vidas bohemias, no por exóticas menos amargas. Estamos en el país que acuñó la frase «El hambre aguza el ingenio». Y, efectivamente, ingenio es el plus que el creador, en esta época de reproducción masiva y utilización derivada de la obra artística, añade al conjunto mediático que nos rodea: imágenes y eslóganes publicitarios, tantas veces próximos a la obra artística y hasta a la poesía; vallas, *spots*, acontecimientos culturales, serían imposibles sin ese trabajo creador, primer motor de las industrias culturales y publicitarias. Y, efectivamente, y salvo excepciones exigidas por la misma dinámica de la economía de mercado, hambre, es decir, precariedad, escasez e indefensión son las condiciones generales de trabajo de escritores y artistas hasta hoy.

Y es que estamos ante un gremio contradictorio. Aún más: los artistas expresan y representan mejor que nadie las contradicciones del sistema en la época de la globalización. En primer lugar, su espacio de trabajo es un espacio económico. Las cifras de negocio de los sectores implicados —el mundo editorial, el publicitario, las instituciones propiamente culturales públicas y privadas, el mercado artístico, etcétera—, mueven cifras crecientes en la civilización del ocio, esa que no va a quedar más remedio que reimaginar y gestionar a corto plazo. Ya hay datos sorprendentes, como el lugar que ocupa el sector editorial en el *ranking* económico español, incluyendo las exportaciones, o el hecho de que el mundo de lo audiovisual, en los Estados Unidos, suponga un volumen de negocio mayor que el de su industria del automóvil. Sobre los débiles hombros de los artistas y creadores se apoya una industria cada vez más potente, con su cadena de puestos de trabajo, beneficios y utilidad social.

Si el desarrollo de la actividad artística se inscribe cada vez más dentro de la actividad económica —parece irremediable en el mundo globalizado—, la propia actividad, sin embargo, se produce y se sueña en un ámbito distinto. Podemos llamarlo creatividad, podemos llamarlo genio, o, como querían los románticos, inspiración. Algo hay de intangible en esa diferencia del trabajo creativo sobre los otros, y esa diferencia es irremediablemente individual y solitaria. De ahí salta la gran contradicción fundada en la leyenda y en la tradición, pero también en algo profundamente real, que quiere la creación artística como continuación de la personalidad individual del creador, que

siente por eso mismo la obra como propia, y el derecho a esta propiedad como un inalienable derecho humano. Este es el sentido en el que se debe entender la propiedad intelectual inscrita en la Carta de los Derechos Humanos, es decir, entre aquellos derechos a respetar sin excepción.

Pero otra cosa son los reglamentos. La reglamentación de este derecho que, en la teoría, nadie discute. Los artistas, precisamente por el individualismo que destila su propio trabajo, y en lucha con esa contradicción propia, se han articulado difícilmente en distintas plataformas y asociaciones, que encontraron su fuerza en el proceso de elaboración de la Ley que ahora cumple diez años y que, en buena medida, necesita de concreciones y relecturas, a medida que las «aplicaciones» y «derivaciones» de la obra artística —dicho sea con la suficiente ironía— van teniendo mayor importancia social y económica, lo cual parece un proceso irreversible. En este terreno, el de los pulsos y las negociaciones, es donde los espacios e instrumentos colectivos cobran la mayor importancia. No sólo se trata de la defensa de los intereses gremiales e individuales, sino de la creación de una cultura de respeto y consideración, y no de expolio; una cultura de la negociación y no de la imposición, en la que las distintas instancias de los procesos productivos tengan la voz y la fuerza que les corresponde. También en este terreno la democracia es negociación y no simple negocio. Y sólo una sociedad articulada puede producir un clima de verdadera negociación. LETRA INTERNACIONAL celebra el décimo aniversario de la Ley de Propiedad Intelectual en la conciencia de sus vacíos y del camino de trabajo abierto ante nosotros.

En este número abordamos en nuestro cuaderno central, y bajo el título «El amor yermo», un tema que permanecía en buena parte soterrado en la conciencia colectiva pero que, tan pronto ha sido diferenciado y separado, ha puesto de manifiesto su importancia. Se trata del amor como creación cultural, el amor al margen y contra las instancias biológicas y, concretamente, la reproducción. El reconocimiento de las parejas de hecho como algo distinto de la familia tradicional, incluyendo las parejas homosexuales, el alargamiento de la actividad erótica en la edad madura, la drástica disminución de la natalidad en la sociedad española, son datos con los que el lector no dejará de poner en relación estos trabajos, así vayan más a una reflexión filosófica y literaria que a la pura antropología social.

Ana María Moix, desde la memoria personal, y Adolfo García Ortega, desde un análisis de su obra poética, evocan la figura de Jaime Gil de Biedma. Jan Stage, periodista danés que y asiduo colaborador de LETRA INTERNACIONAL, invita a los lectores a seguirle en su recorrido personal por la Bolivia de los últimos días del Che Guevara; Ryszard Kapuscinski hace una reflexión íntima y política sobre el mundo en este fin de siglo, y el filósofo checo Vilém Flusser plantea su particular enfoque de la «sociedad de la información».

Entonces ruga la máquina del tiempo, me lleva, nos lleva a todos, treinta años atrás en el tiempo. Y el Che Guevara se encuentra en algún lugar allá abajo, en el beranteo de Churo. Estamos en el 4 de octubre de hace treinta años. Se estremece de fiebre; le atormenta el asma. Para mí sigue

ando un enigma que sea capaz de so-  
La máquina del tiempo me lleva, nos lleva a todos, treinta años atrás en el tiempo. Y el Che Guevara se encuentra en algún lugar allá abajo, en el beranteo de Churo. Estamos en el 4 de octubre de hace treinta años. Se estremece de fiebre; le atormenta el asma. Para mí sigue

ando un enigma que sea capaz de so-  
La máquina del tiempo me lleva, nos lleva a todos, treinta años atrás en el tiempo. Y el Che Guevara se encuentra en algún lugar allá abajo, en el beranteo de Churo. Estamos en el 4 de octubre de hace treinta años. Se estremece de fiebre; le atormenta el asma. Para mí sigue

ando un enigma que sea capaz de so-  
La máquina del tiempo me lleva, nos lleva a todos, treinta años atrás en el tiempo. Y el Che Guevara se encuentra en algún lugar allá abajo, en el beranteo de Churo. Estamos en el 4 de octubre de hace treinta años. Se estremece de fiebre; le atormenta el asma. Para mí sigue

ando un enigma que sea capaz de so-  
La máquina del tiempo me lleva, nos lleva a todos, treinta años atrás en el tiempo. Y el Che Guevara se encuentra en algún lugar allá abajo, en el beranteo de Churo. Estamos en el 4 de octubre de hace treinta años. Se estremece de fiebre; le atormenta el asma. Para mí sigue

ando un enigma que sea capaz de so-  
La máquina del tiempo me lleva, nos lleva a todos, treinta años atrás en el tiempo. Y el Che Guevara se encuentra en algún lugar allá abajo, en el beranteo de Churo. Estamos en el 4 de octubre de hace treinta años. Se estremece de fiebre; le atormenta el asma. Para mí sigue

ando un enigma que sea capaz de so-  
La máquina del tiempo me lleva, nos lleva a todos, treinta años atrás en el tiempo. Y el Che Guevara se encuentra en algún lugar allá abajo, en el beranteo de Churo. Estamos en el 4 de octubre de hace treinta años. Se estremece de fiebre; le atormenta el asma. Para mí sigue

ando un enigma que sea capaz de so-  
La máquina del tiempo me lleva, nos lleva a todos, treinta años atrás en el tiempo. Y el Che Guevara se encuentra en algún lugar allá abajo, en el beranteo de Churo. Estamos en el 4 de octubre de hace treinta años. Se estremece de fiebre; le atormenta el asma. Para mí sigue

ando un enigma que sea capaz de so-  
La máquina del tiempo me lleva, nos lleva a todos, treinta años atrás en el tiempo. Y el Che Guevara se encuentra en algún lugar allá abajo, en el beranteo de Churo. Estamos en el 4 de octubre de hace treinta años. Se estremece de fiebre; le atormenta el asma. Para mí sigue

# La maldición del Che

Jan Stage

Tomamos la última curva. Polvo, socavones y piedras. La radio del coche toca uno de los famosos tangos de La Boca, allá en Buenos Aires: *Caminito*. Entonces, La Higuera aparece ante nosotros. Un pueblo tan famoso como ese tango. Es mediodía. Las cigarras cantan como enloquecidas. Las casas, rechazantes, están cerradas. No se ve un alma. Los cerdos yacen a la sombra como muertas pellas de barro. La calle que sube a la plaza lleva el nombre de «Avenida del Nueve de Noviembre». ¡Avenida, por Dios! No es para tanto. Se trata de un surco que rodea la plaza, pasando ante un busto del Che Guevara sobre un descompuesto pedestal, hasta llegar a la casita de la escuela, donde el legendario comandante fue asesinado hace treinta años. *Caminito*. «¡Adios, caminito!»

Estuve aquí hace treinta años. Y han pasado diez años desde la última vez que vine. Treinta años de mi vida. Aunque no siempre, sí he pensado con frecuencia en este absurdo lugar. Sueños. Pesadillas. Aquí sucumbió mi juventud bajo una lluvia de balas. Sí, disculpen el tono patético. Pero así fue.

Pasamos ante el pequeño edificio que un día ofreció el marco externo a un crimen previsible, pero vergonzoso. Las paredes están recién encaladas, el edificio tiene un tejado nuevo, y ha sido instalado un acumulador solar que proporciona energía cuando la noche y el frío caen sobre el pueblo. Y todo ha sido pagado por la embajada cubana, allá arriba, en La Paz. Es algo bueno y bello, porque ¿hay algo mejor que la salud y la medicina? Precisamente en esto se ha convertido la escuela: en un centro de primeros auxilios. Un área para la medicina, un lugar para el cuidado de la salud, profundamente hundido en esta tierra montañosa, profundamente hundido en el interior de Bolivia, donde uno tiene suerte si llega a celebrar su cincuenta cumpleaños.

Las paredes han sido restauradas, y me gusta lo del acumulador solar. Pero sé exactamente adónde he llegado. Que modifiquen lo que quieran. Donativos cubanos por aquí, médicos y sanitarios por allá. Porque allá abajo, en el interior del edificio, en la oscuridad y la sombra, detrás de una montaña de medicamentos y ampollas y paquetes de gasas y talonarios de recetas, y muletas y una sencilla silla de ruedas, sí, allí, justo al lado de la ventana, se encuentra ese terrible rincón en el que el Che Guevara estuvo sentado en una silla vacilante,

con las manos atadas a la espalda, esperando su ejecución. Esperar de ese modo la propia muerte no es agradable. Se me permitirá constatar esto sin que los pardos revisionistas de la historia, con sus confusos informes y mortalmente aburridos tratados sobre quién fue el primero en tener la culpa, escriban para la «Libre Sociedad de Mercado S.A.» lo espantoso que fue el Che Guevara. Lo asesino. Lo «loco» que estaba. Lo mucho que se equivocó. Que fue un «estalinista», escribirán. Que en Cuba ejecutó a docenas, cuando no centenares o miles de adversarios de la Revolución. Estaba loco. El «loco» Guevara. Si tan sólo hubieran estado aquí. Esos eternos estudiantes. Esos aspirantes a la reválida que se han aprendido de memoria la frase «derrumbamiento del socialismo». Sí, tendrían que haber estado aquí. Entonces habrían visto y atestiguado cómo muere un hombre una muerte correcta. No ese «A ver si disparas bien, animal», que se supone dijo el Che Guevara cuando su asesino, el sargento borracho Mario Terán, entró en la casa y cargó su pistola ametralladora UZI.

No, me refiero a esa muerte espantosa que el Che Guevara murió unos segundos antes de que lo mataran. Porque hay una muerte anterior a la muerte. Qué terrible tiene que haber sido. Pero él se la había buscado, escriben los aspirantes a reválida en sus cuadernos cuadriculados en el Hellerup de Copenhague. Era un demonio. Tuvo lo que se merecía. Y luego escriben ensayos sobre la «nueva filosofía francesa» o la infinitud del Universo. O viajan a Bali y vuelven y han visto el origen del mundo, y se exhiben sin vergüenza en Copenhague con las uñas de los pies pintadas de azul y afirman haber encontrado la verdad muy al Este de Suez, donde el último es el primero. Pero no son más que niños de teta. Porque no saben lo que es ser asesinado, merecidamente o no. Hace daño. Un daño horrible. No es una historia de Peter Plys. O Suzanne Bröger. O Peter Höeg. Es la realidad. La consecuencia de haberse equivocado. Y entonces las balas golpean. Y el dolor dura una eternidad. Y me imagino que el Che Guevara («Oh, ¿es que no vamos a librarnos de tener que seguir oyendo hablar de él?») sintió como en una pesadilla *post mortem* cómo le cortaban las manos, cómo trataban de hacerle una mascarilla mortuoria, cómo le pinchaban y picaban las costillas como si fuera un segundo Cristo. Y todo eso hacía un daño tan espantoso.



Sven Claus Bloch: La Higuera, Bolivia.

También ser un soldado boliviano y morir en una ladera bajo las balas de Guevara duele, eso está claro. Pero así es la guerra, la guerra que él llevó a los bolivianos hace treinta años, creyendo que se podía unir a Sudamérica en una única y gran nación, implantar el socialismo y expulsar a los explotadores y, disculpen la expresión, lacayos del capitalismo.

Pero falta aún mucho para aquel día y aquella hora en que el Che Guevara morirá. Llego a La Higuera y vivo, cómo podría llamarlo, una «bienvenida del silencio». Y todo apesta, por lo que nos damos cuenta de que tenemos que irnos de aquí. Aquí no hay agua. Aquí hay peste de la patata. Aquí hay descomposición y fosilización. Aquí no hay esperanza.

Y entonces ruge la máquina del tiempo: me lleva, nos lleva a todos, treinta años atrás en el tiempo. Y el Che Guevara se encuentra en algún lugar allá abajo, en el barranco de Churo. Estamos en el 4 de octubre de hace treinta años. Se estremece de fiebre, le atormenta el asma. Para mí sigue siendo un enigma que sea capaz de seguir escribiendo su diario. Tiene que saber que morirá pronto. Que su plan de «liberar» todo un continente es una locura. Que ha despilfarrado su vida. Que se ha equivocado. Que nadie, absolutamente nadie, le respalda. Que está solo. Que no hay ningún país al que pueda volver. Que ha arrancado todas las raíces. Que se está muriendo de asma y de soledad.

Pero no: no es posible ver esto en su diario. Lo lleva de forma casi maniática, con todos los detalles, por insignificantes que sean. No es el diario de un hombre, sino el de una máquina. Una máquina que se ha atascado en el lodo, en la selva, en profundos barrancos en los que pocos hombres se han atrevido a poner pie.

«Después de descansar en el barranco, lo seguimos a pie cuesta abajo durante cosa de media hora, hasta encontrar otro que se unía con él, y lo subimos para descansar después hasta las 15 horas, con el fin de protegernos del sol».

Sí, así es: hasta del sol tenía que huir. Tenía que evitar a los *rangers* a toda costa. Cualquier contacto con los campesinos locales era arriesgado y pe-

ligroso. Le denunciaban y se mostraban parlanchines con las autoridades y con el Ejército. Y los perros vagabundos, incluso ellos se habían convertido en enemigos. Ladraban a esta tropa de guerrilleros que había partido a liberar Sudamérica casi once meses antes, y ahora no era más que un grupo de fantasmas errantes.

Dos días después, el 6 de octubre, las cosas no van mejor: «Nuestros informes indicaban que muy cerca de nosotros había una casa, pero también agua en un barranco un poco más alejado. Fuimos hasta allí y nos cocimos durante todo el día bajo una gran piedra, que sirvió de tejado, aunque no hallé descanso en toda la jornada, porque nos acercábamos a plena luz a zonas habitadas, y seguíamos en una hondonada».

Y el 7 de octubre, la última fecha del diario, las lacónicas notas del Che adoptan ese tono de ironía típico en él: «El día en que hace 11 meses comenzamos nuestras actividades guerrilleras transcurrió idílico y sin complicaciones; hasta las 12.30, cuando una anciana que cuidaba una cabra llegó hasta el barranco en que nos encontrábamos, y hubimos de apresarla».

¡Idílico y sin complicaciones! El Che está rodeado. Sufre de asma y casi no se puede mover. Cuando empezó con su «segundo Vietnam» tenía tras de sí a medio centenar de hombres. Ahora sólo le quedan 17. Y todos están hambrientos. Su ropa está hecha jirones. Sus botas están rotas, después de una marcha de meses por la selva. La munición se acaba, y no saben exactamente dónde se encuentran. Su última acción, antes del combate decisivo y final del mediodía del 8 de octubre, es el apresamiento de una anciana.

En Santa Cruz, la ciudad de provincias al este de Bolivia que se ha hecho grande y rica con un activo tráfico de drogas, se encuentra el hombre que treinta años antes tomó prisionero al Che Guevara: Gary Prado Salmón, entonces un joven y recién ascendido capitán de *rangers*, hoy general retirado y senador del partido MIR, Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Prado va en una silla de ruedas. En 1981 resultó gravemente herido en uno de los innumerables intentos de golpe de Estado en Bolivia. Está paralizado de cintura para abajo. Pero es un hombre que parece haberse conformado con su destino.

Sabe muy bien lo que dice la gente: que está bajo la *maldición del Che*, y que está encadenado a una silla de ruedas por el resto de su vida por haber apresado al Che Guevara y haber participado después en su asesinato. Se trata de un elemento del mito. Y, desde un punto de vista estático, no hay mucha distancia desde el mito hasta la realidad.

La mayoría de los altos oficiales que entonces fueron responsables de la liquidación del importante prisionero han hallado en los años siguientes una muerte violenta e

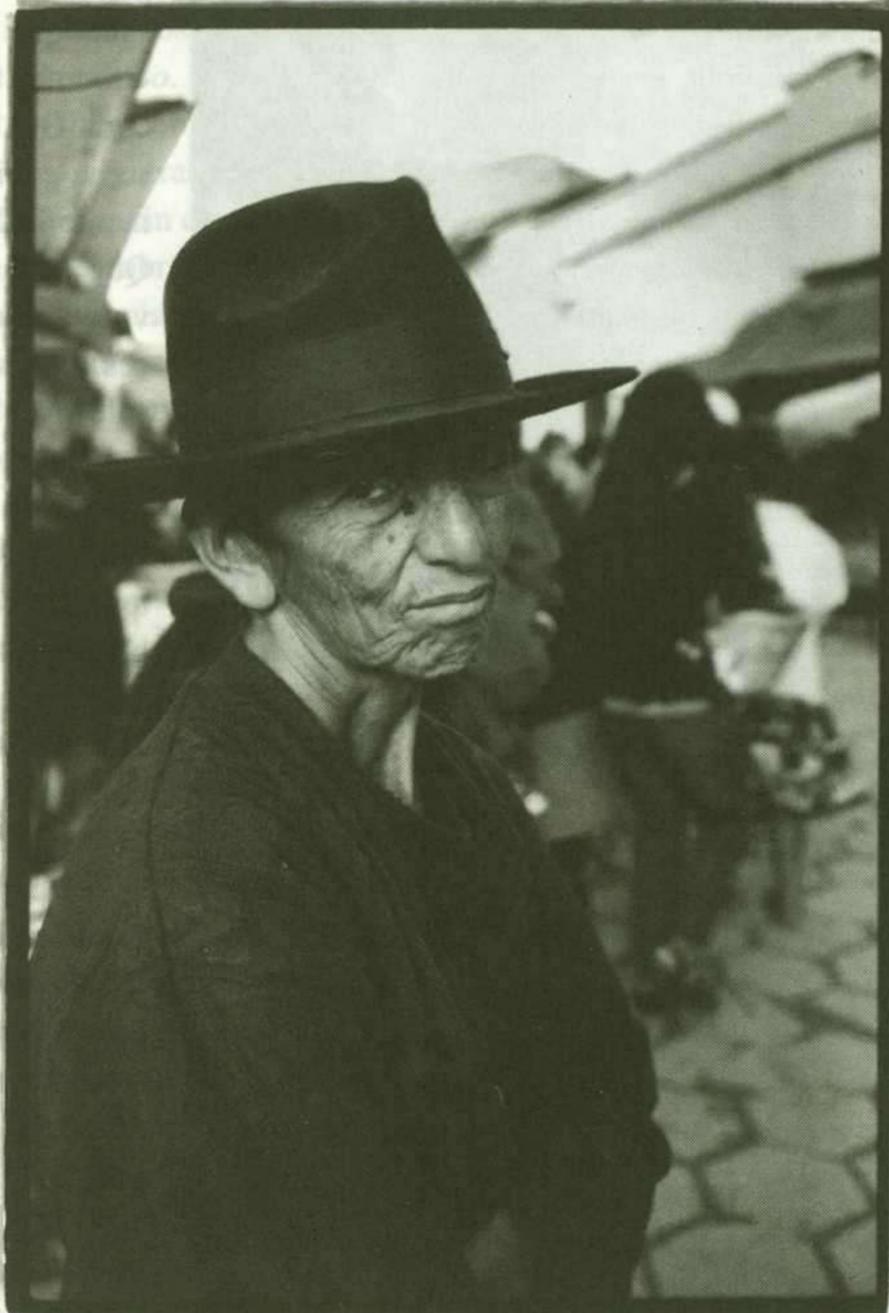
inesperada: el general Barrientos, entonces Presidente, perdió la vida en 1969 en un accidente de helicóptero. El coronel Roberto Quintanilla, jefe del servicio de información boliviano y el hombre que cortó las manos al Che, fue abatido a tiros en 1971 en Hamburgo, donde ejercía de cónsul boliviano. El general Juan José Torres, miembro del Estado Mayor de Barrientos, llegó a Presidente, pero fue derrocado con posterioridad y enviado al exilio en Argentina, donde en 1976 lo asesinó un escuadrón de la

muerte. El coronel Joaquín Centeno Anaya, el oficial que aparece en primerísimo plano en la famosa fotografía del Che Guevara muerto en la mesa de disección del hospital de Valle Grande, fue abatido a tiros el mismo año en París. Y el coronel Andrés Selich, un fanático anticomunista de origen croata y el más celoso de los asesinos del Che, intentó en 1973 derrocar al dictador en ejercicio, general Hugo Banzer. Pero salió mal; Selich fue detenido y muerto por los esbirros de Banzer.

Y, con total independencia de la jerarquía militar boliviana, tenemos al agente de la CIA Félix Rodríguez, que supervisó en octubre de 1967 el apresamiento del Che, fotografió su diario, se metió al bolsillo su Rolex y fue el último en fotografiarse con el Che Guevara herido y condenado a muerte. Hoy, Rodríguez

lleva una tranquila existencia de pensionista en un suburbio de Miami. Sin embargo, en sus escritos autobiográficos, que Gary Prado no considera especialmente fiables, Rodríguez afirma con total extravagancia que se le contagió el asma del Che y hoy sólo puede respirar con gran esfuerzo.

Y finalmente el sargento Mario Terán, el asesino directo del Che, el sargento que, junto con otros cuatro, se ofreció voluntario y fue escogido porque era su cumpleaños, y el 9 de octubre de 1967, a las 13.10, entró a la escuela y disparó sin decir palabra un cargador entero sobre el preso que tenía las manos atadas a la espalda. Mario Terán ha intentado suicidarse. Hoy está considerado psíquicamente débil y se gana la vida como chófer en la



Sven Claus Bloch: *La Higuera, Bolivia.*

frontera brasileña, si es que no lleva un taxi, excepcionalmente, en Santa Cruz, donde mucha gente le conoce y opina que en su caso es *la maldición del Che* la que ha destruido su vida.

Gary Prado sonrío. ¡Maldición! No, eso son tonterías. Pero cuando piensa en aquel tiempo y en el día en que estuvo frente a frente con el Che Guevara, y siendo un joven y anónimo oficial se hizo de golpe mundialmente famoso y entró en la Historia Universal, se da cuenta de que todo aquello tiene «rasgos surrealistas»: el pequeño grupo del Che, vagando como *zombies* y corriendo de forma casi patética hacia la aniquilación.

«Como si vivieran en otra época», dice el general. «Se encontraban en su propia e irreal realidad. Se habían extraviado, no sólo en sentido geográfico, y estaban perdidos. Habían perdido incluso su sentido físico de la orientación. Tenían algo, no sé cómo expresarlo, algo de “bíblico”, una especie de figura de Cristo, rodeado de sus discípulos...»

Prado se yergue. Su mirada está vacía, como si viera las escenas de entonces.

«Pero es que era otra realidad», prosigue entonces. «Guevara había llevado a nuestro país una guerra que costó la vida a medio centenar de soldados y dejó atrás el doble de heridos. Y Bolivia se dividió. Fue una época desgraciada. Todos sufrieron por ello. Pero ya que hablamos de ello quisiera añadir que considero errónea la decisión de liquidarlo. Completamente errónea. Pero entonces no éramos tan refinados. Pensábamos de forma más primitiva. Un proceso habría sido mejor. Así lo vieron la mayoría de mis compañeros oficiales. Un proceso y una sentencia. Y un billete de vuelta a Cuba, con Castro. Desde un punto de vista táctico y estratégico, habría sido lo más inteligente, porque entonces Castro habría tenido un problema, con un Che humillado. Un gran problema. Y él, Castro, tarde o temprano habría tenido que ejecutar al Che...»

«Pero no fue así. Murió a tiros aquí, y eso tuvo dos consecuencias. Participamos en la creación del mito que hoy recorre medio mundo. Esa fue una, y no la considero tan seria, porque hoy el Che es casi una manifestación religiosa, y está, curiosamente, rodeado de un circo comercial, de toda una industria capitalista de la que es posible afirmar que no sigue su espíritu, y de la que él se habría distanciado. La segunda consecuencia es más seria: las fuerzas y los oficiales más reaccionarios tuvieron campo libre, porque consideraban la liquidación de Guevara como un triunfo de su anticomunismo. En los diez años siguientes vivimos una ola de golpes e intentos de golpe militar, y luego la democracia echó raíces y creció en la cosmovisión de mucha gente. La presencia del Che aquí en Bolivia nos mostró lo atrasado que estaba el país. Se puede decir que tenemos que estarle agradecidos porque, a pesar de sus métodos, participó en la introducción de la democracia en nuestro país. Así lo entiendo hoy. Esa es la

herencia que ha dejado. Prometió mejorar la situación de todos los bolivianos. Y mantuvo esa promesa...»

El general se inclina con esfuerzo y quita una pelusa de su reluciente zapato izquierdo.

«Una extraña paradoja», dice entonces. «Por favor, no olvide mencionarla cuando me cite. Y ahora tenemos que despedirnos. De repente me siento cansado. No soy más que medio hombre. Pero soy optimista. Porque los muertos de entonces, la guerra y la brutalidad y las largas marchas por la selva tuvieron un *happy end*. ¿No se dice así? Un *happy end*.»

Eso dijo el general Prado abajo en Santa Cruz. Y aún pienso en ello cuando, con una nube de polvo detrás de nosotros, conducimos por la carretera de montaña que va de La Higuera a Valle Grande. Y entonces, de repente, mi amigo Marcos me dice que allí está la «enana». Señala en línea recta a un pequeño grupo al borde de la carretera: un mulo, un tipo alto, y esa enana, que se llama Virgilia Cabrita y es madre de cinco chicos esbeltos y sanos. Virgilia es una figura «histórica». Porque está mencionada en el diario del Che el 7 de octubre.

Paramos y nos sentamos con ella, charlamos un poco, tiramos piedras al barranco y contemplamos las azules montañas. Virgilia es muy profesional, y cuenta por quién sabe qué vez la historia de cómo cuando tenía siete años fue con su madre a llevar a los «extranjeros» agua y un poco de comida, unas patatas y un poquito de yuca. Y en esa ocasión la vió el Che Guevara, y se quedó mirándola de un modo que ella nunca olvidará. Luego le explicó que habían venido para que a todos, sobre todo a los pobres, les fuera mejor, y para que tuvieran medicinas y agua corriente y escuelas y carreteras de verdad. Y así fue, dice. «Hace mucho que él está muerto, el pobre, pero a nosotros nos va mejor, tal como él quería.»

#### EL MOTÍN DE LA HABANA

Piero me llama a mi habitación. Se disculpa por haber venido un poco antes de lo acordado. Si no estoy listo, puedo tomarme tiempo. No le importa esperar en el vestíbulo. El hotel Habana libre es el único lugar de la ciudad en el que se puede tomar un ron decente. Respondo que está bien, ya voy. Estaba escribiendo las últimas líneas de un artículo mortalmente largo sobre la zafra, que amenaza con ser otra catástrofe, aunque Castro ha prometido nuevos récords. Estamos en marzo de 1967. Sigue siendo la época de las promesas.

Cuando bajo, Piero está sentado bajo las palmeras con tres vasos vacíos delante. A pesar de lo que ha vivido, es un hombre alegre. Es fidelista convencido y se siente a gusto en Cuba, aunque desprecia a los técnicos y asesores militares soviéticos. Tiene sus motivos. Piero fue partisano

en los últimos años de la guerra, y era miembro del ala más indomable del Partido Comunista Italiano. También era miembro del grupo que apresó y ejecutó a Mussolini y su amante, delante de las narices de la dirección del partido y de los americanos, que daban mucha importancia a que se hiciera al Duce una especie de proceso de Nuremberg. Había sido una empresa arriesgada, y la mayoría de los de su grupo habían sido liquidados después de la guerra por encargo del partido o por fascistas sedientos de venganza. Pero Piero había tenido la suerte de poder ir al exilio a Praga, donde vivió muchos años bajo la protección del KGB, hasta que fue enviado a Cuba con la recomendación de ser un magnífico especialista de la industria siderúrgica.

Y ahora es una de esas extrañas figuras que, como el asesino de Trotski, Ramón Mercader, viven en una especie de prisión abierta.

Estamos en el 13 de marzo de 1967, y vamos a ir juntos a la Universidad a escuchar el discurso de Castro. Es una tradición que en el discurso anual del 13 de marzo ajuste cuentas con los enemigos, reales o imaginarios, de la Revolución.

«Se está cocinando algo», dice Piero cuando salimos a la calle. «Tú espera. Castro está furioso con la Unión Soviética.»

Hablamos del Che Guevara y todos los demás comandantes y miembros del Comité Central que han desaparecido de forma misteriosa, inexplicable. Hace dos años que no se sabe nada de él. Muchos creen que el Che ha muerto. Pero nadie sabe nada. Y eso es raro, Cuba es una isla pequeña. Todos hablan. Castro se ha limitado a decir que el Che se encuentra allá donde la Revolución le necesita. ¿Ha caído en desgracia, cosa no inhabitual en el círculo íntimo de Castro? ¿Está en prisión? ¿O cosechando tomates?

Poco después, estamos hombro con hombro con miles de cubanos y escuchamos, profundamente asombrados, un ataque no directamente dirigido a la Unión Soviética y el campo socialista, sino a los partidos comunistas latinoamericanos. Son una mafia, grita Castro desde la tribuna. Son traidores. Son cobardes. Derechistas. Derrotistas. Y abandonan el camino de la lucha armada, el único que conduce a la Revolución.

Tras el discurso, bajamos la calle 23 hasta el Malecón, nos sentamos en la balaustrada y miramos hacia el mar.

«Está pensando en el Che», dice Piero. «Lo noto. Nos esperan grandes tiempos.»

No pasan ni dos semanas antes de la siguiente jugada de Castro, esta vez más sutil, pero inconfundible como siempre. Hacia el 1 de abril, el instituto estatal del libro reparte por toda la Habana un pequeño folleto. Todos lo leen, porque saben que el Instituto del Libro sólo publica libros que cuenten con la bendición de Castro. Se trata del ensayo del joven intelectual francés Régis Debray

*¿Revolución en la Revolución?*

Pero el verdadero autor es Castro. Un largo monólogo al que Debray sólo presta su nombre, y que vuelve a atacar a los partidos comunistas latinoamericanos por dogmáticos, burocráticos y sectarios, y dice que hay una sencilla razón por la que jamás harán la Revolución en Sudamérica: porque se limitan a las metrópolis, mientras los verdaderos problemas del continente se encuentran en los distritos rurales, devastados por la miseria. Sólo la guerrilla puede formar un ejército popular. Basta de trabajo político. Viva la lucha armada. «La mejor propaganda es una exitosa operación militar», escriben Debray/Castro. Y en el curso del texto los asociados condenan los métodos de la lucha de clases europea y rechazan las huelgas y manifestaciones como vía para la toma del poder por la clase trabajadora.

Moscú reacciona con el silencio, pero llama a «consultas» a su embajador. El Partido Comunista Francés califica a Debray, y por tanto indirectamente a Castro, de «pequeño oportunista burgués». El partido de los comunistas italianos advierte contra la utilización de *Revolución en la Revolución* como manual.

Pero el camino está trazado. El siguiente asalto llega el 15 de abril. Y ahora Castro viene con una auténtica sorpresa: un largo «mensaje» del Che Guevara, que, con el remite en «algún lugar del mundo», escribe que el campo socialista traiciona a los vietnamitas en su lucha contra los imperialistas americanos. «Si analizamos la soledad de los vietnamitas, nos preocupa este momento carente de lógica en la historia de la humanidad», prosigue. «El imperialismo norteamericano es culpable de la agresión. ¡Eso lo sabemos muy bien, señores! Pero también son culpables aquellos que en el momento decisivo dudaron a la hora de hacer de Vietnam parte del inviolable territorio socialista.»

Hacia el final de su mensaje, Guevara dice que al mundo le espera una larga guerra, y nadie debe dudar si entrar en ella. Y nadie debería dudar si emprenderla por temor a las consecuencias, porque la guerra es la única esperanza de victoria para la Revolución.

El motín de La Habana ha empezado.

Hoy, más de treinta años después, todo esto suena loco y desequilibrado: un llamamiento a una guerra mundial hecho por un hombre con barba y fusil desde «algún lugar del mundo» y unos cuantos discursos incendiarios de otro hombre, un dictador aislado por el resto del continente en una isla en el Caribe.

Pero Che Guevara y Fidel Castro tienen que ser juzgados con el telón de fondo de su tiempo. Se trataba de un mundo estancado y petrificado en la Guerra Fría. Latinoamérica estaba «desgobernada» por una serie de absurdos dictadores: Batista en Cuba, Trujillo en Santo Domingo, Somoza en Nicaragua, Pérez Jiménez en

Venezuela y Juan Domingo Perón en Argentina, por citar solamente unos cuantos. Los americanos desembarcaban en Líbano, los ingleses ocupaban el Canal de Suez, Argelia era francesa y Angola y Mozambique eran colonias portuguesas. Los soviéticos ahogaban en sangre la insurrección húngara, en el Congo era asesinado Patricio Lumumba, y el ejército colonial francés combatía en Vietnam y sufría su derrota decisiva en Dien Bien Phu.

En ese mundo, de principios de los cincuenta a principios de los sesenta, se formaron Che Guevara y Fidel Castro. Su actitud se vió confirmada cuando, en los últimos días del año 1958, echaron de Cuba al tirano Batista, y después a las potencias coloniales, y asumieron todo el poder. Necesariamente tuvieron que pensar: Nosotros no podemos estar equivocados. Y siguieron dentro de su universo, mientras el mundo circundante cambiaba poco a poco. Cuando Che Guevara se marchó a Bolivia, en la Habana aún se veían por doquier dictadores, potencias coloniales y conspiraciones, y el mundo sólo podía ser redimido por la lucha armada. La coexistencia pacífica era una derrota para el socialismo, como la crisis de octubre de 1962 había demostrado con lamentable claridad.

De este modo, desde la lejana Habana Castro apoyó al Che durante toda la campaña de Bolivia. Por tanto, no se puede decir que «traicionó» a su compañero en lucha. Además, se encontraba en la cómoda situación de que tenía ventaja pasara lo que pasase. No podía perder: si Guevara lograba incendiar toda América Latina, él sería el padre ideológico, y Guevara estaría lo bastante ocupado como para no quedarse a criticar en La Habana. Y si Guevara resultaba vencido y muerto quedaría un mito que, posiblemente, se podría utilizar de múltiples maneras. Había en todo el asunto una especie de ambiente de «a ver qué pasa».

Sin embargo, el 27 de junio de 1967 Castro recibió una visita inesperada, algo desagradable. El jefe del Gobierno soviético, Alexei Kosigyn, le hizo una visita re-

lámpano a la vuelta de una minicumbre con el Presidente Lyndon B. Johnson en Glassborough, EE.UU. Los cubanos acogieron gélidamente a Kosigyn. No hubo gran recepción en el aeropuerto. No hubo caravana triunfal hasta La Habana. No hubo abrazo de Castro. Y, aún más significativo: sólo aparecieron pequeñas notas en el periódico del partido cubano, *Granma*.

Kosigyn había venido para dejar inequívocamente claro a Castro que los créditos soviéticos no eran de cuantía y duración ilimitadas, y que la Unión Soviética seguía con preocupación la evolución de los acontecimientos tanto en Cuba como en América Latina. Y que el envío y abastecimiento de grupos revolucionarios a Bolivia y Venezuela sólo creaba problemas entre las grandes potencias. Además, Kosigyn opinó sobre el racionamiento de la gasolina y sobre la planificación económica en Cuba. Los envíos soviéticos de petróleo no podrían mantenerse en el actual volumen. En resumen, algo que Castro podía entender como una mezcla de amenazas y advertencias.

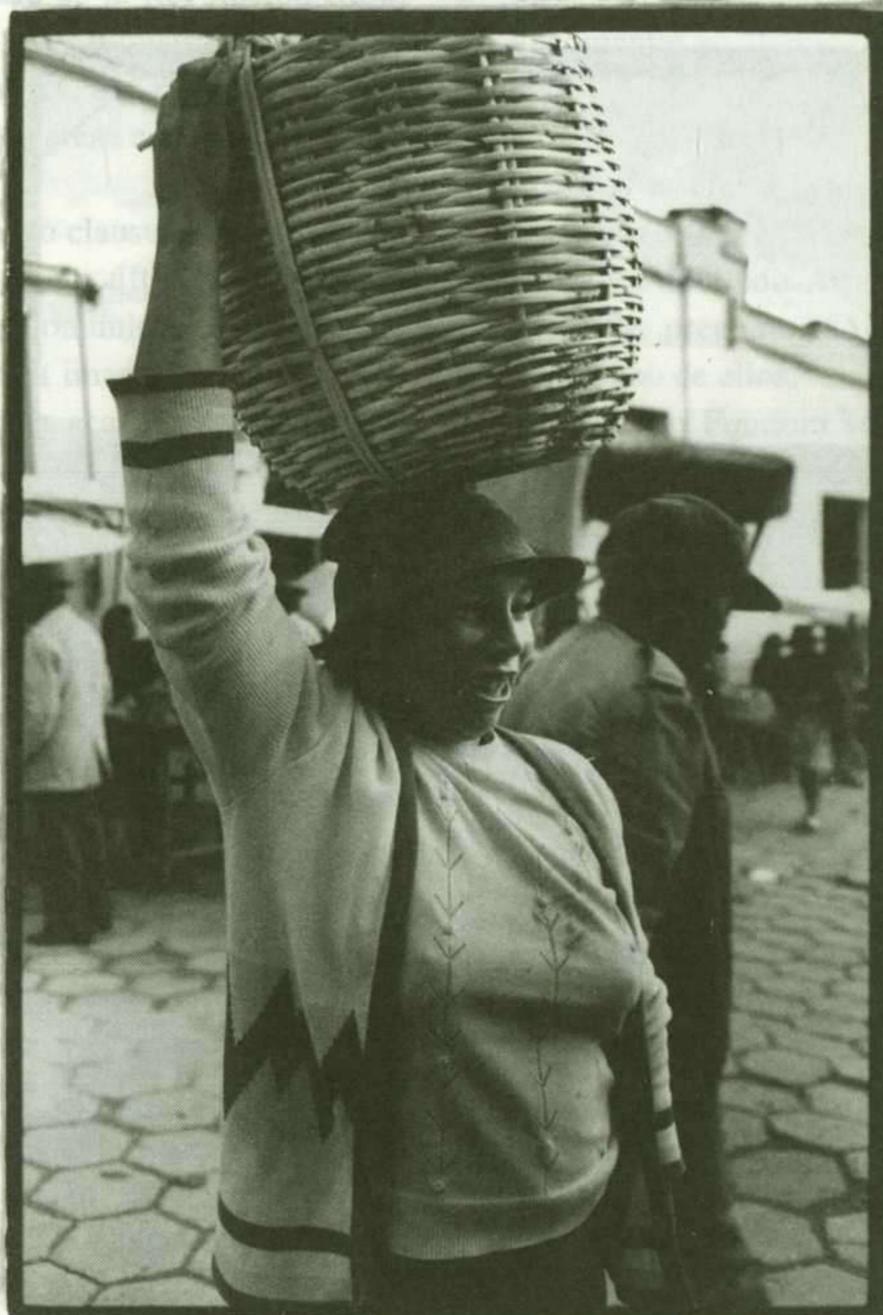
Casi inadvertido, Kosigyn regresó al aeropuerto y volvió a Moscú.

Un mes después llegó la desafiante respuesta de Castro: en una manifestación masiva el 26 de julio, declaró que en caso de agresión Cuba combatiría «aunque estemos solos».

El mismo día, Guevara escribe en su diario: «Por la tarde, pronuncié una breve alocución sobre el significado del 26 de julio: revuelta contra las oligarquías y contra los dogmas revolucionarios. Fidel mencionó escuetamente a Bolivia».

Una semana después del discurso de Castro empieza el llamado *Congreso de Solidaridad Latinoamericana*. Una misteriosa empresa, cuyo objetivo era entretanto bastante claro: la reunión de los elementos más fieles a Castro en todo el continente y el simultáneo aislamiento y escarnio de los partidos comunistas tradicionales.

El hotel Habana libre ofrece un marco digno de su tradición. Y entre retratos, de un metro de altura, de Simón



Sven Claus Bloch: *La Higuera, Bolivia.*

Bolívar, José Martí y Che Guevara, los cubanos presentan un documento que, en nombre de América Latina, se despidió de la «transición pacífica al socialismo». El continente ha de ser conquistado por la fuerza de las armas, tal como Simón Bolívar había hecho un siglo antes en su lucha contra los españoles. Había llegado el momento de proseguir ese camino, porque en medio del continente estaba un nuevo Bolívar: Che Guevara.

El Congreso de Solidaridad degenera rápidamente en una aguda crítica a las teorías revolucionarias de Moscú y a los principios leninistas.

En los países latinoamericanos, la «burguesía nacional» es demasiado perezosa y corrupta como para que los verdaderos revolucionarios puedan contar con ella. Y es una negligente friolidad esperar que el proletariado pueda por sí solo liberar al continente de la miseria. En consecuencia, la revolución tiene que ser llevada a cabo por fuerzas completamente distintas: los pequeños y decididos grupos de «internacionalistas» y sus acciones armadas. ¿Y quién es el mejor símbolo de esos grupos? ¿Quién se ha puesto a la cabeza de esa Revolución que va a ponerlo todo patas arriba? ¿Quién tiene el valor? ¿Quién tiene la voluntad? ¿Quién tiene las armas?

No puede haber duda sobre la respuesta: ¡Che Guevara!

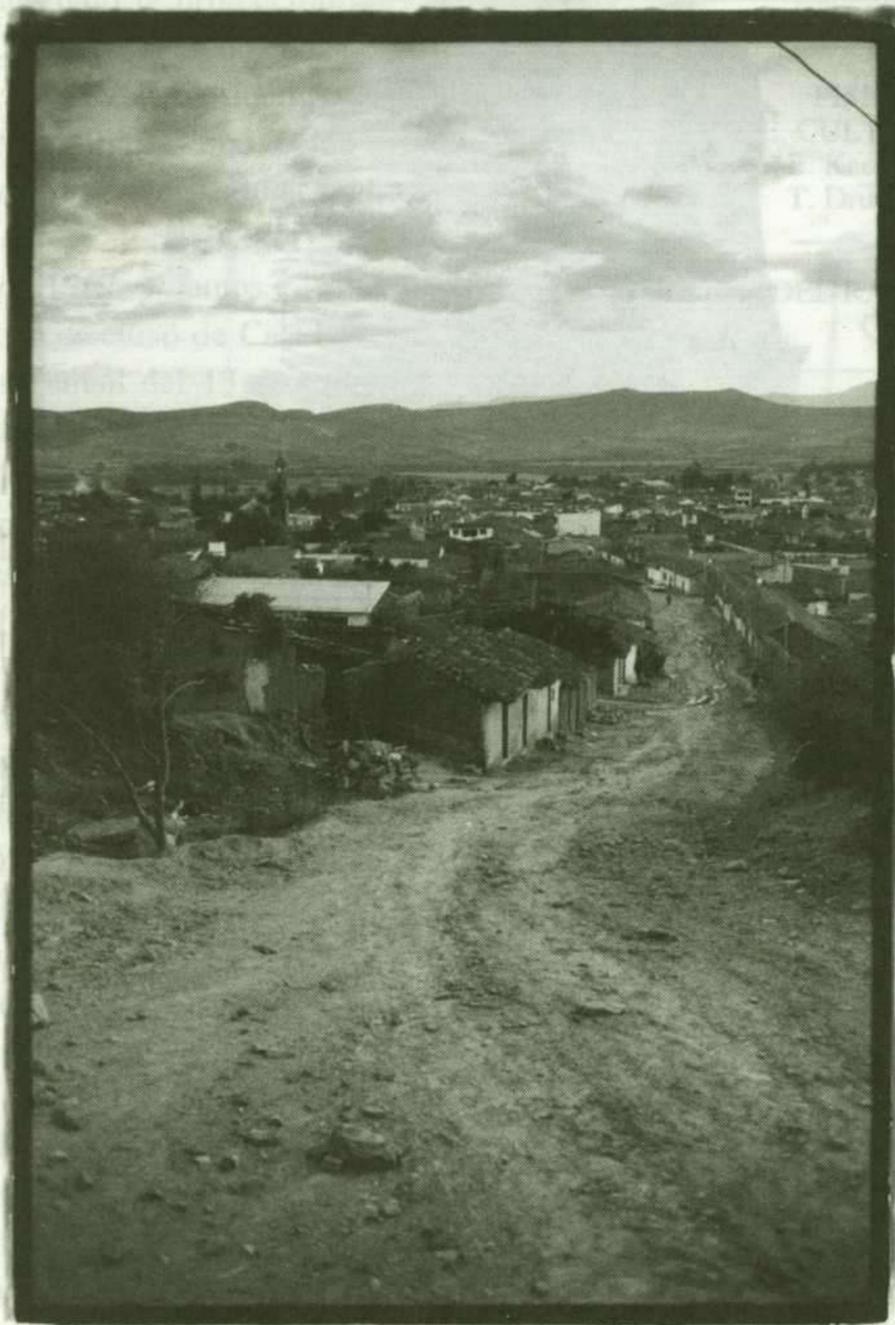
El Congreso de Solidaridad concluye en el Teatro Chaplin de La Habana. Castro habla durante horas. Empieza suave y conciliador. Pero aún no ha pasado media hora cuando deja de controlarse: critica el papel de la Unión Soviética en Latinoamérica, sus relaciones comerciales y su apoyo a Brasil y Colombia. El teatro casi hierve de frenesí. Los diplomáticos soviéticos silban. Los representantes de los partidos fieles a Moscú en América Latina continúan sentados con la cabeza baja. Aplauden sin entusiasmo cuando al final el Che Guevara es homenajeado con una ovación puesta en pie.

Al día siguiente escribe en su diario: «Hoy hace exactamente nueve meses que, con nuestra llegada, constituí

la guerrilla. De los seis primeros, dos están muertos, uno ha desaparecido y dos están heridos; yo con mi asma, sin saber cómo librarme de ella».

Al otro día dice: «Por la tarde, reuní a todo el mundo y les hablé con claridad: Estamos en una situación difícil (...), esto cambiará, pero la situación tiene que ser soportada por todos, y quien no se sienta en condiciones de controlarla tiene que decirlo. Es uno de esos momentos en que hay que tomar grandes decisiones; esta forma de lucha nos da la posibilidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón superior de la raza humana, pero nos permite también seguir siendo hombres; todos los que no puedan alcanzar ninguno de esos dos estadios debe decirlo y dejar la lucha. Todos los cubanos y algunos bolivianos declaran que resistirán hasta el final (...).»

En La Habana, en el Palacio de la Revolución, tiene lugar una fiesta para unos invitados especiales. Castro reúne en torno a sí a un pequeño grupo de intelectuales europeos y dice: «Sí, es cierto que el movimiento comunista lleva mucho camino recorrido. Si se piensa en su evolución, deja de ser llamativo que se haya desarrollado como lo ha hecho en determinados países. Todo habría sido distinto si todos los países comunistas hubieran apoyado las revoluciones como Cuba trata de hacer. Pero los únicos internacionalistas son los imperialistas. Por lo menos se apoyan los unos a los otros, y exportan sin reparos la contrarrevolución. ¿Qué otra cosa es la guerra del Vietnam sino una agresión contrarrevolucionaria de rango internacional? ¿Y qué pasa con Sudamérica, cubierta de bases militares americanas y constantemente vigilada por el Pentágono y la CIA? ¿Y qué hace el otro campo, frente a frente con estos destructivos procesos? Se conforma con predicar la paz, entonar cantos de alabanza de la coexistencia y hurgar en los archivos en busca de viejas y estereotipadas resoluciones relativas a alianzas con las burguesías nacionales. Realmente me pregunto en qué mundo vivimos».



Sven Claus Bloch: *La Higuera, Bolivia.*

El Congreso de Solidaridad concluye en el Teatro Chaplin de La Habana. Castro habla durante horas. Empieza suave y conciliador. Pero aún no ha pasado media hora cuando deja de controlarse: critica el papel de la Unión Soviética en Latinoamérica, sus relaciones comerciales y su apoyo a Brasil y Colombia. El teatro casi hierve de frenesí. Los diplomáticos soviéticos silban. Los representantes de los partidos fieles a Moscú en América Latina continúan sentados con la cabeza baja. Aplauden sin entusiasmo cuando al final el Che Guevara es homenajeado con una ovación puesta en pie.

En los dos meses siguientes, Castro guarda silencio. Las malas noticias de Bolivia se acumulan. El 31 de agosto, diez miembros del grupo de Guevara caen en una emboscada y son abatidos. En septiembre caen más, otros desertan. Finalmente, el propio Guevara es hecho prisionero y asesinado al día siguiente.

Pero aún lleva su tiempo que el golpeado Castro vuelva al suelo de los hechos y amortigüe su ira.

Cuando la Unión Soviética celebra, el 7 de noviembre de 1967, el cincuenta aniversario de la Revolución Rusa, Castro falta en Moscú. Envía a su ministro de Sanidad, comandante José Machado Ventura, una figura anónima y sin importancia. Y que encima regresa a La Habana antes de concluir las celebraciones.

El 12 de enero de 1968, Castro clausura en La Habana un gran congreso cultural con un último ataque a la Unión Soviética y los partidos comunistas tradicionales: ¿Quién ha salido a la calle con la imagen del Che y banderas rojinegras? ¿Los comunistas acaso? ¿Se han podido quizá leer en *Pravda* largos epitafios por el caído comandante Guevara? No, no había duda para Castro: «Cuando el Che murió, ¿quién alzó su bandera y desfiló tras ella por todo el mundo? ¿Quién le rindió homenaje en Europa? ¿En qué círculos fue mayor el luto cuando se conoció la noticia de su muerte? ¡No en los partidos políticos, sino entre los trabajadores de la cultura!».

En el verano de 1968 se publica el diario boliviano del Che Guevara. Castro escribe el prólogo. Está profundamente conmovido. Su estilo es fluido y elegante, pero tan amortiguado que se podría suponer que ha olvidado todo lo que dijo en los años anteriores. Su síndrome Guevara decae progresivamente. Sin duda ataca a vagos «pseudorevolucionarios, (...) oportunistas y charlatanes de todos los colores, que se autocalifican de marxistas, comunistas y cosas por el estilo, y que no se arredran a la hora de calificar al Che de loco y aventurero, cuya muerte es el canto del cisne de la lucha armada revolucionaria en América Latina». Pero sólo se menciona directamente al prosoviético Partido Comunista Boliviano: «Inútiles charlatanes e intrigantes, abortos revolucionarios, tan típicos ahora de América Latina...»

Luego se hace el silencio, hasta el 23 de agosto de 1968, cuando Castro ¡apoya en un discurso la invasión soviética de Praga! El círculo se ha cerrado. En los muchos años que habrán de seguir, el recuerdo del Che en La Habana será bien modesto.

#### DIARIO DEL PAÍS DE LOS SUEÑOS

LA HABANA, 3 DE JUNIO DE 1967

Por la tarde, en casa de Hilda. Mate y galletas secas. Los temas habituales: su querido Perú y su hija Hildita, que

ha dejado de preguntar dónde está su querido padre. Y las noticias de Bolivia, y el racionamiento en Cuba, que es cada vez peor. A ese tema no tiene que dedicar demasiado tiempo. Como esposa separada del Che disfruta de algunos privilegios, y vive en una gran casa de la Quinta Avenida, incautada a la familia Lobo, que hace mucho que ha huido a Miami.

Antes de marcharnos, me coge de la mano y me saca al jardín. «El camarada Fundora quiere hablar contigo», dice. «Te recogerán mañana. No sé lo que quiere, pero no lo comentes.»

LA HABANA, 4 DE JUNIO DE 1967

Los dos oficiales no son especialmente comunicativos. Me recogen a las 10 horas y conducen con excesiva velocidad un abollado Alfa Romeo por Vedado. «¿Adónde vamos?», pregunto. «Al Palacio de la Revolución», responde uno de ellos.

Orlando Fundora se levanta detrás de su escritorio cuando yo entro. Sé que es el Jefe de la Sección de Propaganda del partido, pero nunca he tenido ocasión de conocerle. Es alto y medio calvo. Rostro estrecho, mirada penetrante. Primero hay café, y uno de esos cigarrros que sólo se fuman en el Comité Central. Antes de entrar al verdadero asunto, demuestra sus buenos conocimientos acerca de Dinamarca. Por cortesía, supongo.

Entonces viene: que si quiero trabajar para *Prensa Latina*. Respondo que me gustaría. Al fin y al cabo, estoy un poco inactivo en La Habana.

«Entonces, te ruego que vayas mañana a Moscú y de allí a París. En Francia recibirás nuevas instrucciones. Te alojarás en el hotel Concorde. Un camarada de *Prensa Latina* establecerá contacto contigo, se llama Mario». Fundora me alarga un sobre por encima de la mesa. «Dinero y los billetes», dice secamente.

MOSCÚ, 6 DE JUNIO DE 1967

Un vuelo absolutamente absurdo. Un gigantesco, pero casi vacío TU-114 de Aeroflot. Los diplomáticos y asesores soviéticos que van a casa de vacaciones se han llevado pequeños papagayos cubanos. Algunos de ellos vuelan libremente por la cabina, mientras los hombres juegan al ajedrez y las azafatas duermen bajo gruesas mantas. El aparato tiembla, y las figuras del ajedrez se desplazan por la tabla. Antes de dormirme, pienso un poco en qué va a significar todo esto.

PARÍS, 10 DE JUNIO DE 1967

Mario me llama al hotel. Es un agradable día de junio, y propone un paseo junto al Sena.

Primero me echa una larga conferencia sobre la importancia y el crecimiento de *Prensa Latina*. Luego me dice que tengo que ir a Bolivia. He de enviar informes

desde La Paz todos los días. Sobre la situación en general. Naturalmente, no a la dirección del despacho, sino a un Apartado de Correos de París, desde el que serán reenviados. Existe gran interés en los acontecimientos en Bolivia. Y seguro que entraré en contacto con algunas personas que tienen conexiones con la guerrilla.

LA PAZ, 16 DE JUNIO DE 1967

Me va bastante mal. Me atormenta el *soroche*, la enfermedad de las alturas, y el hotel La Paz está gélido. Si mi presupuesto lo permite, voy a buscarme otro hotel un poco más abajo, en la Avenida 16 de julio.

Jadeando y con taquicardia, me arrastro hasta el palacio de la La Quemada, ocupado por el actual presidente, Barrientos, y en el que hay una especie de oficina de prensa en un lúgubre edificio auxiliar que amenaza ruina. Enseño una carta de la revista danesa *Den nye Verden* y afirmo que su tirada es más o menos tan elevada como la de *Newsweek*. Tal exageración me consigue enseguida un pase de prensa, que no obstante no permite el acceso a la «zona roja»: a Bolivia central, donde opera la guerrilla.

Conozco a Richard Gott, del *Guardian*. Sufre la misma enfermedad que yo. Un pequeño consuelo. Me pregunta cómo pienso llegar hasta la guerrilla. Respondo que no tengo ni idea. Me da una impresión nerviosa, misteriosa.

LA PAZ, 22 DE JUNIO DE 1967

Nuevo hotel. Copacabana, con vistas a la nevada cumbre del Illimani. Cena en Las siete naciones. El propietario es danés, Frode Hansen. Recuerda a un capitán de submarinos alemanes con muchas travesías a la espalda. Está en Bolivia porque las autoridades fiscales danesas quieren hacerle algunas preguntas, cosa que no oculta. Casi está orgulloso de ello. La comida es buena, y además el local tiene la ventaja de que por aquí pasan distintos ministros y altos oficiales. «Aquí siempre te enteras de algo», dice Frode. «Y cuando están borrachos se pegan fuera», añade. «Es un hermoso espectáculo.»

Arriba, en las minas de estaño Siglo Veinte, los trabajadores han empezado un levantamiento. Se dice que el ejército ha matado algunos centenares. Su líder, Simón Reyes, ha huido. Todo esto se relaciona con la guerrilla.

Desayuno en Frode. Un hombre bajito y correcto se aproxima a mi mesa. Dice que trabaja en el Ministerio del Interior. Quisiera venderme algunas fotos. Del «rojo», como él dice. De Che Guevara. Me pone delante cinco fotos y señala una. Un señor con gafas, entrado en años, que me recuerda mucho a mi profesor de matemáticas del colegio. «Este es el Che», dice. «Cinco dólares cada una.» Se queda un poco sorprendido cuando ve que no

muestro especial interés. «La mayoría de los periodistas las compran», dice.

La enfermedad de las alturas se ha calmado. Por la noche, voy a la Plaza de Murillo y busco el cine en el que pasan *Lawrence de Arabia*. Pero un joven me detiene. En alguno de esos fríos cafés de los que La Paz hierve, se presenta: Rodolfo Vázquez Viaña, el hermano de Jorge Vázquez Viaña, el único contacto de la guerrilla con la red de La Paz, desaparecido en abril y ejecutado por el Ejército.

Rodolfo quiere saber si he traído dinero de La Habana y cuándo llega la «ayuda».

Respondo que únicamente escribo artículos. Que no soy más que periodista. No lo cree. El ha oído decir otra cosa. De La Habana ha llegado una comunicación. Debo establecer contacto con Loyola Guzmán. Es responsable de la financiación de la red de la ciudad. No hay dinero, y no hay contacto con la guerrilla. Eso no es bueno. Y sin dinero, simplemente no es posible. Dentro de una semana volverá a establecer contacto conmigo. Para entonces habrá encontrado un lugar seguro en el que pueda reunirme con Loyola.

MINAS SIGLO VEINTE, 29 DE JUNIO DE 1967

Si el apoyo a la guerrilla ha de venir de las minas de estaño, mala cosa. Los hombres están consumidos y hambrientos. Con los pulmones llenos de polvo, en las tierras bajas simplemente no pueden respirar. Y las represalias tras la revuelta los han amordazado por completo.

Paso la noche en casa del cura, y me entrego a la hermosa cama, porque he bebido demasiada chicha, ese repugnante brebaje que todos beben aquí arriba. Al amanecer, escucho Radio Habana. El comentarista no tiene duda alguna de que los trabajadores de las minas se unirán a la guerrilla. Como de costumbre, no se menciona al Che Guevara. Yo mismo tengo mis dudas de que se encuentre aquí en Bolivia. Argentina sería más lógico.

LA PAZ, 1 DE JULIO DE 1967

Invitación a desayunar en el palacio presidencial, junto con Richard Gott y otra media docena de periodistas. Barrientos en persona es el anfitrión. Los camareros sirven con guantes blancos.

Posteriormente, el Presidente da una rueda de prensa. El Che, el monstruo, se encuentra en Bolivia, constata. Pero pronto será liquidado junto con las otras «ratas y víboras».

Al hotel han llegado otros huéspedes: los padres de Régis Debray, un grupo de abogados franceses y un pequeño grupo de la London School of Economics con Ralph Schoeneman y Tariq Ali Kahn a la cabeza. Vienen

directamente de Cuba, via Praga, París y Buenos Aires, y no lo ocultan. Un poco incautos, creo yo. Quieren apoyar a la guerrilla. ¿Cómo entrar en contacto con ella? No lo sé, respondo. Tengo mis propios problemas con la red de la ciudad.

Por la noche, llega Feltrinelli con su hermosa amiga Sibylle. También él tiene una agenda oculta.

LA PAZ, 4 DE JULIO DE 1967

Rodolfo reaparece. No es fácil establecer contacto con Loyola Guzmán. Está vigilada. Es demasiado peligroso.

En vez de eso, propone, debo ir a México con un informe confidencial para la embajada cubana. Por primera vez lo oigo: el Che *está* en Bolivia, y él y otros necesitan ayuda para salir del país. Considero a Rodolfo una fuente fiable. Prometo viajar a México en los próximos días.

LA PAZ, 6 DE JULIO DE 1967

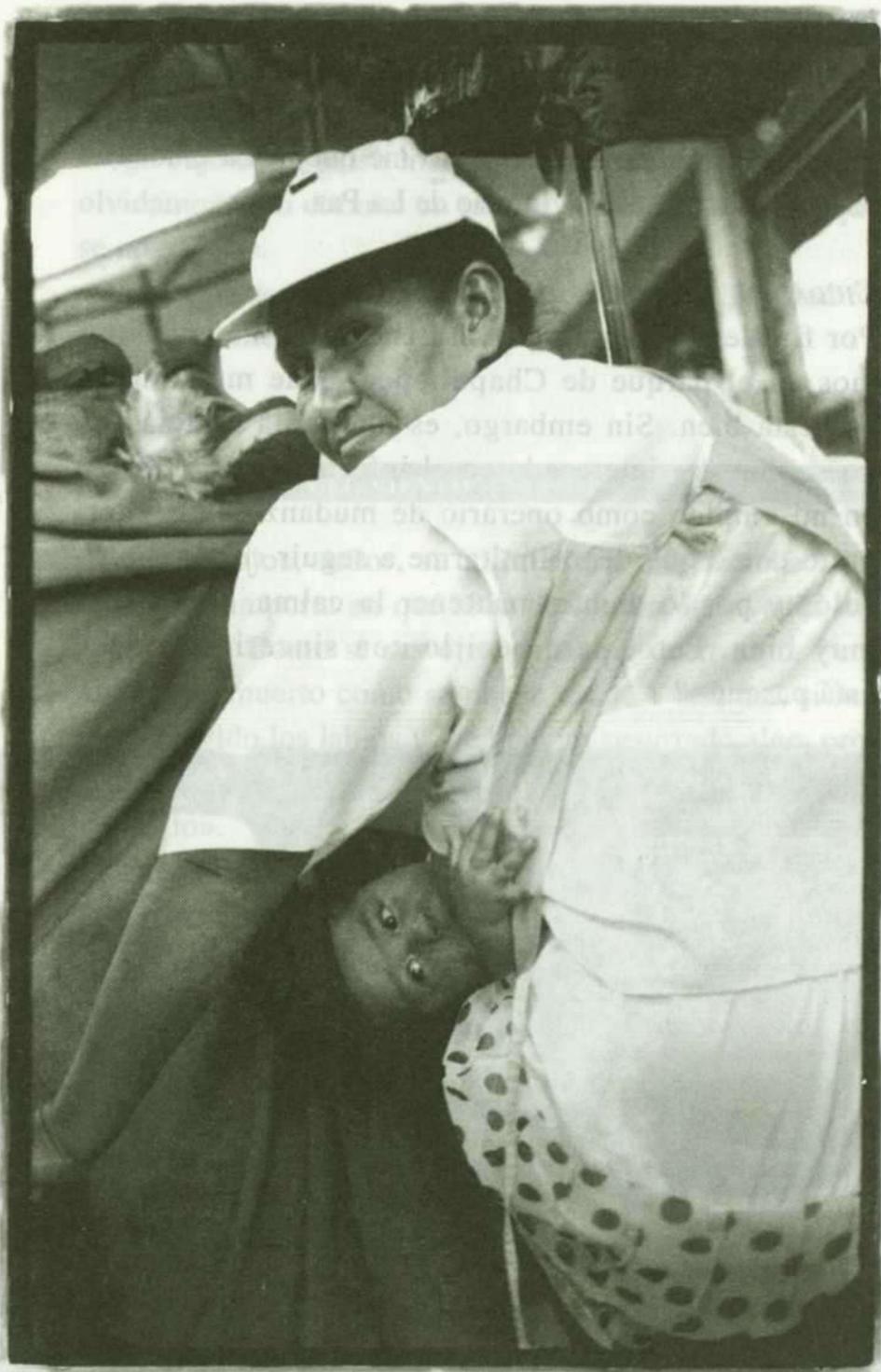
Feltrinelli, al que conocí en Cuba, donde me esforcé junto con él en mover a Castro a escribir sus memorias, tiene un plan. Yo no sé si es idea suya o si le han invitado a ello. Quiere fletar un avión de *Loyd Aero Boliviano*, volar a la «zona roja» y sacar de allí a la guerrilla. Lo que me recuerda lo que Schoenemann y otros de Londres querían hacer. Pero es una empresa totalmente alocada. Y sin esperanza.

Por la noche es detenido en la calle y llevado a una cárcel pública. Sibylle se mantiene impertérrita. Ni siquiera registran su habitación. La ayudo a quemar las amplísimas notas de él. Hay razones para temer por su ulterior destino. La policía secreta no tiene contemplaciones con nadie. Y aquí poco a poco va siendo normal que la gente desaparezca en algún pozo. Tengo que intentar abrirme paso hasta él.

LA PAZ, 8 DE JULIO DE 1967

Frode va a la cocina de su restaurante y prepara una caja de cartón con lo que él llama *Smörrebröd* danés y dos botellas de vino de Tarija. Entonces subo a la prisión y anuncio que llevo la comida para el señor Feltrinelli. Puedo verlo, pero no podemos hablar. Entonces me entero que lo de la comida es bastante superfluo. Dos horas después, Feltrinelli es puesto en un avión para Buenos Aires y expulsado para siempre del país.

La prensa de La Paz sigue llena de noticias sobre las últimas acciones de la guerrilla. Un grupo ha tomado la pequeña ciudad de provincias de Samaipata, un nudo de comunicaciones en la carretera principal que va de Santa Cruz a Cochabamba, y dividido el país en dos. Los soldados fueron hechos prisioneros, desarmados y enteramente desnudados. Una clara victoria militar.



Sven Claus Bloch: *La Higuera, Bolivia.*

Barrientos y su comandante en jefe, general Ovando, están furiosos. Yo escribo un largo artículo y lo entrego en la casa de la prensa, sin especiales esperanzas de que llegue a París.

LA PAZ, 10 DE JULIO DE 1967

Frode me presenta a otro danés. Siempre es bonito encontrarse a compatriotas. Se llama Sven Thorsen, posee una empresa de mudanzas y está en contacto con la embajada americana. Va a transportar todas las posesiones americanas —muebles domésticos y mobiliario de oficina— de los consulados de Santa Cruz y Cochabamba hasta el aeropuerto de El Alto, en La Paz, desde donde todo volará a Miami. La operación empieza dentro de una semana. Si quiero puedo acompañarle. El me conseguirá los documentos.

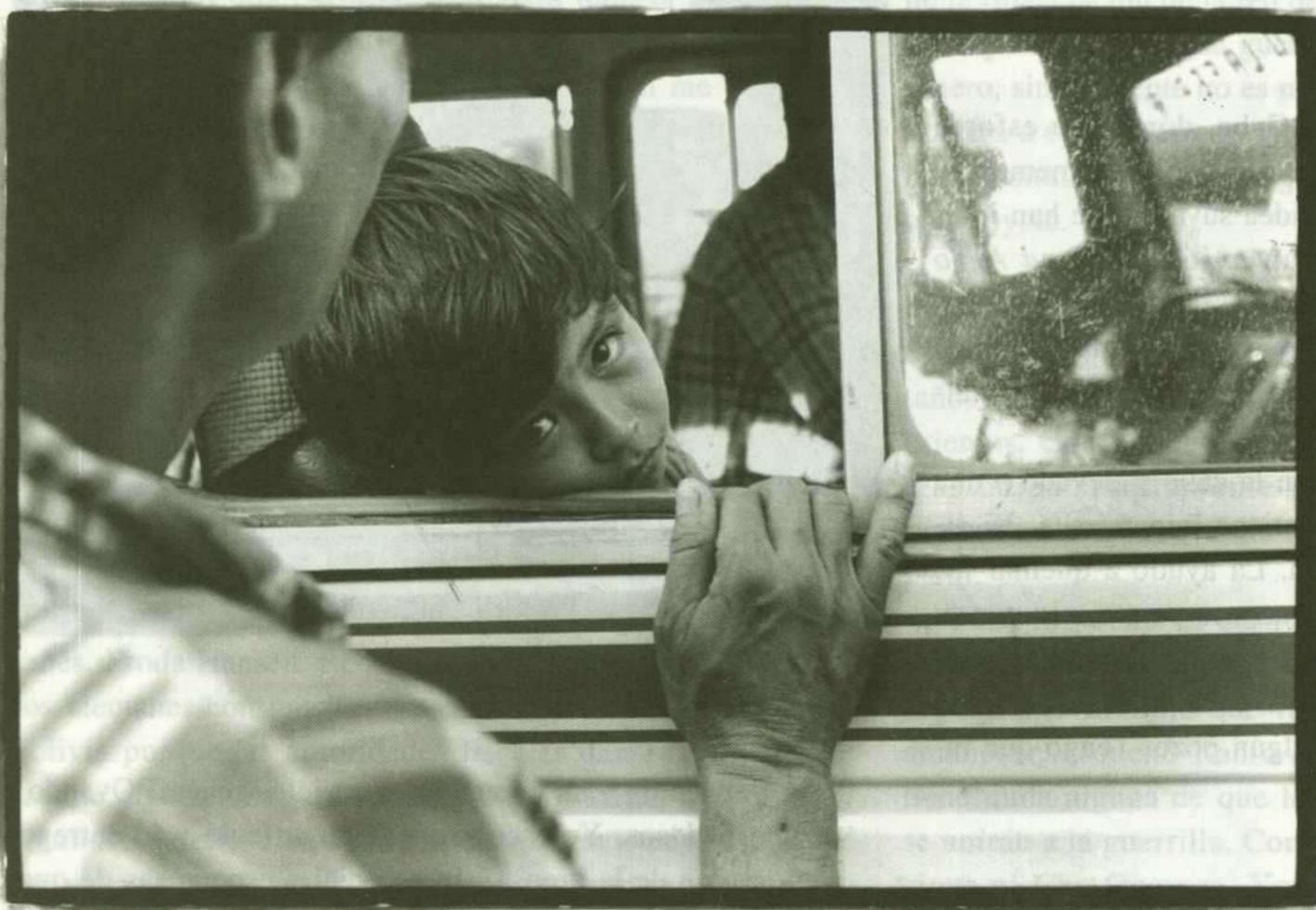
Acepto. Es posible que logre de este modo acceso a la «zona roja». Una buena noticia, que me llevo a México junto con el informe de Rodolfo.

CIUDAD DE MEXICO, 17 DE JULIO DE 1967

Los cubanos de la embajada son lentos. Llevo ya esperando una semana. Va a venir un hombre de La Habana, dicen. Y eso es complicado. No me quejo. La ciudad es bastante distinta a ese villorrio de La Paz.

CIUDAD DE MEXICO, 21 DE JULIO DE 1967

Por fin llega el hombre de La Habana. Nos encontramos en el parque de Chapultepec. Trae más dinero, eso está bien. Sin embargo, es una mala noticia que no se muestre interesado en el informe de Rodolfo ni en mi empleo como operario de mudanzas. Lo interpreto como que debo limitarme a seguir con mis artículos y por lo demás mantener la calma. Me parece muy bien. Pero, para decirlo con sinceridad: ¿Qué está pasando?



Sven Claus Bloch: La Higuera, Bolivia.

LA PAZ, 23 DE JULIO DE 1967

El circo de mudanzas de Sven trabaja a todo gas, y es sencillamente una tentación. Decido viajar con él, aunque los cubanos no están de acuerdo.

SANTA CRUZ, 25 DE JULIO DE 1967

Hay americanos preocupados, pero están lejos de ser todos. En el hotel en el que me alojo, me encuentro al mayor «Papi» Shelton y tres de sus especialistas antiguerrilla. Shelton está relajado. Ha estado en Copenhague: el Tivoli, la sirenita y todo eso. Son cosas que crean confianza mutua. En seis semanas concluirá el entrena-

miento de tres unidades enteras de rangers, y los comunistas no tendrán ninguna oportunidad, dice orgulloso. Terminarán como el Vietcong. Anhela volver «a casa», a Saigón.

Mañana, cuando volvamos a La Paz, le pediré a Sven que me deje en Matral. Desde allí puedo coger un autobús a Valle Grande. De allí no hay mucho hasta el área de operaciones. Tengo dudas, pero quizá mis papeles de las mudanzas sirvan de ayuda.

VALLE GRANDE, 30 DE JULIO DE 1967

Los extranjeros lo tienen difícil en esta ciudad marrón y polvorienta. Tengo que presentarme a la policía tres veces diarias, lo que de hecho me impide seguir avanzando hacia el Sur. Poco a poco pierdo las esperanzas. Hay suficiente gente que quiere ayudarme, pero todos

estamos encerrados por el Ejército. Y el coronel Andrés Selich, el comandante local, es un fanático anticomunista de origen croata.

CIUDAD DE MEXICO, 25 DE AGOSTO DE 1967

Sólo hoy, después de 18 largos días y una serie infinita de conversaciones telefónicas con la embajada, aparece el hombre de La Habana. Mis artículos son buenos, dice. He de volver por fin a La Paz. Tiene un plan. Voy a comprar inmuebles, y tengo que encontrar unas cuantas pequeñas empresas y

algunos bolivianos que puedan figurar como hombres de paja. Si lo consigo, tendremos unos cuantos buenos escondites. Objeto que los bolivianos, como fundadores de la pobreza institucionalizada, son un poco arbitrarios en cuestiones de dinero. Nos arriesgamos a perderlo todo. Pero él insiste.

VALLE GRANDE, 3 DE SEPTIEMBRE DE 1967

La «oficina de prensa» del presidente ha llamado a todos los periodistas extranjeros y casi nos ha impuesto volar aquí. Entre los oficiales reina un ambiente de victoria. En el hospital Señor de Malta han expuesto diez muertos, miembros de lo que ellos llaman las «tropas del Che».

Una terrible visión y un olor espantoso. Todos ellos cayeron en una emboscada cuando querían cruzar el Río Grande, hace cuatro días. Los cadáveres están hinchados y cubiertos de forma descuidada con papel de periódico. Hago fotos y reúno información. Para el Che, tiene que haber sido una catástrofe. Alguien tiene que hacer algo.

LA PAZ, 27 DE SEPTIEMBRE DE 1967

La red de la ciudad está destrozada. Loyola Guzmán ha sido detenida. A ella y a los otros 16 no les espera precisamente un trato amable. Al mismo tiempo, otros cuatro del grupo del Che han caído en las cercanías de un pueblo llamado La Higuera. ¡Tiene que haber un plan B! Decido viajar a casa, a La Habana, y exponer el asunto a otros que no sean «mi hombre en La Habana».

LA HABANA, 3 DE OCTUBRE DE 1967

En el aeropuerto José Martí no me espera nadie de *Prensa Latina*, sino tres oficiales del Ministerio del Interior. Me llevan a una *safe-house*, donde también han llevado a mi mujer. Están, incomprensiblemente, entusiasmados con mis artículos. Van a ser traducidos del inglés al español y publicados en forma de libro. Lo califican de testimonio. ¿De qué?

LA HABANA, 11 DE OCTUBRE DE 1967

En las últimas veinticuatro horas, las emisoras de Miami han difundido una y otra vez la noticia de que el Che está muerto e identificado. Al caer la tarde, aparecen en la *safe-house* Lino, Renán, Santiago y Ariel. Quieren que vuelva a La Paz e intente comprar el diario del Che. Van a darme cuatro mil dólares.

LA PAZ, 11 DE NOVIEMBRE DE 1967

Otra vez en el hotel Copacabana. Me dan la habitación en la que el Che se alojó inmediatamente después de llegar de Brasil. Una sensación extraña. Pero no consigo una copia de los malditos diarios. Cuestan más de 50.000 dólares. Otras partes del «botín de guerra» se venden por sumas de vértigo: su guerrera por 2.000 dólares, su pipa por 1.500 dólares, su M2 por 5.000 dólares. Todas las negociaciones se hacen a través de intermediarios del Ministerio del Interior. No sé si se trata de coleccionistas. En cualquier caso, no puedo competir. Así que sólo hay pequeñeces: informaciones acerca de quién ha hecho qué y quién ha decidido que fuera fusilado. En Bolivia, donde no hay pena de muerte.

Todo tiene algo de necrófilo. No debería ser así.

LA HABANA, 23 DE DICIEMBRE DE 1967

Otra vez en casa. El jefe del «Departamento de liberación» del Ministerio del Interior, comandante Piñeiro,

también llamado «*Barba Roja*», viene con una caja de puros. Y Lino, su ayudante, dice que mañana celebraremos juntos las Navidades. Fuera, en el jardín, encendemos un fuego bajo el hermoso limonero, nos emborrachamos y lo olvidamos todo durante un rato. Y luego vemos a ver qué se nos ocurre.

Me cuesta un poco de trabajo celebrar la Navidad en estas circunstancias.

#### UNA TUMBA EN EL VIENTO

«Eran los ojos, señor, su mirada era. Me miraba fijamente, no importa en qué sitio de la sala de lavados me encontrara. Como si sus ojos quisieran decir algo. Pero estaba tan muerto como se puede estar. Y aún así, si hubiera movido los labios y me hubiera susurrado algo, probablemente habría tenido miedo, pero no me habría sorprendido».

Susana Osinaga es hoy una mujer madura y guapa. Enfermera retirada y propietaria de una pequeña tienda-almacén en el centro de Valle Grande, al este de Bolivia. Cuerda, harina y detergente, papel higiénico y manteca para freír, queso de cabra y patatas... todo lo que un ser vivo puede necesitar.

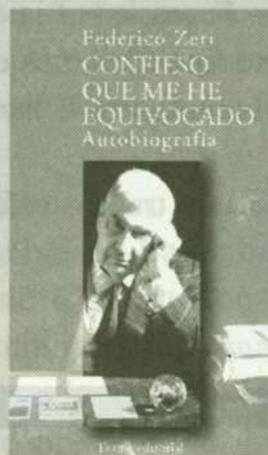
Hace treinta años, el 9 de octubre de 1967, a mediodía, oyó un helicóptero que describía círculos sobre Valle Grande. Y pensó: «Ya vienen los oficiales con más cadáveres».

Por lo demás, ya había visto bastantes cadáveres en su joven vida. Hacía algunos meses el ejército había traído ocho. Debido al largo transporte, a lomos de caballo, desde los barrancos del Sur hasta Valle Grande, a algunos les faltaban brazos o piernas. «Abogados o médicos, gente fina, que un día tuvo que haber tenido muy buen aspecto».

Pero en esta ocasión los oficiales traían un sólo cadáver, ordenaron a los soldados levantarlo de donde lo traían y llevarlo a la sala de lavados del hospital Señor de Malta.

«Cuidado, señorita», dijo uno de los oficiales, seguramente un coronel. «Traemos aquí al Che Guevara; hay que lavarlo, hay que peinarle esas greñas, y el cadáver no debe oler, porque enseguida vendrá la prensa y todos los fotógrafos extranjeros.»

Ella no reconoció al hombre que yacía en la mesa de lavado. Había visto en la prensa fotos de ese Che Guevara. Pero se trataba de otra persona. Calvo y con gafas. Un hombre viejo, que era imposible que estuviera en condiciones de sobrevivir allá abajo, en los barrancos. Pero este hombre era otro, con largos rizos oscuros y un rostro joven, como el Cristo de la iglesia. Desnudó al muerto, como había aprendido a hacer en los pocos años que llevaba de joven enfermera. Un trabajo como otro cualquiera. Así es como lo recuerda.



Federico Zeri

## Confieso que me he equivocado

Premio Nobel de las Artes; amigo de Greta Garbo; consejero del conde Cini y de J. P. Getty; discípulo de Frederick Antal; sucesor de Bernard Berenson y antagonista declarado de Alberto Longhi; autor, entre otros, de los catálogos de pintura italiana del Metropolitan Museum de Nueva York y de la Walters Art Gallery, Federico Zeri es uno de los más grandes historiadores del arte vivos y, también, el más excepcional por lo rotundo e independiente de sus opiniones y lo agitado y contradictorio de sus vivencias.

Su relación con el arte, con su país, con el coleccionismo, con la vida toda es de naturaleza pasional. Una pasión alimentada por una de las más lúcidas inteligencias contemporáneas.

En conversaciones con Patrick Mauriés, Zeri cuenta los episodios más relevantes de su biografía, retrata a sus contemporáneos, ya sea del mundo artístico, de la fauna de Hollywood, de los ambientes aristocráticos ingleses o del aparato y la nomenclatura soviéticos, mientras nos revela cierta historia secreta del arte, desde la Antigüedad hasta nuestros días.

Federico Zeri, nacido en Roma en 1921, vive en su villa-museo-biblioteca de Mentana. Autor de numerosos estudios y atribuciones de obras célebres, forma parte del Consejo Científico del Museo del Prado.

### Trama Editorial

Apdo. de Correos 10.605

Tfno/Fax: (91) 573 80 48. 28080 Madrid

Sólo cuando lavó el rostro sucio y ensangrentado descubrió que no podía cerrar los ojos. Normalmente no ocurría eso. Siempre se podía cerrar los ojos a los muertos. Pero en este caso no. Así que él la miraba fijamente: cuando escurría la esponja en la palangana, cuando bebía un vaso de agua, cuando salió de la sala de lavados a respirar un poco de aire fresco.

Y ahí estaba tumbado ese Che Guevara, y la miraba fijamente, no sólo a ella, sino a todos los que se le acercaban. Miraba fijamente a los oficiales, a las mujeres que rezaban y traían cirios. Y, lo crea usted o no: sus ojos, que habían sido casi azules, se volvieron enteramente verdes en el curso de la noche.

Y al día siguiente seguía tumbado allí. Hubo quien cortó uno o dos rizos de su cabello y se lo llevó, creyendo que podía traerle suerte. Eran los que sabían desde el principio quién era. Como doña Justa, por ejemplo, que metió un mechón en su monedero y dijo que la haría rica. Y fue cierto, porque antes de tener el mechón del Che Guevara era pobre, pero diez años después poseía la mayor tienda de ultramarinos de la ciudad... y sin casarse. Y luego dió las gracias al Che en la iglesia.

Pero cuando los oficiales se hubieron fotografiado con el cadáver y los rezos y velas de las mujeres se hubieron consumido, los oficiales dijeron: «Señorita Susana, ahora este hombre tiene que volver a morir, porque ahora ha de ser enterrado, y usted debe vestirlo adecuadamente para ese largo viaje, del que nadie debe saber nada nunca».

«Escogí un pijama del almacén. El mejor y el más nuevo que había. Y con él se lo llevaron. Nunca más volví a verlo. Pero su chaqueta verde de uniforme con las manchas de sangre, su cinturón y sus pantalones agujereados se quedaron tirados en un montón en el hospital. Solamente unos días después los oficiales volvieron y se lo llevaron todo. No explicaron porqué. Pero recuerdo que pensé: Probablemente quieran vender todo esto; porque muchos venían a Valle Grande y pagaban por cualquier cosa que tuviera que ver con el Che.»

A Susana la reclaman en la tienda. Vende unas tiras de carne de cordero seca. Luego vuelve al patio y cuenta el dinero.

«¿No es extraño?», dice entonces. «Ahora afirman haber encontrado sus restos allá abajo, en el cementerio, y que en torno a su cráneo había restos de su guerrera y que su cinturón lo sujetaba todo. Pero ni la guerrera ni el cinturón lo acompañaron a la tumba. La cerraron en la noche del 10 al 11 de octubre de hace treinta años. Y nunca más fue abierta, hasta ese día de julio en que expertos de Cuba y Argentina dijeron que habían encontrado los restos del Che Guevara. Y una de las pruebas fue la guerrera y el

cinturón. Pero yo no lo creo. Ese al que han encontrado no era él. El Che sigue estando aquí. En algún lugar de Valle Grande. El Che siempre ha estado aquí. Y siempre estará aquí.»

Conduzco hasta la pista de aterrizaje. Una hiperbólica denominación para una tira de hierba seca con profundos agujeros y piedras y asnos que andan de un lado para otro. La puerta está cerrada con un candado oxidado. No hay nadie en la oficina. Valle Grande no es precisamente un nudo de comunicaciones del transporte aéreo boliviano... por decirlo de forma diplomática. Entre los distintos vuelos pueden pasar semanas. Sin embargo, encuentro un agujero en la valla, me cuelo por él y llegó hasta la parte trasera del cementerio, hasta ese lugar en el que los expertos cubanos dicen haber encontrado los restos del Che Guevara y de otros siete miembros de su grupo. Se trata de un gran agujero en la tierra rojiza como óxido, de tres metros de hondo y cinco metros cuadrados de superficie, cubierto por una especie de baldaquino sobre altos postes. El viento de las montañas tira del plástico atado a los palos. Unos cuantos obreros levantan una pared en los lados de la tumba vacía, como acompañamiento escuchan tangos argentinos en su transistor.

Naturalmente, el agujero está vacío. Y don Jaime, el responsable de esta iniciativa, de esta tumba vacía que poco a poco se está convirtiendo en un monumento, dice que seguro que con el tiempo vendrán muchos turistas, y que eso es bueno para la economía de Valle Grande, porque la ciudad no tiene otra cosa que ofrecer.

Luego explica la topografía del fondo de la vacía fosa: allí, en la esquina izquierda, yacían amontonados los siete guerrilleros. Simplemente arrojados allí y cubiertos. Pero los restos del Che fueron encontrados al cuidadoso abrigo del lado derecho de la fosa, donde yacían en posición correcta y aislados. Si se mira con atención, se distingue una pequeña hondonada en el lugar en que se encontró el cráneo.

Y arriba, al borde de la tumba, don Jaime y su comité pro-monumento han puesto una cruz de madera. Una cruz de madera provisional. Porque la cruz definitiva será de hierro o mármol, dice. Y en ella pone: «Hasta la victoria final, camarada». Y otros, quizá los primeros turistas necrófilos, han añadido a bolígrafo: «Sólo hay una lucha, y no daremos ni un paso atrás. ¡Hacia el comunismo!» También está representado un «Nelson», de Chile, que no tiene nada más que decir. Y luego «Sonia y Oswaldo», probablemente un par de enamorados, que, se puede esperar y creer, cimentaron su relación aquí, al borde de este histórico agujero.

«Los cubanos están aquí todo el tiempo», prosigue don Jaime. «Junto con un par de especialistas argenti-

nos, cavaron y cribaron la tierra y analizaron todo lo analizable durante dos años. Y el Ejército boliviano les ayudó, no estaba especialmente entusiasmado, pero cumplía órdenes del Presidente. El Presidente estaba satisfecho con el asunto, recibió de La Habana una gran suma en dólares. Eso dicen al menos. Pero los cubanos no encontraron nada. Sólo en junio empezaron a comportarse de forma misteriosa, y supimos que habían dado en el blanco. No vimos lo que excavaban, porque lo hicieron con mucho misterio. Pero se llevaron muchas cosas consigo al volver a casa. Entre otras los huesos del Che, según dijeron.»

¿Qué debo creer? En el fondo, es indiferente. Los restos de Colón están enterrados a ambos lados del Atlántico, el mar que le otorgó un lugar en la historia. Y Frantz Fanon, el primer ideólogo del Tercer Mundo en los años cincuenta y autor del libro *Parias de la Tierra...* ¿en qué lugar de Argelia están enterrados sus restos? Así procede la historia con sus héroes: terminan en una tumba en el viento.

Se lo digo a don Jaime, que baja el volumen de la radio para poder entenderme. Repito lo que acabo de decirle: «¿No da igual?» Pero responde que él lo ve de otro modo. Porque este Che errará por la muerte como erró por la vida. ¿No me lo imagino? Dentro de cien años, o quizá más tarde, ¿habrá muchos que pregunten dónde se encuentran los restos de este hombre notable? No está en Valle Grande. Y quizá tampoco esté en Cuba. Quizá no existió. Como quizá tampoco Jesús existió. Pero con la fe, dice don Jaime, que se muestra ahora buen católico, con la fe ocurre a menudo que se apoya mejor y con más fuerza en algo que jamás ha existido. Ese es un principio universal.

Y así es, lo tengo ante mis ojos: los restos del Che Guevara, los que se supone sin más que son sus restos, han sido llevados al hogar, La Habana, donde recorrerán 300 km a través de Cuba hasta la provinciana ciudad de Santa Clara para ser enterrados allí en un monumento con llama eterna, como los que honran a todos los caídos y soldados desconocidos de todas las guerras. Y esa llama arderá... sí, ¿hasta cuándo arderá? Hasta el día en que el régimen se derrumbe en Cuba. Porque eso va a ocurrir. Sin duda el Che ha vuelto a casa, a aquella Revolución que fue la estrella guía de su corta vida. Pero si pudiera mirar fijamente, como doña Susana cuenta que miraba, ¿qué vería? No reconocería esa «patria» que abandonó hace más de treinta años. A ese envejecido Fidel que habla de forma incoherente cuando intenta hablar. Los privilegios de la élite dominante del partido. El dólar como medio de pago. Los necios turistas. La decadencia. Los hambrientos cubanos. La prostitución. La falta de todo plan para el futuro. Las prisiones atiborradas. Los hinchados generales y dirigentes del partido. ¿Es eso volver a la «patria»?

Se tratará, en todo caso, de un lugar de reposo provisional. Y la llama de su monumento no arderá eternamente. Un día, quizá dentro de dos años, quizá después, cubanos furiosos o indiferentes destruirán el monumento o permitirán que lo cubra la maleza. Y el Che Guevara morirá otra vez. No será una muerte peor ni más espantosa que las anteriores. Simplemente sus restos mortales serán desparramados por la zona azucarera en torno a Santa Clara o enviados de vuelta a Argentina, de donde realmente procedía. O a Bolivia, donde cobró conciencia política en los años cincuenta, durante la revuelta de los trabajadores de las minas de estaño. O a Guatemala, donde advirtió por vez primera los problemas de fondo del continente latinoamericano cuando la United Fruit Company y la CIA derrocaron juntos al Presidente radical coronel Jacobo Arbenz en 1954. O a México, donde se entrenaba para vivir como guerrillero en las montañas. Habrá lugares suficientes. Y Che Guevara seguirá errando por el continente. Y tendrá discípulos: la juventud, todos los jóvenes que sueñan con hacer *tabula rasa* y cambiar el mundo, tal como él intentó desde un barranco rocoso en Bolivia, aislado, perseguido y después herido y asmático, y finalmente asesinado, no por orden de Roma, como entonces, cuando mataron a Jesús, sino por orden de la CIA.

Y serán las mujeres las que seguirán difundiendo el mito de esta notable figura del siglo XX.

No los hombres, con sus uniformes, sus desfiles y sus condecoraciones, sus «guerras patrióticas», sus ideologías y su totalmente vana aspiración al poder y el prestigio. Serán las mujeres, como hace treinta años en Bolivia: la maestra Julia Cortés, que llevó al Che Guevara comida y agua antes de su ejecución. Aunque ella —como tantos otros entonces— exagere, aunque exagere hasta lo improbable su papel y su lugar en la historia. Ella sigue afirmando que, por así decirlo invisible, entraba y salía de la cabaña en la que el Che Guevara estaba esposado y preso, y mantenía largas conversaciones con él, y jamás ha oído cosas tan razonables como las que él decía. Y los soldados formaban un círculo de hierro en torno a la casa, y a ella no la veían. Y quizá ni siquiera estuvo allí. Pero de ese modo surgen los mitos.

Y la enfermera Susana Osinaga, que dice que el muerto había querido abrir los labios mientras ella le lavaba, y que jamás olvidará su mirada.

Y la «enana» Virgilia Cabrita, que veía en el Che a un milagrero que, aunque ella es una enana, la puso en condiciones de traer al mundo, allá en la selva, cinco niños normales, en algún lugar bajo la media luna a cuya luz vió por primera y última vez al santo Guevara. Suena casi bíblico. Pero todo eso es charlatanería y superstición, dicen los militares. Y sin embargo, cuando la

«enana» Virgilia esté muerta, sus hijos contarán esa historia o, si es posible, otra mejor, y así seguirá viva largo tiempo, cuando esté muerto el último general y héroe que recuerde aún algo de esta época. Y finalmente la tendera Justa Pérez de Villarroel, hoy propietaria de un gran campo de patatas y una gran casa con patio en el centro de Valle Grande. Doña Justa era entonces una joven y guapa maestra en Alto Seco, villorrio que todavía puede encontrarse en el mapa. Y allí vió cómo el Che Guevara venía cabalgando sobre un asno. Venía del barranco, con la niebla de la tarde a sus espaldas. Y apenas podía tenerse en pie cuando dos de sus hombres le ayudaron a desmontar. Tenía que apoyarse en su fusil, y tenía los ojos cansados de fiebre y hambre. Y jadeaba todo el tiempo, porque sufría terriblemente de asma. Y él y sus hombres no tenían más que «trozos de carne podrida» en sus mochilas. Pero aún así tuvo fuerzas suficientes para hablar casi toda la noche de medicina y métodos curativos y de ricos y pobres. Pero pocos le escucharon. La mayoría de los habitantes del pueblo había huido. Y el rumor dice que Justa Pérez, de sobrenombre «*la Choca*», la clara, se acostó con el hombre enfermo que había venido a lomos de un asno, hizo el amor con él y trajo al mundo un niño que ahora tiene treinta años. Pero ella no quiere hablar de ese rumor. Baja la vista. Y se conforma con decir lo que siempre ha dicho cuando los periodistas le han preguntado: «Ese señor Guevara era un buen hombre».

El 24 de septiembre, el Che escribe en su diario, fabricado en la RDA, que ha tenido un ataque de hígado y ha tenido que vomitar. El 26 de septiembre escribe «Derrota». Y en el «Análisis del mes» escribe: «Nos encontramos en una situación peligrosa».

Una semana después, es hecho prisionero tras un desigual combate. Cuando camina vacilante, con las manos atadas a la espalda, fuera de la zona de lucha, hacia la pequeña ciudad de La Higuera, donde al día siguiente será asesinado, se detiene ante un grupo de soldados bolivianos muertos y heridos.

«Soy médico», dice, «dejadme echar una mano».

Diez años antes, durante la Revolución cubana, siempre decía: «Fui médico una vez, pero ahora soy revolucionario».

El círculo se ha cerrado.

Carl von Ossietzky escribió en 1919 sobre los espartaquistas alemanes: «No creo que se puedan saltar impunemente fases del desarrollo. Soy consciente de que esta creencia ha contribuido a crear más confusión. Pero no me atrevo a acusar a los que la sostienen. Al fin y al cabo, son los únicos que han demostrado energía, entusiasmo y fortaleza. Y fueron los únicos que pusieron su vida en juego».

En este sentido, Che Guevara era espartaquista.

# RESPONSABILIDADES Y DEBERES HUMANOS EN EL TERCER MILENIO



HACIA UNA PAZ PLANETARIA

LA LONJA

del 28 al 30 de Enero de 1998



FUNDACIÓN VALENCIA III MILENIO

<http://www.valenciatercermilenio.com>



# Cómo veo el mundo

Ryszard Kapuscinski

Volvamos la vista por un momento hacia los años veinte de este siglo nuestro que se acaba. Comienza la época de los aeroplanos, hombres valerosos llevan a cabo los primeros vuelos intercontinentales. Un joven piloto francés llamado Antoine de Saint-Exupéry recibe el encargo de volar de Toulouse a Dakar. Para los aeroplanos de entonces el vuelo, sobre todo por encima de las montañas españolas, representa un gran riesgo. El que después sería el autor de *El principito* intuye ese peligro y se siente atrapado por el miedo. Estudia en el mapa la ruta prevista, pero eso no le dice nada. Así que pide consejo a un colega mayor y más experimentado: Henri Guillaume. Ahora ambos se inclinan sobre el mapa. «¡Qué extraña clase de Geografía!», recordará después Saint-Exupéry. «Guillaume no me hizo empollarme España, sino que me familiarizó con el país... No me habló de Guadix, sino de los tres naranjos que había al borde de un campo antes de Guadix: “¡Cuidado con ellos! ¡Señálalos en tu mapa!”... Tampoco me dijo nada de Lorca, sino que me habló de una sencilla granja en las cercanías, de una granja llena de vida, de los campesinos y de las campesinas. “Se sentaban en la ladera de su montaña y estaban dispuestos a ayudar con sus luces, como fareros”. No habló del Ebro, sino de un arroyo, invisible en el mapa, que atraviesa un campo antes de Motril. “Ten cuidado con ese arroyo. Señálalo” (para el caso de que tuviera que aterrizar allí). Así sacamos de su oscuridad, de su inaprehensible lejanía, toda clase de conocimientos que los geógrafos del mundo entero desconocen», escribe Saint-Exupéry.

Cuando leí, hace años, esta historia en *Tierra de hombres*, pensé que de ella se podían sacar al menos dos lecciones. La primera, que la mejor forma de conocer el mundo es hacer amistad con el mundo. La segunda, que existe una conexión entre nuestro destino personal y la presencia de miles de personas y cosas de cuya existencia no sabíamos o no sabemos nada, y que pueden influir o de hecho influyen, del modo más asombroso, en nuestra vida y su desarrollo, de tal forma que, al menos por nuestro propio interés, debíamos esforzarnos en conocer no sólo lo que está aquí, sino también lo que está allá, en algún lugar a gran distancia en nuestro planeta.

El mejor camino para conocer algo pasa por la amistad. Esa es la enseñanza de Saint-Exupéry, cuya obra está penetrada de un profundo e íntimo humanismo. Pero no es fácil hacer amistad con el mundo, y además nunca es del todo posible. El mundo es de naturaleza compleja, contradictoria, paradójica, hay muchas cosas buenas en él, pero también muchas malas, y no todo el mundo se encuentra siempre en condiciones de abrirse paso hacia el heroísmo que exige de nosotros el reto de superar el mal con el bien.

Pronto hará medio siglo que comencé mis viajes por el mundo. Invertí en esos viajes, que me llevaron a través de los cinco continentes, más de veinte años. Casi todo el tiempo estuve en el llamado Tercer Mundo, en los países de Asia, Africa y América Latina. ¿Que por qué he convertido precisamente las cuestiones y problemas de esa parte del mundo en la más importante de mis

preocupaciones? Hay al menos dos razones para ello, una emocional y una objetiva.

Provengo de Polesia, entonces la región más pobre de Polonia y quizá incluso de Europa. Perdí muy pronto ese «país de mi infancia» y durante cuarenta años no pude volver a él. Creo que la nostalgia de esa región sencilla y —como diríamos hoy— subdesarrollada ha marcado mi relación con el mundo: me he encontrado a gusto en los países pobres porque tenían algo de mi Polesia. Como reportero, nunca dudaba al optar entre Suiza y el Congo, entre París o Mogadiscio. Elegía el Congo y Mogadiscio... allí estaba mi sitio, porque allí encontraba mis temas. Y esa es ya la segunda razón. Cuando terminé mis estudios de Historia en la Universidad de Varsovia, me encontré ante la disyuntiva de seguir dando curso a mis intereses, pasando mi tiempo en los archivos, o más bien seguir la historia en el momento en que se produce, observarla en los momentos en los que la creamos y nos marca. Fue esa segunda posibilidad la que me atrajo, y ello porque en aquel entonces, en los años cincuenta de nuestro siglo, se vivía un momento extraordinario. Fuimos testigos del surgimiento del Tercer Mundo. Cuando hablamos hoy de este siglo XX que se acaba, lo describimos como la época espantosa de las dos grandes guerras mundiales, de los dos totalitarismos destructores, de Auschwitz y Workuta, Hiroshima y Chernóbil.

Pero en el siglo XX también hubo un acontecimiento sin precedentes en la historia anterior: el nacimiento del

Tercer Mundo. Continentes enteros, docenas de países, miles de millones de personas alcanzaron su independencia y construyeron sus propios Estados. Jamás en la historia había ocurrido antes un acontecimiento de tal alcance, y no volverá a haberlo. Y a mí se me había otorgado la posibilidad de ser testigo y cronista de ese acontecimiento.

Aquel movimiento de independencia y libertad de los pueblos colonizados estuvo acompañado de otro más: la gigantesca migración de la población rural a las ciudades. Al comienzo de nuestro siglo, la Tierra estaba habitada en su mayoría por campesinos, que representaban el 95% de la población mundial; hoy sin embargo, al final del mismo, más de la mitad de la humanidad vive ya en ciudades. Este hecho ha cambiado no sólo la forma de vida de cientos de millones de personas, sino también su cultura y mentalidad. Personas que ayer aún vivían en el silencio de apartadas unidades rurales se convirtieron de pronto en participantes en una cultura de masas, abierta, atractiva y más relajada, típica de la sociedad global que hoy estamos creando entre todos.

#### PAZ, DEMOCRACIA, DINAMISMO

¿Qué es hoy, en los últimos años del siglo XX, lo más característico de la situación de nuestro mundo?

En primer lugar, el hecho de que vivimos en paz. En cuanto lo digo, se alzan voces de protesta. ¡Cómo! ¿Y Ruanda? ¿Y Bosnia? ¿Y Belfast? Y esa protesta es justificada. Cada muerte es una tragedia, cada guerra una desgracia y una catástrofe. Pero hablamos aquí de todo el planeta, y en este caso las proporciones son impor-

tantes. Hay en nuestros días unos treinta conflictos armados en todo el mundo, pero el número de personas directamente afectadas por esos conflictos representa menos del 1% de la población mundial. Sin duda es trágico que el 1% sufra estas guerras, pero aún así no deja de ser grato que el 99% viva en paz. La Guerra Fría, que nos amenazó a todos con la aniquilación, ha quedado superada.



Xavier Guardans: Wellsville. Missouri, julio, 1996.

Desde hace algunos años, ha dejado de haber guerras entre Estados concretos. Los conflictos actuales son guerras civiles, enfrentamientos internos. Más aún, mientras antes todo conflicto local llevaba en sí la imagen de una guerra mundial, hoy ocurre más bien a la inversa: siempre que estalla un conflicto, la comunidad internacional trata de aislarlo y de ponerle fin.

¿De dónde proviene pues la convicción de que vivimos en un mundo dominado actualmente por matanzas, masacres, misiles y ruinas? Deberíamos ser conscientes de la situación en la que viven los hombres en las últimas dos o tres décadas. Antes el hombre extraía su conocimiento del mundo de la propia experiencia, de las narraciones del prójimo

o de la letra impresa. Sin embargo, a esta realidad tradicional, casi comprobable con las manos, se ha sumado ahora, en la era de la información electrónica, una segunda realidad, paralela, creada por los medios. Se ha producido una duplicación de la historia. Una ocurre en algún lugar, ahí fuera, y la segunda la tenemos aquí, delante de los ojos. Y esa realidad creada por los medios se convierte —

debido a su más fácil accesibilidad— en la única que conocemos. Sin embargo, esa realidad creada es el engañoso fruto de una selección, una manipulación, una embaucadora reducción. Tenemos que mostrar en unos segundos un acontecimiento que ha durado horas. Y todos somos víctimas de la decisión de según qué criterios se ha hecho la selección.

La tendencia hacia la paz antes mencionada es tan importante no sólo porque ayuda a reducir el número de las víctimas, de las destrucciones y otras catástrofes: también porque el pleno desarrollo del ser humano, su libertad y su bienestar, su existencia pacífica y creativa, sólo son posibles en condiciones de paz.

Una segunda tendencia, hoy dominante, es la aspiración del mundo entero a la democratización. La democracia se ha convertido en la solución del momento, el anhelo que todo lo domina, el modelo general. Hoy, incluso los partidos reaccionarios y chovinistas como el de Vladimir Zirinovski se llaman a sí mismos liberal-democráticos. Cuando yo viajaba por el mundo, hace veinte o treinta años, había dictaduras por doquier: dictaduras militares, dictaduras policiales, dictaduras de partido único gobernaban en América Latina, África, Asia y también en gran parte de Europa. Hoy este tipo de dictadura se

ha vuelto ya extraño, una excepción, un anacronismo. Nadie aspira hoy a instaurar una dictadura semejante. Vemos y sentimos que su tiempo ha pasado. Pero donde la Democracia se ha convertido en hecho, en forma dominante del sistema político, pronto se hace visible una importante circunstancia: la conexión entre democracia y cultura. La democracia es tanto más frágil, insuficiente y superficial cuanto más bajo es el nivel cultural de la sociedad. Un alto nivel cultural de la sociedad es condición para una democracia fuerte. Por eso, cuando alguien dice ser un defensor de la democracia, pero al mismo tiempo recorta los gastos en educación, ciencia y cultura, nos encontramos ante un absurdo que en lógica recibe el nombre de *contradictio in adiecto*, una contradicción en sí misma. Más aún, la ciencia y la cultura seguirán adquiriendo importancia, porque con el desarrollo general aumentará también la dependencia del hombre —y la calidad de su civilización— de la técnica, y por tanto también del estado de la ciencia y de las posibilidades intelectuales de la sociedad. Los criterios conforme a los cuales dividimos hoy a las sociedades en desarrolladas y subdesarrolladas ya no son las cantidades de acero producidas, sino el número de estudiantes y universidades.

Por último, la tercera tendencia de la actualidad es el progreso incesante, el ensanchamiento del mundo, la ley imperante según la cual todo se multiplica. Porque hay cada vez más personas, pero también cada vez más cosas —televisores, coches, aviones y teléfonos, relojes, discos compactos, medicinas y zapatos—, de todo hay cada vez más. Hay cada vez más inventos y descubrimientos, penetra-

mos cada vez más hondo en el cosmos, investigamos con creciente precisión las estructuras del quark. «No veo el final de este proceso de desarrollo y diferenciación», escribía hace poco el gran físico americano Freeman Dyson en su libro titulado, significativamente, *Infinite in all Directions* («Infinito en todas las direcciones»), «y sería incluso totalmente ocioso querer imaginar lo infi-



Xavier Guardans: West Helena, Mississipi, julio, 1996.

nitamente variadas que serán las experiencias físicas, psíquicas y religiosas que esperan a la humanidad». Porque en el mundo reina, dice Dyson, «el principio de la maximalización de la diferenciación, que abarca todos los campos». Por desgracia, concluye Dyson, «el principio de la maximalización de la diferenciación conduce a menudo a una maximalización del estrés». Y en verdad, seamos cautelosos y escuchemos la advertencia de T.S. Eliot, que escribió hace ya mucho tiempo: «Este giro sin fin de la idea y el hecho / Este infinito inventar, infinito intentar / nos lleva a conocer el movimiento, pero no la quietud / (...) / ¿Dónde quedó la sabiduría, que nos degeneró en conocimientos? ¿Dónde

los conocimientos, que nos degeneraron en noticias? (T.S. Eliot, «Coros desde *The Rock*»).

Esta reflexión crítica nos parece tanto más adecuada cuanto que muestra la imagen clara de un mundo con numerosas manchas, grietas y sombras. A quien viaja por el mundo le llaman la atención, sobre todo, sus profundas injusticias. Los unos viven bien y los otros mal. Y a menudo los

unos viven desde generaciones en el bienestar y los otros en la pobreza. Esto no sólo vale para los individuos, sino para sociedades enteras, naciones, continentes.

#### EL ABISMO DE LA MISERIA

Y no hay ninguna salida de esta situación, ninguna salvación a la vista. Cuando empecé a trabajar en los países del Tercer Mundo, predominaban las teorías alentadoras y optimistas sobre este tema. Las teorías de Dumont, Rostov o Galtung. Decían que sólo era cuestión de tiempo eliminar la desigualdad del

mundo, que en breve (se pensaba en el fin del siglo) esas desigualdades desaparecerían y los hombres vivirían en todas partes como en Holanda o Suecia. Sin embargo, pronto se produjo la desilusión. La desigualdad entre el Norte desarrollado y el subdesarrollado Sur no desapareció, antes al contrario, aumentó. Esta desigualdad se hace visible a dos niveles: a escala mundial, se ahonda el abismo entre el rico Oeste y la parte restante del mundo, mucho más grande, en la que viven dos tercios de la humanidad. Y al mismo tiempo crecen las desigualdades dentro de los países y regiones. Los unos se vuelven cada vez más ricos y los otros cada vez más pobres... y también eso es una tendencia mundial. Entre tanto, ese abismo ha adop-

tado monstruosas dimensiones: las 386 personas más ricas del mundo disponen de un patrimonio que corresponde a los ingresos de casi la mitad de toda la población mundial.

Ricos y pobres viven en distintos mundos. Los ricos opinan que pueden resolver los problemas de los pobres dándoles un cuenco de arroz. El mundo rico ve en el Tercer Mundo pobre un problema exclusivamente biológico: ¿Cómo se puede alimentar a esa gente? No cómo se les puede

enseñar a pensar, cómo se les puede formar y darles trabajo, sino sólo cómo se les puede alimentar. Pero un cuenco de arroz no cambia el destino de los pobres. La pobreza no es sólo un estómago vacío. La pobreza es una situación y una cultura. El hombre pobre es un hombre humillado, degradado. No ve salida ni futuro. Orwell estudió en una ocasión las consecuencias del hambre. Vivió en albergues para mendigos y no comió nada durante algunos días. Después

describió cómo a consecuencia del hambre perdió la capacidad de pensar, era incapaz de planear nada, de adoptar ninguna iniciativa. Su debilitado intelecto no estaba en condiciones de comprender nada más allá del horizonte de su plato vacío, todo su pensamiento terminaba en la pregunta de qué comería dentro de una hora. En Africa estuve a menudo en campos de refugiados, vagué con masas de personas hambrientas. Una masa humana semejante está indefensa, es pasiva. No pide nada. No se queja. Se retira en silencio, con apática indiferencia. He visto tribus enteras que morían de hambre aunque los mercados estaban llenos de alimentos. Pero un hombre que padece hambre crónica no plantea exigencias y jamás luchará por nada.

¿No se puede resolver el problema del hambre y la pobreza, de la necesidad y la miseria masivas, la mayor vergüenza y oprobio del mundo, que asedia a más de la mitad de los hermanos y hermanas de nuestra familia humana? Naturalmente, sería posible en teoría. En primer lugar, el mundo produce hoy una cantidad suficiente de alimentos como para satisfacer las necesidades de todos nosotros: seis mil millones de personas. Cuando estoy en Nueva York, el teléfono suena ya desde la mañana y mis amigos preguntan dónde y qué quiero comer — la lista de posibilidades es infinita—; unos días después, en un pueblo de Uganda, andamos hambrientos y debilitados desde por la mañana, sabiendo que no hay nada de comer. En segundo lugar, se podrían mejorar muchas cosas si se aumentaran los gastos en tecnología de desalinización del agua, el desarrollo de especies de arroz y maíz más productivas, mejores medicamentos contra la malaria y docenas de medidas similares. Pero, ¿de dónde sacar el dinero para ello? El gran capital busca grandes y rápidos beneficios, pero en estos campos los beneficios no son ni grandes ni a corto plazo.

## FUNDACIÓN BARTOLOMÉ MARCH SERVERA

### VI PREMIO DE NOVELA BREVE JUAN MARCH CENCILLO

DOTACIÓN: 1.000.000 PTAS.

*Convocatoria para la recepción de originales escritos en cualquiera de las dos lenguas oficiales de la Comunidad Autónoma de las Islas Baleares cuya extensión no sea mayor de los ciento diez folios ni menor de los setenta y cinco.*

Deberán remitirse tres copias antes del 31 de marzo de 1998.

El jurado emitirá su decisión el primer jueves del mes de agosto.

*El V Premio de Novela Breve Juan March Cencillo fue para Pablo González Cuesta por su obra Experto en silencios.*

*Editada por Bitzoc.*

Fundación Bartolomé March Servera. Calle Conquistador, nº 13  
Tel. (971) 72 28 29. Fax (971) 72 58 03  
Palma de Mallorca 07001

## VISIONES DEL FUTURO

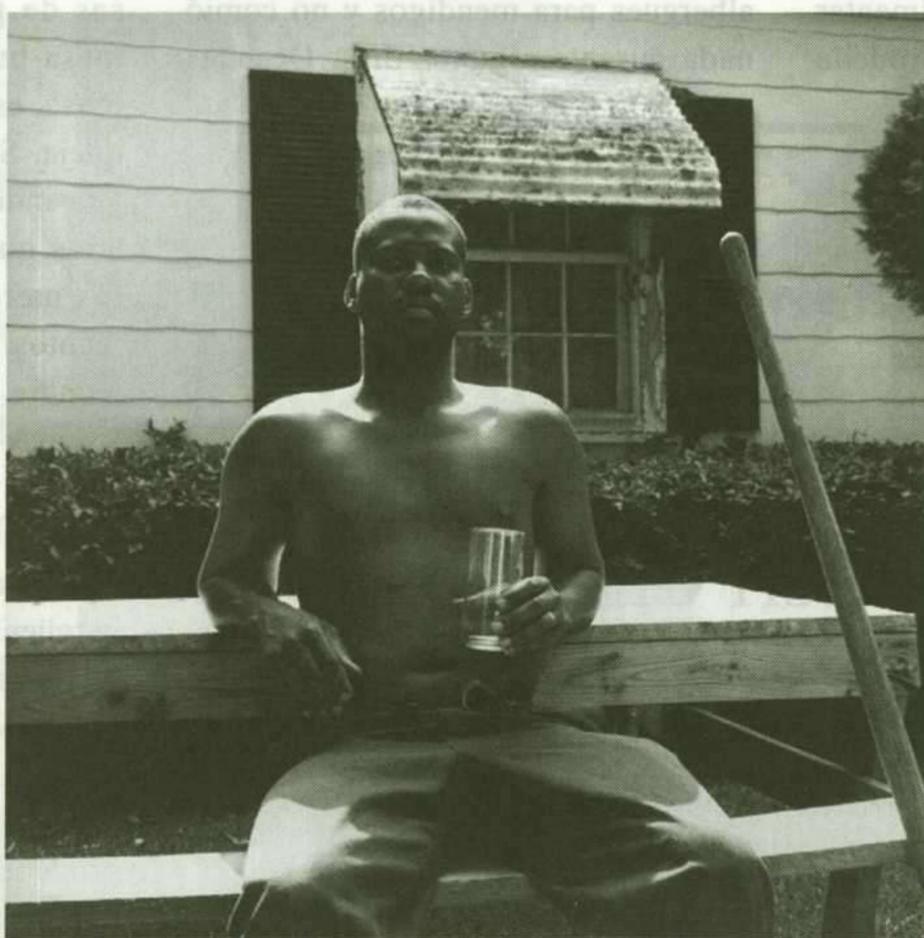
Pero la miseria de este mundo no se debe sólo a la escasez crónica que asedia a la mayoría de sus habitantes. La miseria de este mundo también se debe a que muchas personas viven simplemente mal. Hay muchas enfermedades, mucho padecimiento y dolor. Muchas personas están solas. Muchas sufren de depresiones, son asediadas por miedos. Cada vez con más frecuencia las personas se sienten amenazadas, tienen miedo de que alguien les aceche. De que ocurra algo malo. Buscan salvación, van de un lado para otro. Con frecuencia son su propio impedimento. El mayor obstáculo en su propio camino. Querrían sentirse mejor, pero no saben cómo conseguirlo. Así que echan la culpa a otros, maldicen al mundo entero.

Pero el mundo es tal como lo hacemos. Es significativo que en mis encuentros con los lectores haya

personas que una y otra vez plantean preguntas sobre el futuro, manifiestan sus miedos. Ese ansia de saber es comprensible. Porque detrás de esas preguntas no sólo se esconden intenciones prácticas. El futuro tiene en sí algo mágico. Y el hombre siempre ha aspirado a comprender esa magia, a aprehenderla y apoderarse de ella.

En los últimos años han surgido dos grandes visiones del futuro. Son muy diferentes, incluso opuestas, porque expresan las ambiciones y aspiraciones de dos círculos culturales distintos. El creador de la primera visión es el profesor Samuel P. Huntington. En el verano de 1993 publicó en la revista *Foreign Affairs* un ensayo con el título «The Clash of Civilizations» («El choque de las civilizaciones»). El autor critica en él la ignorancia y arrogancia

de los americanos, que están convencidos de que el mundo entero aspira al *american way of life*, que asume alegremente los modelos, instituciones y valores americanos. Considera esa idea errónea y arrogante. Al contrario: las modernas civilizaciones no occidentales se distinguen por una gran fuerza vital. «Tienen un mayor dinamismo demográfico, sus sociedades son más coherentes y están sostenidas por unas



Xavier Guardans: Grenada. Mississipi, julio 1996.

exigencias éticas mayores que las del decadente Occidente», escribe Huntington. Quien opine que el desarrollo técnico y la explosiva difusión de los productos de la cultura de masas conllevan automáticamente una occidentalización de los principios y cosmovisiones está en un error. Muchos terroristas llevan pantalones vaqueros, beben Coca-Cola y matan a personas inocentes con las armas más modernas en nombre de sus siniestros ideales. La civilización occidental es única e irrepetible, escribe Huntington. Su concepción pone de manifiesto, sobre todo, los temores americanos: para América las dos mayores amenazas las representan China, desde el punto de vista demográfico el país más poderoso de la Tierra, y el Islam, que posee el petróleo

sin el que América no puede existir. En ambos casos, las sociedades de estas regiones se muestran enormemente resistentes a la influencia de la cultura americana. Huntington opina que para Occidente la escapatoria sería fortificarse, cavar trincheras, levantar una línea de defensa como el *limes* de tiempos del Imperio Romano. De otro modo, tendrán que producirse guerras entre civilizaciones, cuyos precedentes

son —en su opinión— los conflictos de Bosnia o Afganistán. Los críticos acusaron enseguida a Huntington de tener una «mentalidad de búnker», típica hoy en día de Occidente, que se esfuerza cada vez más en apartarse del resto del mundo.

Una visión del futuro completamente distinta es la que dibuja el destacado intelectual malasio Anwar Ibrahim, autor del libro, publicado en 1997, *The Asian Renaissance*. En Asia ve el autor el centro de gravedad del acontecer mundial en el siglo XXI. Aquí se unen antiguísimas tradiciones

estatales con profundos y vivos valores éticos, con una cultura del trabajo a largo plazo, respeto a la autoridad, fuertes lazos familiares y confianza mutua, condiciones todas ellas para una evolución y progreso generales. La nueva Asia es posnacionalista, busca vínculos mutuos e intereses comunes. Ibrahim desarrolla una concepción optimista de un mundo futuro: las civilizaciones no se enfrentarán en guerras. El lugar de los conflictos lo ocupará el intercambio, el lugar de las fricciones el diálogo. (Simmel y Mauss ya habían anunciado antes una concepción así del contacto entre las civilizaciones: el contacto como intercambio.)

Cuando se habla hoy de la visión del mundo moderno y de sus visiones

del futuro, hay que saber siempre quién escribe o habla. Si topamos con una voz pesimista, una voz de amargura y decepción, seguro que se trata de una voz procedente de Europa. Es sencillamente imposible liberarse de las trágicas experiencias de Europa. Sin embargo, si oímos pronósticos favorables, se nos muestran imágenes dinámicas, osadas y fiables, si los tonos y colores son claros y optimistas, seguro que el autor de esa obra procede de Asia o de América Latina.

No es fácil tomar conciencia de que no estamos solos en el mundo y de que la presencia de otros, que habitan amplios continentes, influirá en nosotros y en nuestro destino. Al pensamiento que ignora este hecho le falta algo esencial: una perspectiva global. «Nuestro cambio se basa en que por primera vez desde hace siglos dejamos de mirar a Europa, a Occidente. Empezamos a vernos y a descubrirnos a nosotros mismos», escribe el citado Anwar Ibrahim.

¿Qué se puede decir de importancia sobre este mundo? Quizá que es muy estable en sus fundamentos, en sus estructuras, en la composición de sus fuerzas y las direcciones de su evolución, hoy, al final del siglo XX. Quizá en los próximos años no ocurra nada realmente importante. No se acerca ninguna guerra, ninguna revolución, ninguna tragedia global. Las grandes agencias de prensa se quejan de la falta de auténticas sensaciones. Sin embargo, no podemos olvidar que todo esto es enormemente frágil, porque la vida misma es frágil, y sus débiles estructuras están sobrecargadas por males de todo tipo. Por el mal del nacionalismo y el chovinismo, el odio y la agresividad, por la falta de amabilidad y por la indiferencia, por el mal de la maldad y la necesidad.

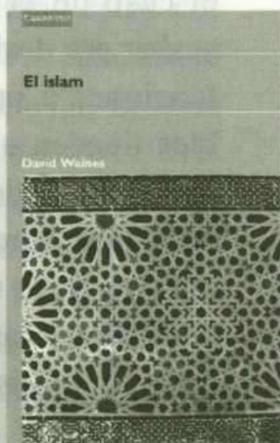
La dificultad de hablar de nuestra Tierra es también atribuible a que el mundo tiene un aspecto distinto desde todos los lugares, y el número de esos puntos de vista es ingente. De ahí que

tengamos que buscar denominadores comunes para nuestros destinos. Uno de ellos, enseguida salta a la vista cuando se viaja por el mundo, es el aumento, que se ve por doquier, y antes no era tan visible, de toda clase de iniciativas, un crecimiento y animación, una actividad, un incremento de las energías humanas en el mundo. Por doquier se actúa más, se piensa, se quiere, se ambiciona y se aspira a más. Se planea y se sueña más. A ello ha contribuido la liquidación de los imperios que paralizaban todos esos movimientos, el fin del terror ideológico totalitario, la paz duradera, la aspiración a la democracia, la rápida evolución de las comunicaciones. La humanidad empieza a organizarse conforme a nuevas estructuras e ideales, todavía difíciles de definir. Si se mira con atención, hay algo que se hace visible: por todas partes hay más sociedad y menos Estado. Y por todas partes este infinito se desarrolla en todas direcciones, como dijo Dyson. □

## ¿Conoce ya lo último de Cambridge en español?

### El islam

David Waines



400 págs. Rústica 84-8323-011-9

Esencial para comprender la historia y la cultura de una de las religiones más dinámicas y vitales de nuestro planeta.

Religiones y Mitos

Humanismo



### Introducción al humanismo renacentista

Editado por Jill Kraye

372 págs. Rústica 84-8323-0116-X

Doce trabajos inéditos abordan las principales facetas del pensamiento renacentista: desde sus orígenes en Italia hasta su influencia en la sociedad española de la época.

información

Nombre

Centro

Dirección

Ciudad  C.P.

Tel.:  Fax:

E-mail

Si deseo recibir información periódica sobre los temas siguientes:

- Literatura  Ciencia
- Lingüística  Psicología
- Didáctica de Lenguas  Religiones y Mitos
- Historia  Otras

C/ Ruiz de Alarcón, 13 • 28014 Madrid  
Tel.: (91) 360 45 65 • Fax: (91) 360 45 70

# El consumo fragmentario de información

Vilém Flusser

El modelo cultural tradicional, «historicista», es un modelo lineal, basado en una antropología específica. En él, la «persona» es un ser vivo que se diferencia de los demás por el hecho de que transmite y archiva no sólo informaciones heredadas, sino también adquiridas. La transmisión de dichas informaciones se llama «comunicación humana», el archivo, «cultura», y el proceso de transmisión y almacenaje,

trata, por tanto, de un proceso acumulativo: la cultura es cada vez mayor. En el curso de dicho proceso toda la naturaleza se transforma asintóticamente en cultura. En la medida en que el ser humano transforma la naturaleza en cultura, se transforma a sí mismo. Cuanto más informa, cuanto más humaniza su situación, menos alienado está de sí mismo. Por ello este proceso histórico, informador, es

## EL FRACASO DEL MODELO CULTURAL LINEAL

La antropología que defiende este modelo va perdiendo terreno porque los más recientes descubrimientos de la neurofisiología ya no permiten establecer una diferenciación clara entre las informaciones heredadas y las adquiridas. El *hardware* «cerebro» y el *software* «datos» están engarzados, de forma que durante el procesamiento de datos (en los «procesos mentales») ya no se puede especificar con claridad qué es genético y qué cultural. Tenemos que elaborar, pues, una antropología nueva y menos elegante.

El carácter acumulativo del modelo —el almacén de la cultura se hace cada vez mayor— contradice el Segundo Principio de la Termodinámica. De acuerdo con éste, todos los sistemas —según los últimos análisis, incluso los denominados «abiertos»— tienden a disolverse en entropía. Todas las informaciones, hayan surgido por casualidad —como en el caso de la naturaleza— o hayan sido creadas deliberadamente —como en el caso de la cultura—, tienen que acabar por desintegrarse. Todas las situaciones e informaciones improbables tienden a hacerse cada vez más probables (a des-informarse). No sólo cada individuo, sino también toda la humanidad y toda la biosfera tienen que desintegrarse al final, al igual que la Tierra, el sistema solar, la galaxia y el cosmos. Y no sólo toda obra humana individual (cada zapato, cada hoja de papel o cada ciudad), sino absolutamente todas las culturas tienen que desintegrarse. Probablemente toda una serie de culturas anteriores a



Ciuco Gutiérrez: *Paisajes interiores o el color de la memoria*, 1996.

«historia». Por lo tanto, el modelo ofrece el aspecto siguiente:

Los objetos son arrancados uno tras otro de su estado natural para darles forma («informarlos»). Este arrancamiento significa «poner ahí» (situar en el ámbito donde está la persona) y transformar significa «fabricar». Los objetos así establecidos y fabricados se llaman «objetos culturales». Una piel de vaca, por ejemplo, es arrancada de su estado natural, se le imprime una forma inverosímil para pieles de vaca (una «información»), y el zapato así preparado y fabricado es un objeto cultural. Los objetos culturales son almacenados, uno tras otro, en el archivo «cultura». Se

al mismo tiempo una humanización de la naturaleza y una naturalización de la persona. La persona es un ser histórico.

En el modelo que se acaba de esbozar se reconocen con facilidad muchas de las ideologías modernas, quizá todas. Por ejemplo la fe en la ciencia, y la técnica de ello resultante. O toda una serie de formas políticas progresistas del compromiso, desde el marxismo hasta el liberalismo. O la ética de la creación y la valoración positiva del trabajo. En suma, todo aquello que abarca la palabra «humanismo». Por eso, es desagradable tener que constatar que ese modelo ya no sirve.

la nuestra han desaparecido de nuestro campo visual sin dejar rastro.

Pero los objetos culturales almacenados en el archivo cultural no sólo se deshacen por analogía con la entropía antes mencionada, sino también porque los consumen personas. La información grabada en una estatua se pierde por la oxidación del bronce, pero también la información grabada en un zapato se pierde porque el zapato se desgasta con el uso. Esta pérdida de la información que contiene el objeto cultural es un proceso gradual. Antes de que los objetos culturales se des-informen completamente —vuelvan a la naturaleza—, forman

de lo humano. Pero abandonar el modelo implica eliminar la base del humanismo y abrir una sima bajo los pies. Se corre el peligro de caer en ciclos mítico-mágicos medievales y más antiguos aún. Podemos constatar por doquier, por ejemplo, en las pantallas de televisión una caída desde la creencia en el progreso lineal en las ideologías e idolatrías mítico-mágicas. Pero también se abre la posibilidad de ascender a un nuevo plano de conciencia. Podemos percibirlo sobre todo en las ciencias, aunque en su mayor parte es aún tierra virgen. Sobre este plano proyectaré un modelo cultural alternativo.

hombre no puede impedir que la cultura regrese a la naturaleza, al menos se esfuerza por retrasar esa reversión desde lo improbable de la cultura a lo probable de la naturaleza. Intenta demorar el olvido, la muerte. El modelo cultural basado en una antropología semejante es aproximadamente el siguiente:

Los objetos, uno tras otro, son arrancados de su estado natural, preparados, situados en el ámbito donde está la persona. Tienen que ser convertidos en soportes para poder así recibir las informaciones que se imprimirán en ellos en el futuro. Son «productos semimanufacturados» —por ejemplo el cuero de vaca como soporte para grabar la información “zapato”, o la Luna para los cohetes de la NASA. En estos soportes, estos productos semimanufacturados —que ya no son «naturaleza» pero tampoco todavía cultura— el ser humano graba situaciones, informaciones improbables para archivar los objetos culturales así fabricados en la memoria «cultura». Después, la información impresa en ellos se borra, ya sea mediante el consumo o por entropía. Esos objetos semi-desinformados se deslizan fuera de la «cultura» y pasan al ámbito del «desecho» —que ya no es cultura pero tampoco es aún naturaleza— y, tras su completa desinformación, regresan a la «naturaleza» a través de la entropía. Según esto, el modelo es un epiciclo que se sitúa dentro de la tendencia lineal de la naturaleza a la entropía.

Pero este epiciclo «naturaleza - producto semimanufacturado - cultura - desecho - naturaleza» es regulable en parte. Su circulación es parcialmente gobernable (cibernetizable). Es posible, por ejemplo, frenar la fase «producto semimanufacturado - cultura», o acelerar la de «desecho - naturaleza», e invertir fases (reciclar). Una de las tesis de este artículo es que hay que considerar el *kitsch* un reciclaje del desecho, que de esa forma regresa a la cultura. El ser humano quiere regular la circulación en el epiciclo de forma



Ciuco Gutiérrez: *Paisajes interiores o el color de la memoria*, 1996.

una zona de transición de objetos semi-desinformados a medio camino entre la cultura y la naturaleza: los desechos. En la actualidad éstos comienzan a acumularse. Por ello, desde el punto de vista existencial, la zona de transición se torna cada vez más interesante, tan interesante al menos como la propia cultura. Y, evidentemente, este interés por la contaminación del medio ambiente cuestiona el modelo cultural lineal desde la óptica existencial.

El modelo cultural lineal es insostenible desde el punto de vista antropológico, teórico y práctico. Pasa por alto la pérdida de la información, el olvido, la muerte, en suma, el absurdo

#### UN MODELO CULTURAL EPICÍCLICO Y «POST-HISTÓRICO»

Mi modelo se basa en una antropología que sólo percibimos a grandes rasgos. En ella, la «persona» es un ser comprometido en la lucha contra la pérdida de la información, contra el olvido, contra la muerte, y al mismo tiempo un ser a merced del olvido de la muerte. En su vana lucha contra la muerte graba informaciones en objetos, para guardarlos en el archivo cultural. La cultura es la memoria mediante la cual el ser humano se pone a salvo del olvido. Pero esa memoria vuelve a ser absorbida por la tendencia lineal a la entropía. Por tanto, si el

que las informaciones se acumulen el mayor tiempo posible en el almacén «cultura». Aquí entran en juego una nueva experiencia, una nueva vivencia y un nuevo concepto del tiempo. Ya no somos arrastrados por el tiempo lineal, histórico, que fluye desde el pasado hacia el futuro. Estamos, aunque parezca problemático, por encima del tiempo, y podemos regularlo. Podemos por ejemplo, como en el *kitsch*, actualizar lo pasado o incluso, haciendo futurología, proyectar lo pasado hacia el futuro. Esta es la razón por la que propongo denominar este modelo «post-histórico».

#### APLICACIONES DEL MODELO

Si se aplica en la situación actual, se pone de manifiesto lo siguiente: La «naturaleza» se ha desplazado hacia el horizonte y apenas se la distingue ya. La mayor parte de lo que denominamos «naturaleza» se revela como «producto semimanufacturado»: los bosques, ríos y montañas, por ejemplo, debido a la explotación forestal, a la regulación y a la construcción de carreteras, son soportes de la información futura. La revolución industrial ha acelerado el proceso de dar forma a esos productos semimanufacturados. Por el contrario, no se ha hecho nada para ampliar el archivo «cultura» y adecuarlo a esa aceleración del aporte de información. Por ello la cultura es incapaz de almacenar el torrente de objetos culturales, y éstos, tras un consumo solamente parcial, pasan a convertirse en desecho. Este tránsito acelerado de los objetos producto cultural a desecho, pasando por la cultura, se denomina «progreso».

El desbordarse de la cultura en desecho provoca un atasco. Una razón adicional de dicho atasco se debe a la fabricación de soportes de información cada vez más duraderos (por ejemplo, plástico en lugar de cuero), para así retrasar el efecto de la entropía. Esto implica retrasar el desagüe del desecho en la naturaleza, y las

aguas residuales empiezan a inundar la escena (contaminación del medio ambiente). Vuelven luego a filtrarse en la cultura ya saturada —por ejemplo en forma de *kitsch*—, y esta mezcla de cultura y desecho que vivimos en la actualidad es lo que se denomina «cultura de masas».

Aplicado a nuestra situación, el modelo revela que padecemos trastornos circulatorios, pero también nos muestra los métodos capaces de reparar dichos trastornos. En primer lugar podemos frenar el proceso de dar forma a productos semimanufacturados para no sobrecargar el archivo de la cultura. Otro motivo para dicho frenazo es que los productos semimanufacturados resultan no ser inagotables (las materias primas y las fuentes de energía se agotan). Este método se llama «crisis económica». En segundo lugar, podemos ampliar la capacidad de almacenamiento de la cultura incorporándole, por ejemplo, memorias artificiales. Este método se denomina «informática». En tercer lugar, podemos acelerar el proceso de desagüe a través del cual desecho vuelve a la naturaleza. Este método se llama «ecología» y está representado en Alemania por el movimiento de Los Verdes. Por último, podemos regular la reintegración del desperdicio a la cultura. Este método se llama «*kitsch*» y constituye el tema de este artículo. La combinación de estos cuatro métodos caracteriza el ambiente cultural actual: es nuestro «estilo», o lo que en otros tiempos se llamó el «espíritu de la época».

#### LAS CONSECUENCIAS EPISTEMOLÓGICAS DE ESTE MODELO

El modelo cultural historicista tenía dos ámbitos de investigación: el de las ciencias de la naturaleza y el de las ciencias del espíritu. En el modelo cultural epicíclico se añaden dos nuevos ámbitos: el de las ciencias de los productos semimanufacturados y el de las ciencias del desecho. Debido a que la

naturaleza retrocede cada vez más hacia el horizonte del interés y allí comienza a disolverse en la nada —véase la imagen de la naturaleza de la física nuclear y la astronomía— y que la cultura se convierte cada vez más deprisa en desecho —véase la corta vida de todas las modas y modelos, por ejemplo científicos, políticos y artísticos—, las ciencias de los productos semimanufacturados y de los desechos centrarán cada vez más sobre sí el interés epistemológico. De entre las ciencias de los productos semimanufacturados, las disciplinas para investigar los soportes de la información, hay que mencionar sobre todo la informática, la cibernética y la genética. Las ciencias del desecho, las disciplinas para investigar la información en vías de olvido, son, por ejemplo, el psicoanálisis, la etimología, la arqueología o la paleontología. De estas disciplinas hemos de esperar no sólo nuevos conocimientos, sino también técnicas nuevas.

#### CONSECUENCIAS POLÍTICO-ÉTICAS Y ESTÉTICAS

Los cuatro ámbitos del modelo epicíclico —naturaleza, producto semimanufacturado, cultura, desecho— pueden ser valorados: la naturaleza como neutra, los productos semimanufacturados como utilizables, la cultura como valiosa y el desperdicio como carente de valor. Estas valoraciones pueden cuantificarse —por ejemplo dividiéndolas en *bits* de información. Entonces la circulación cultural acontece así: lo neutro se torna utilizable, lo utilizable valioso, lo valioso en carente de valor y lo carente de valor neutro. Al devolver el desecho a la cultura, lo carente de valor vuelve a hacerse valioso, valía que puede considerarse futilidad. Esta valoración de la circulación cultural tiene que despertar evidentemente en nosotros la impresión de que es absurdo comprometerse con la cultura —todo lo valioso carece de valor. Y en efecto podemos constatar por doquier el

incremento de la llamada «visión absurda de la vida». Por ello cabe esperar nuevas categorías de valores, una «transmutación de todos los valores».

Resumiendo, el impacto del modelo epicíclico es como sigue: si renunciamos al modelo cultural lineal historicista —hecho inevitable a la vista de los nuevos conocimientos teóricos y de las experiencias prácticas, por ejemplo la experiencia del *kitsch*—, entonces estamos obligados a reconsiderarlo todo: a elaborar nuevas ciencias con nuevas categorías de conocimiento, a proponer nuevas categorías políticas y estéticas, y a articular nuevas formas existenciales (y por ello religiosas) de pensamiento y de expe-

riencia. Si renunciamos al pensamiento, acción y experiencia lineal, historicista, estamos obligados a pensar, actuar y experimentar de una forma nueva, revolucionaria. Y en efecto podemos observar cómo ya en estos momentos se prepara en todas partes esa revolución.

#### LA TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN

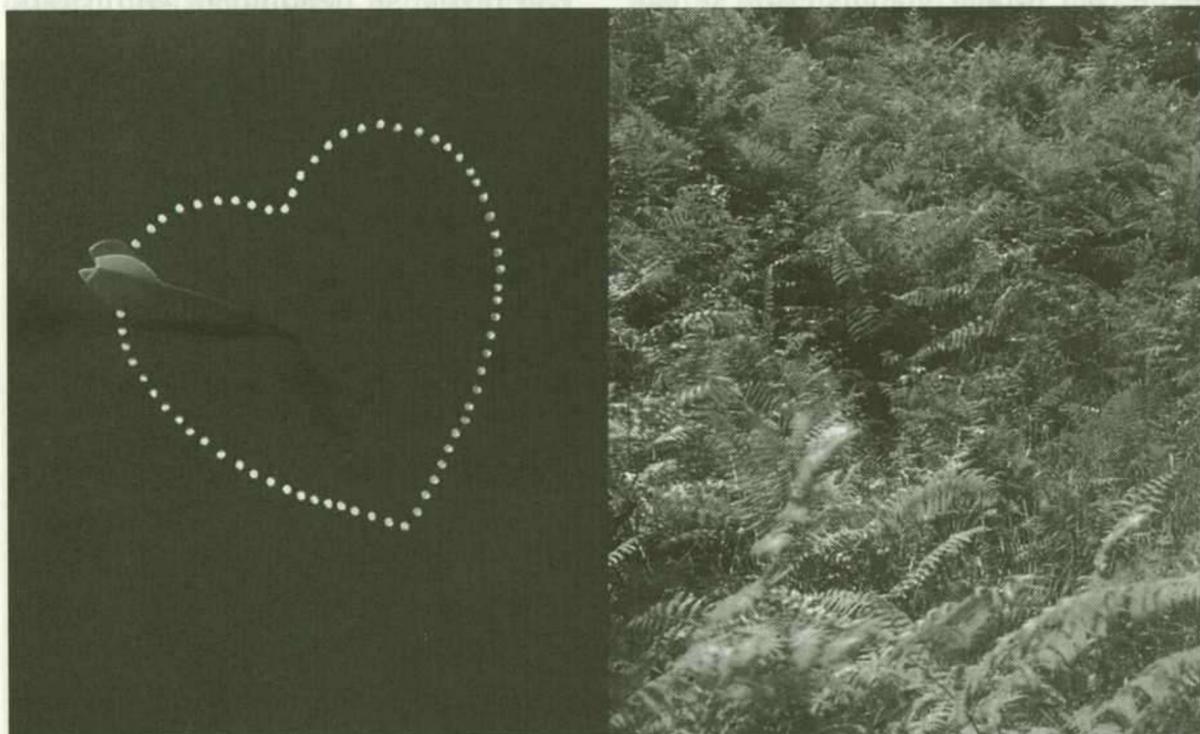
Entre las nuevas ciencias, esta teoría ocupa un lugar preeminente. Es adecuada para aprehender la revolución antes mencionada. La comunicación humana puede dividirse en tres fases: creación, transmisión y almacena-

miento de la información, lo que antes se denominaba «emisor», «canal» y «receptor». Actualmente, gracias a nuevos conocimientos teóricos y a nuevas técnicas, es posible examinar con más precisión cada una de esas fases. La información se crea cuando información previa, archivada en las memorias, es vinculada entre sí. Las nuevas informaciones no emergen de la nada, sino que son combinaciones improbables y, en consecuencia imprevisibles, de informaciones previas. Por ejemplo, la nueva información «visión del mundo newtoniana» no surgió de la cabeza de Newton, sino que es una computación de la mecánica «terrestre» (Galileo) con la mecánica «ce-

leste» (Kepler). Estas computaciones se denominan *diálogos*, en el ejemplo elegido, entre Galileo y Kepler. Semejantes diálogos pueden tener lugar en la memoria de un individuo, por ejemplo en la «cabeza» de Newton. Pueden ser desencadenados por una casualidad —en el ejemplo citado, por la caída de una manzana (*si non e vero, e ben trovato*). A esto se le llamaba antes «inspiración» o «proceso creativo», pero ahora ya es posible programarlo en computadoras —lo que explica la avalancha de nuevas informaciones que nos inunda en la actualidad. Las informaciones creadas de esa forma dialógica son transmitidas a otras memorias humanas o artificiales para ser almacenadas allí. Esta transmisión se llama *discurso*. De acuerdo con su estructura los discursos pueden clasificarse, por ejemplo, en: «irradiantes» —como el de la televisión o el de los periódicos—, «ramificados» —como el de las ciencias y las artes— y «abiertos» —como el de la enseñanza escolar. La disciplina que investiga esto se llama «investigación mediática». La estructura social puede considerarse una red de estructuras discursivas superpuestas. La estructura social actual se caracteriza por discursos «irradiantes», lo que para los sociólogos supone un problema político, y para los teóricos de la comunicación un problema esencialmente técnico, de «conexión». Esto muestra cómo se engrazan la política y la técnica.

En cualquier caso, se trata de un problema profundo, porque diálogos y discursos tienen implicaciones mutuas: no existe diálogo sin discurso previo, porque todos los datos a computar los suministran los discursos; ni tampoco existe discurso sin diálogo previo, porque los discursos transmiten datos elaborados en los diálogos. La comunicación sólo es posible cuando diálogos y discursos están equilibrados entre sí. Si, como ocurre en la actualidad, predomina una forma de discurso que pone trabas a los diálogos, la estructura social corre el riesgo de desmoronarse para convertirse en una masa amorfa. Esto explica por qué las personas se sienten aisladas (faltas de comunicación) en medio de discursos cada vez más universales. Así, la teoría de la comunicación desvela el problema político del totalitarismo y de la democracia.

Las informaciones transmitidas por medio del discurso se almacenan en la memoria. La memoria es un archivo que debe ser modificado incessantemente para albergar nuevos datos (para «aprender»). Cuanto más nueva es la información que llega, tanto más difícil, cuanto más redundante, tanto más cómodo resulta su almacenaje. Es



Ciuco Gutiérrez: *Paisajes interiores o el color de la memoria*, 1996.

decir, cuanto más informativo es un comunicado, más incómodo es. Una vez almacenada, la nueva información puede ser utilizada en diálogos futuros para elaborar otra más nueva. Pero al final será olvidada. Los memorias artificiales «olvidan» más despacio que los humanos, pero en cambio en ellas cabe la posibilidad de borrar datos. En el estadio actual la memoria artificial computa (dialoga) más deprisa que la humana, pero su competencia de computación es menor. Por ello el acoplamiento dialógico entre memoria humana y memoria artificial hace concebir esperanzas en los ámbitos de la ciencia, del arte y de la política.

Las informaciones creadas, transmitidas y almacenadas en la comunicación humana son combinaciones improbables de símbolos, por ejemplo de imágenes, palabras o cifras. Los símbolos significan algo, concretamente otros símbolos o fenómenos determinados. La disciplina que estudia esto se llama «semiótica». La razón última de la comunicación es transformar los fenómenos concretos denotados por sus símbolos de acuerdo con la información elaborada por ella. La razón última de las comunicaciones es elaborar información e imponerla sobre fenómenos concretos, «transformar el mundo», trabajar. En la actualidad es posible transferir a aparatos automáticos esta tarea de formular informaciones sobre fenómenos concretos. Por primera vez la persona es libre de consagrarse a elaborar nuevas informaciones, y programar aparatos para que éstos cambien el mundo por ella. La sociedad en la que la mayoría se dedica a esta computación de símbolos para formar combinaciones improbables, informaciones, se denomina «sociedad de la información». Las denominadas sociedades desarrolladas están ahora adoptando esa nueva forma de sociedad.

Podemos resumir lo dicho en este pasaje de la siguiente manera: la comunicación humana es la creación, transmisión y almacenamiento de in-

formación con el propósito de imprimir dicha información a fenómenos concretos y, por consiguiente, transformar el mundo. Es una conversación sobre el mundo de los fenómenos concretos.

#### TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN Y MODELO CULTURAL EPICÍCLICO

En este modelo cultural pueden distinguirse dos «hemisferios». Uno (naturaleza - producto semimanufacturado - cultura) se caracteriza por imprimir informaciones sobre fenómenos concretos; el otro (cultura - desechos - naturaleza) por la extinción gradual de dichas informaciones. Es decir, del primer «hemisferio» se habla, en él reina de la comunicación; el otro, no, es el dominio del olvido. Así pues, cabe decir que este modelo supone un intento de introducir lo olvidado en la conversación. Desde esta perspectiva, la diferencia entre el modelo historicista y el epicíclico consistiría en que el último intenta reintegrar a la conversación lo olvidado por el modelo historicista —la muerte, el absurdo de lo humano.

El análisis del modelo cultural epicíclico plantea la pregunta de si no podría haber también para el proceso de comunicación un segundo «hemisferio» —si no existe también una comunicación del olvido. Si el proceso descrito en el pasaje anterior no es sólo una faceta, la «verdadera», de la comunicación, y si no existirá también una segunda faceta, «falsa», de la comunicación — una comunicación gracias a la cual se trituran las informaciones almacenadas, para convertirse a partir de improbables combinaciones de símbolos en otras cada vez más probables. En efecto, podemos comprobar que no sólo existe una pseudocomunicación de esta clase, sino que en la actualidad constituye la parte fundamental de lo que comúnmente denominamos «comunicación». Esa pseudocomunicación tiene que ser denominada aquí charla. Tritura las in-

formaciones que han sido creadas, transmitidas y almacenadas en la conversación para pulverizarlas convirtiéndolas en algo amorfo, probable, previsible.

Si analizamos la charla, podemos considerarla una sombra de la conversación. Es almacenamiento, transferencia y consumo de informaciones cada vez más redundantes. A los diálogos en la conversación corresponde en la charla la opinión pública — el chismorreó, la discusión, el llamado consenso. A los discursos de la conversación corresponden en la charla los programas emitidos por los medios de comunicación — los mensajes que se repiten con ligeras variaciones y que, con razón, se denominan «difusión». A la co-implicación de diálogo y discurso en la conversación corresponde en la charla la retroalimentación entre opinión pública y programa — por ejemplo estudios de mercado, demoscopia y elecciones políticas. En suma, es posible adaptar la teoría de la comunicación al modelo cultural epicíclico y diferenciar el «hemisferio» de la conversación —de la elaboración de informaciones con el fin de transformar el mundo— del «hemisferio» de la charla —del triturar informaciones para olvidar. De este modo, puede decirse que el sector «naturaleza - producto semimanufacturado - cultura» reside en la conversación, el sector «cultura - desecho - naturaleza» cae dentro de la charla.

#### «KITSCH»

He definido de manera provisional el *kitsch* como un método gracias al cual el desecho regresa a la cultura. Ahora podemos pulir algo esta definición. El desecho se compone de objetos culturales en los que la información se ha borrado parcialmente. Por eso es cómodo de almacenar en la memoria «cultura». (Cuanto más redundante es una comunicación, más cómodo resulta almacenarla.) De ahí la posibilidad de almacenar el *kitsch* incluso

con el estancamiento actual de la cultura debido a la superproducción de información. Es un método cómodo y agradable para instalarse en el desecho, para ser feliz allí, por hablar con palabras de Abraham Moles. Desde esta perspectiva queda claro que el *kitsch* es un fenómeno cultural general y no sólo artístico. Existe también un *kitsch* científico y político. Todos los fenómenos que regresan del desecho a la cultura pueden denominarse *kitsch*. Como en el reciclaje, se trata de un regreso de la circulación cultural, de un regreso al presente de lo pasado; muchos fenómenos *kitsch* se reconocen por el prefijo «neo» — por ejemplo neoclasicismo, neodarwinismo, neoliberalismo, pero también

lismo trasnochado, socialismo, mitos trasnochados, hipótesis científicas e hipótesis históricas se amalgaman para dar la impresión de novedad y al mismo tiempo formar conglomerados fáciles de digerir.

Pero el *kitsch* es fascinante no sólo por tratarse de una inversión del vector del tiempo, de una vuelta al presente de lo pasado y por tanto de una nueva vivencia del tiempo. También lo es sobre todo porque supone una negativa a la conversación y una afirmación de la charla. Ya no es preciso crear y transmitir información para transformar el mundo, sino todo lo contrario: hay que triturar la información mediante la charla para olvidarla, con el *kitsch* no se pretende

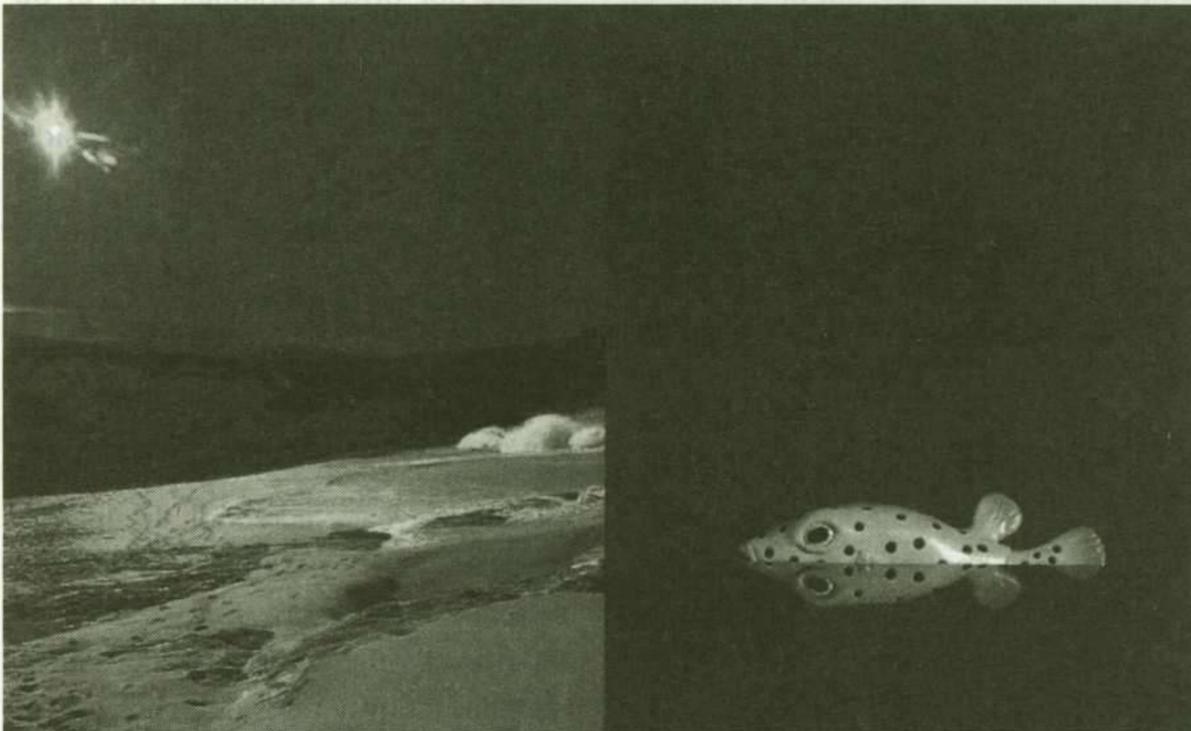
#### PRONÓSTICO

El *kitsch* es un fenómeno de los actuales trastornos circulatorios del proceso cultural, del estancamiento del desecho. Por ello, es un error creer que el *kitsch* ha existido siempre. Sólo se ha dado en situaciones culturales similares, por ejemplo durante la pseudoindustrialización de finales de la Antigüedad. En consecuencia, tampoco existirá siempre.

En la actualidad hay síntomas de un futuro cambio radical de la circulación de la cultura. La gran mayoría de las futuras informaciones tal vez ya no tenga que ser grabada en objetos, sino que será transportada en soportes «inmateriales», campos electromagnéticos, por ejemplo. Ese tipo de «informaciones puras», verbigracia las imágenes sintéticas en un terminal de ordenador, no tienen desecho. Es verdad que aparatos automáticos grabarán esas informaciones en objetos, creando así objetos culturales; pero la cantidad de dichos objetos posiblemente disminuirá mucho. Como dispondremos de información almacenada en memorias artificiales, perderemos el interés por coleccionar información almacenada en objetos (zapatos, neveras, coches). Esto provocará una disminución de los desechos y el *kitsch* se tornará innecesario. Esto es la «sociedad postindustrial».

Aunque en una sociedad semejante surgirá el problema, completamente distinto al de la contaminación del medio ambiente, de si la sociedad conectada telemáticamente utilizará sus canales para conversar, para establecer una «verdadera comunicación» o para dedicarse a la charla. Desde luego, esto supone un problema por lo menos tan inquietante como el del *kitsch*, pero desborda el alcance de este artículo.

El pronóstico que se acaba de avanzar merece tanto crédito como cualquier otro. Es decir, la situación prevista se alcanzará si no sobreviene alguna catástrofe. Las catástrofes siempre son probables, pero *per definitionem* son imprevisibles. □



Ciuco Gutiérrez: Paisajes interiores o el color de la memoria, 1996.

nueva derecha y nueva izquierda. Aunque por lo general en el *kitsch* no se trata de rescatar del desecho fenómenos aislados para devolverlos a la cultura, sino que es más eficaz escarbar en las diferentes capas superpuestas de desechos y aglutinar los objetos encontrados para formar objetos *kitsch*. Porque dado que todos esos objetos sólo conservan restos de las informaciones que les han sido inscritas, ese tipo de amalgamas despiertan la impresión de riqueza informativa y, a pesar de todo, son cómodas de almacenar. Un ejemplo paradigmático de esto lo ofrece el nazismo: naciona-

oponer al absurdo de la muerte la voluntad humana de permanecer en la memoria; por el contrario, con el *kitsch* se desea entregarse al olvido, a la muerte. Ya no hay que conversar, sino únicamente charlar. Este compromiso en pro del olvido, de la muerte, de la charla, es por lo demás fácil de inferir en el caso del nazismo. En consecuencia, el *kitsch* es una *nostalgie de la boue*, una nostalgia por disolverse de forma cómoda y agradable. Por ello, en el fondo, el *kitsch* es un método para morir cómodamente en vista del absurdo de la existencia humana, y sirva esto como definición del *kitsch*.

# Derecho de la cultura

## O, ¿cultura para qué?

Javier Gutiérrez Vicén

*La Justicia no es algo que exista por sí, sino tan sólo en las relaciones recíprocas de aquellos lugares donde se establezca algún pacto para no agredir ni ser agredido.*

EPICURO. *Máximas Capitales*, XXXIII

### UNO

No solamente existe un derecho de la sociedad a la cultura, del libre acceso de los ciudadanos a la cultura, también existe un derecho social de la cultura, de los hombres que trabajan en la cultura en su relación con los demás.

Este año, el 10 de diciembre, celebraremos el cincuenta aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. La Declaración constituye uno de los mejores esfuerzos de las personas, en el siglo XX, por ponerse de acuerdo en establecer un modelo universal de convivencia. Recordemos, además, que este esfuerzo se hizo a partir de las ruinas morales y físicas que dejó la Segunda Guerra Mundial.

En el artículo 27 de la Declaración Universal se establece el derecho de toda persona a la protección de sus intereses morales y materiales derivados de toda producción científica, literaria o artística de las cuales sea autor. Al recoger los derechos de autor junto con los restantes Derechos Humanos, la intención era incorporar los derechos de propiedad intelectual de los autores dentro de los derechos de la persona. Esta decisión, que podemos calificar de moderna, tiene varias consecuencias.

La más significativa y evidente es la doble afirmación, individual y social de la condición de autor que se contiene en su seno.

Por una parte, es clara la importancia individual de la condición de autor. Los autores son, sólo pueden ser, personas físicas, no corporaciones o personas jurídicas. Pero además, por otra parte, el énfasis en el contenido social de la condición de autor, también se deduce, claramente, del artículo 27 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Además, se establece en los términos en que, en estas mismas páginas, Fernando Savater definía hace poco las condiciones de una moral universal. Decía Savater: «Es universal aquella moral que en sus pautas de trato al prójimo ni quiere ni puede hacer excepciones. Al contrario: obtiene su fuerza regulativa de la ausencia de excepciones».

Me parece que esta ausencia de excepciones está implícita en el texto del artículo 27 al decir: «toda persona tiene derecho...» Por ello considero que la Declaración Universal no solamente destaca el carácter social que conlleva el reconocimiento de la condición de autor, sino que además lo hace en términos universalistas.

Si bien ahora hablamos de derecho y no de moral, dada la amplia vocación etiológica de la Declaración Universal, considero que dentro de este paralelismo es posible aplicar la valoración de Fernando Savater.

### DOS

La cuestión es que el concepto de autor conlleva una nota social muy im-

portante que condiciona a los creadores y al acto de crear. Un creador es autor cuando su actividad creadora se dirige a los demás. No crea por crear, ni crea para sí mismo, o al menos no hace solamente esto.

En puridad, hemos de hablar de autor cuando el creador decide divulgar su obra. Es en el momento en que su creación es contemplada, leída o escuchada por otras personas, por el público, cuando el creador adquiere la condición de autor y cuando se convierte automáticamente, sin necesidad de ninguna formalidad previa, en titular de los derechos de autor. El autor tiene de esta forma derechos porque entra en una relación dialéctica con la sociedad.

Es la sociedad quien recibe el fruto de su esfuerzo creador. Es por ello que el autor se hace acreedor de unas facultades que le permiten mantener su relación con su obra una vez que ésta ha sido divulgada, garantizándole un derecho moral y unos derechos con relación a las posibles explotaciones económicas que su obra pudiera tener.

El autor, protagonista de la cultura, por su naturaleza no solamente no es ajeno al devenir social sino, por el contrario, es parte activa de este devenir. Así, es también protagonista de lo social. Tan culpable como víctima de la sociedad de la que forma parte.

### TRES

Parece que el papel que en la sociedad han jugado hasta hace unas décadas los autores, es decir, los pensadores, los literatos, los científicos y los creadores, ha cambiado. De forma que se había producido una especie

de generalizado repliegue introspectivo o de abandono de las responsabilidades críticas, dicho esto en el sentido que a estas responsabilidades da el filósofo Víctor Gómez-Pin, como explica en un artículo recientemente publicado en el diario *El País*, titulado «La auténtica muerte del filósofo», esto es, en el sentido de contribuir a dismantelar los prejuicios por útiles que sean para el sostén del edificio social.

Parece también que la cultura de masas se encuentra en pleno auge, y de forma especial la que imponen las grandes empresas de medios de comunicación social así como el lenguaje audiovisual y la influencia de la publicidad, en una amalgama sustitutoria de la cultura y de la educación que entremezcla el ocio, el espectáculo y el puro mercado.

Ello está empobreciendo las posibilidades de los individuos de encontrar en el entorno social elementos que les permitan construirse espiritualmente, mejorar su destino, «abrir las ventanas del alma», en expresión de Leibniz.

#### CUATRO

Además, el movimiento uniformizador que desarrolla el economicismo, esto es, la obsesión por ver el mundo exclusivamente desde un prisma económico, en el estadio actual del capitalismo, está afectando de forma radical a la cultura y a la educación.

Ignacio Ramonet, en su libro *Un mundo sin rumbo*, recoge la siguiente respuesta de Edgar Morin ante la pregunta sobre la posible homogeneización de las costumbres o estandarización cultural en Europa: «La americanización es el aspecto más gráfico y más ostensible de un proceso salido de la misma Europa: el del desarrollo capitalista, que transforma todo lo que toca en mercancía; el del desa-

rollo industrial, que estandariza todo lo que integra; el del desarrollo tecnoburocrático, que despersonaliza todo lo que cae bajo su poder; el de la urbanización a ultranza, que desintegra las antiguas comunidades y atomiza las existencias en la “masa solitaria”. Este



Bernard Plossu: Almería, 1987-1994.

proceso, que ya ha corrompido y arruinado tantas culturas en el mundo, ataca ahora nuestras culturas...».

Creo que el origen del problema no es reciente. Ortega recogía, en su ensayo «Crisis del intelectual y crisis de la inteligencia», la siguiente reflexión realizada ya en 1929 por Edmund Husserl: «La situación actual de las ciencias europeas obliga a reflexiones radicales. Acontece que, en definitiva, estas ciencias han perdido la gran fe en sí mismas, en su absoluta significación. El hombre moderno de hoy no ve, como lo veía el “moderno” de la época de la Ilustración, en la ciencia y en la nueva cultura por ella plasmada, la auto-objetivación de la razón humana, esto es, la función universal que la humanidad se ha creado para hacerse posible una vida de verdad satisfactoria, una vida individual y social creada por la razón práctica. Esa gran fe, un

tiempo sustitutivo de la fe religiosa, la fe en que la ciencia lleva a la verdad —a un conocimiento de sí mismo, del mundo, de Dios, efectivamente racional y a través de él a una vida siempre capaz de ser mejorada, pero digna en verdad y desde luego de ser vivida — ha perdido incuestionablemente su vigor en amplios círculos. Por ello se vive en un mundo que

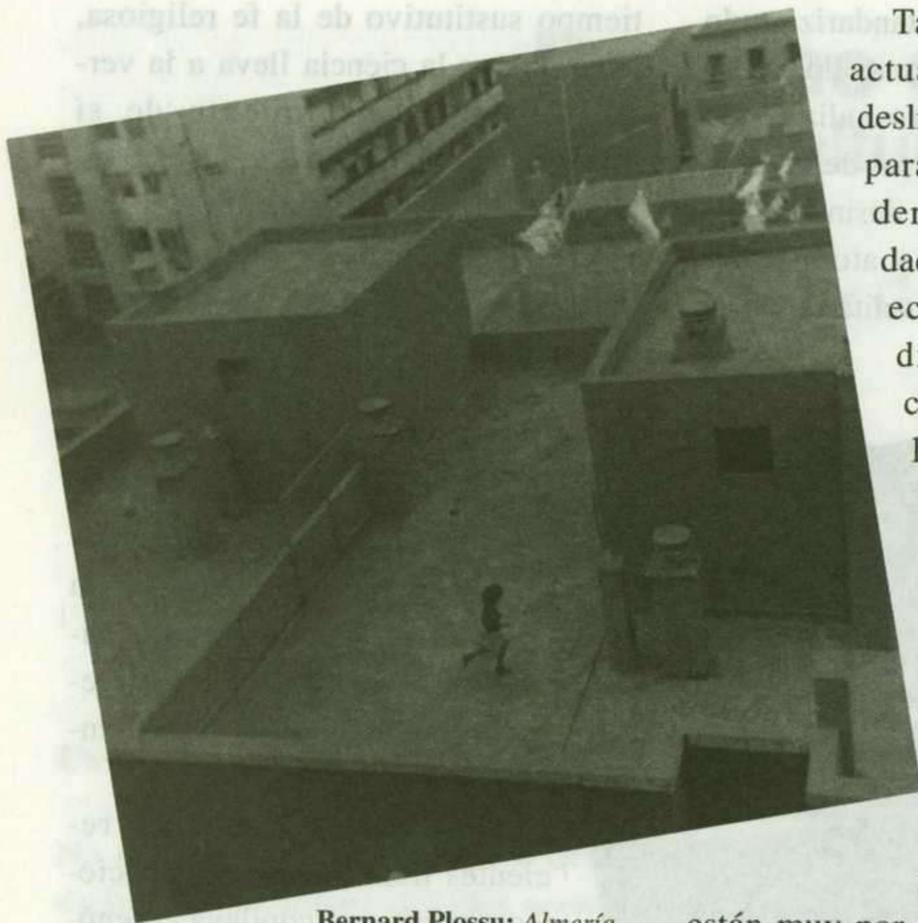
se nos ha hecho incomprendible, en el cual se preguntan las gentes en vano por su “para qué”, por su sentido añejo tan indubitable, tan plenamente reconocido por entendimiento y voluntad».

No cabe duda que las recientes transformaciones socioeconómicas que conlleva el fenómeno de globalización de los mercados, y la enorme y acelerada influencia que presenta la denominada (eufemísticamente) «sociedad de la información», son cuestiones capitales para entender la confusión en que nos desenvolvemos en este fin de siglo, pero las palabras de Husserl me parecen de una vigencia indudable y el relegado papel en que la sociedad ha venido dejando paulatinamente, desde hace mucho tiempo (tanto que se ha olvidado cuando no era así), a la educación y a la cultura tiene como consecuencia inevitable ampliar, aún más, la desorientación y la falta de sentido que este crecimiento desordenado y esta sobredosis de información sin formación están generando en los ciudadanos.

#### CINCO

La condición de autor vive en la actualidad una evolución pareja a las transformaciones que se están produciendo dentro del mundo de la cultura, en general, y respecto al sector de la industria que se desarrolla en torno a la cultura (la denominada industria cultural), en particular.

Por una parte, podemos observar un creciente interés entre los crea-



**Bernard Plossu: Almería,**  
1987-1994.

dores en defender sus derechos de autor. Se trata de hacerlos valer de una forma efectiva y no meramente declarativa. Este interés está motivado especialmente como consecuencia del fenómeno acelerado y masivo de la utilización derivada de las creaciones. Es decir, de la utilización por parte de terceros (generalmente empresas o corporaciones) de sus obras, para las aplicaciones más diversas y, habitualmente, muy alejadas del destino para el que fueron creadas. Esto sucede con las composiciones musicales, las novelas y las obras de teatro pero también, cada día más, con las fotografías, las pinturas, las esculturas, las ilustraciones, los cómics, los diseños artísticos, etcétera.

Esta utilización derivada de las creaciones realizada de forma masiva, acelerada y muchas veces desvirtuada de sentido, está interesada en alejar al autor de su obra, de desligar el nexo que le une a ella y de esta forma garantizar el mayor grado de eficacia a su interesado proyecto frivolidador y desustanciador de las creaciones, para así convertirlas en algo flexible y operativo a sus intereses comerciales.

También, esta manera de actuar del mercado desea desligar al autor de su obra para desproveerle de sus derechos patrimoniales, dado el enorme volumen económico que hoy en día suponen los derechos de propiedad intelectual en juego. En estos momentos, los recursos que genera la propiedad intelectual son superiores al 5% del producto interior bruto de la Unión Europea. En Estados Unidos, los importes, por ejemplo,

están muy por encima de los que genera la industria del automóvil. Además, el crecimiento de estas cifras es, hoy en día, exponencial.

Las empresas están ávidas de obtener una rentabilidad, pues las fortísimas inversiones que han realizado en sus procesos de desarrollo, dentro de la «sociedad de la información», tienen en estos momentos, fundamentalmente, un carácter táctico, pues se trata de tomar posiciones en el mercado aun a costa de inversiones sin rentabilidad inmediata. Además, el economicismo está pervirtiendo el sentido y la razón de ser de algunos museos, de algunas fundaciones y otros cooperadores necesarios de los creadores.

En este sentido, mencionaré algunos ejemplos que afectan a los creadores visuales, es decir, a los artistas plásticos, a los diseñadores gráficos, a los ilustradores y a los fotógrafos. Este sector autoral, que históricamente se ha incorporado más tarde que otros en la defensa efectiva de sus derechos de autor, se anuncia, por otra parte, como el de los autores de unas obras que tienen un gran peso en los soportes multimedia y en las redes digitales al ser creadores de las denominadas «imágenes fijas», de una importancia capital en el momento ac-

tual de la cultura. Los creadores visuales están asistiendo en los últimos tiempos a un violento movimiento de extorsión por parte de diferentes usuarios de sus obras, interesados en «expropiarles» sus derechos por distintos caminos.

Unas veces son museos o fundaciones, de titularidad pública o privada, los que chantajejan a los artistas plásticos con la exigencia de que cedan forzosamente sus derechos económicos a favor del museo, o del titular de la colección de arte, en su caso, para, de esta forma, sustituirle en la percepción de los derechos de explotación. Estas instituciones, regidas desde la lógica del pensamiento único, de la filosofía del hombre «monopensante», desean generar beneficios a toda costa, ética incluida.

Otras veces son aquellas empresas editoriales que fuerzan a los ilustradores a firmar contratos por los que aceptan considerar como «obra colectiva» (concepto jurídico que define aquella situación en la que no es posible distinguir los autores de unas obras que se han entremezclado para realizar una producción editorial desarrollada a instancias del editor que la promueve) sus, perfectamente identificables, creaciones consistentes en las ilustraciones que se incorporan, por ejemplo, en una colección de libros infantiles. El interés de esos editores, en este ejemplo, es el de no tener que obtener autorizaciones de cada uno de los autores cuando digitalicen esas obras y las incorporen en un soporte multimedia. Es igual que la pretensión sea antijurídica y que se lesionen los derechos morales y patrimoniales de los autores, los beneficios están garantizados.

Por último, citaré un ejemplo de carácter transnacional. La empresa CORBIS es una corporación norteamericana que pertenece al conocido hombre de negocios Bill Gates. Esta empresa está especializada en la digitalización, almacenamiento y admi-

nistración de derechos de reproducción de documentos artísticos y visuales en general. CORBIS sostiene lo siguiente en los contratos que firma con los fotógrafos que les ceden los derechos: «Cuando hacemos una imagen digital de una obra preexistente, estamos creando una *obra derivada* que registramos y administramos bajo nuestro *copyright*.» Esta pretensión de CORBIS persigue adquirir todos los derechos, tanto morales como económicos, de las obras una vez que han sido digitalizadas. Para ellos, digitalizar una obra no es reproducirla, sino *recrearla*. Esta pretensión absurda sería equivalente a la que pudiera tener una casa fonográfica delirante, que pretendiese que, al grabar en un disco *El amor brujo* de Manuel de Falla, habría recreado la composición y por ello pasaría a ser titular de una obra derivada, como lo es, por ejemplo, quien realiza una película a partir de un texto literario.

## SEIS

La defensa de los autores, la defensa de sus derechos, como parte de los Derechos Humanos, y la defensa de las organizaciones que los autores han creado para que estos derechos no sean ilusorios, es una cuestión crucial para conseguir una buena salud en la cultura de nuestros días, o lo que es lo mismo, para defender la democracia real.

La democracia tiene una necesidad sustancial de la cultura y de la educación. Si la economía moderna necesita de una mano de obra bien preparada, educada y adaptable, la democracia real, es decir, una sociedad bien organizada, necesita de la enseñanza y de la cultura para garantizar la esperanza a sus individuos. Con ello, se consigue la paz social y el entendimiento del mundo. La cultura permite a las personas acceder al sentido de la vida.

Si la educación permite el ascenso social, reduce el crimen y la brutali-

dad, la cultura permite que se gobierne de manera inteligente al aumentar la exigencia y los conocimientos del electorado y la calidad de los gobernantes, pues un electorado educado y culto reduce la burocracia y la suplantación. Pero además, la cultura permite a los ciudadanos disfrutar de la vida todo lo posible. La ignorancia y la incultura dan marcha atrás al motor de la historia y generan una dejación social en beneficio de la barbarie y del caos.

Así visto, los derechos de los autores son Derechos Humanos. No solamente porque cualquier ser humano tiene un derecho a crear, y en tanto en cuanto creador a seguir la suerte de su propia obra, sino también porque la sociedad tiene el derecho a exigir que sus autores, los hombres y mujeres que dedican sus vidas a abrir las ventanas a la verdad y a la belleza, estén protegidos ante el marasmo anónimo, brutal y ensordecedor que ha puesto en marcha el economicismo. □

## DOMINE SU LENGUAJE

### EDITORIAL PLAYOR, S. A.

**1475 PTS. CADA UNO IVA INCLUIDO**

**POR SÓLO 7.375 PTS.**

**5 LIBROS PEDIDO MÍNIMO**

**UN LIBRO GRATIS CON EL PEDIDO MÍNIMO**

**OTRO LIBRO GRATIS SI PIDE 10 LIBROS**

AUMENTE SU MEMORIA 160 pág.

José Escarpanter  
CUADERNO DE EJERCICIOS ORTOGRÁFICOS  
200 pág.

SÍ, DESEO RECIBIR CONTRA REEMBOLSO LOS LIBROS QUE MARCO A CONTINUACIÓN: **FORMATO: 16,5 x 23,5 cm**

- CÓMO DOMINAR LA ORTOGRAFÍA MODERNA / 256 pág.
- CÓMO HABLAR CORRECTAMENTE EN PÚBLICO / 208 pág.
- CÓMO ESCRIBIR CORRECTAMENTE / 184 pág.
- CÓMO AUMENTAR SU VOCABULARIO 1 / 174 pág.
- CÓMO AUMENTAR SU VOCABULARIO 2 / 168 pág.
- CÓMO LEER, ESTUDIAR Y MEMORIZAR RÁPIDAMENTE / 216 p.
- CÓMO DOMINAR LA REDACCIÓN / 160 pág.
- CÓMO ELIMINAR ERRORES Y DUDAS DEL LENGUAJE / 232 p.
- CÓMO DOMINAR LA LECTURA ACTIVA / 168 pág.
- CÓMO ESCRIBIR CARTAS EFICACES / 156 pág.
- CÓMO DOMINAR EL ANÁLISIS GRAMATICAL BÁSICO / 224 p.

|                   |           |  |
|-------------------|-----------|--|
| CENTRO O COLEGIO  |           |  |
| NOMBRE Y APELLIDO |           |  |
| DIRECCIÓN         |           |  |
| CÓDIGO POSTAL     | POBLACIÓN | PROVINCIA  |
| TELÉFONO          | NIF/CIF   | <b>NO ATENDEMOS PEDIDOS A LOS QUE FALTEN DATOS</b> |

Ref:  
Revista **LETRA**  
INTERNACIONAL

ENVÍE ESTE CUPÓN A:  
EDITORIAL PLAYOR  
Alberto Bosch, 10  
28014 Madrid  
☎ 91 - 369 0652  
PEDIDOS URGENTES AL FAX 91 - 369 4441

MODO DE ENVÍO (ESCOJA SÓLO UNO)

CORREO NORMAL:  
300 pta + tasas \*

SERVICIO URGENTE  
A DOMICILIO: 750 pta

\* Las tasas suponen unas 350 pta

# ¿Liberar el futuro

Certamen Internacional de ensayo

## ensayo

LETTRE INTERNATIONAL y WEIMAR 1999 retoman así una tradición caída en el olvido, pero desligándola de su tradicional ámbito académico. Si hoy los problemas tienen *a priori* carácter transnacional y global, también un certamen de ensayo filosófico deberá ser interdisciplinario e internacional, y estar abierto a todas las lenguas y culturas.

Pero, ¿cómo encontrar un tema adecuado? Con ese objetivo, el pasado mes de junio escribimos a 900 personalidades del mundo entero — filósofos, artistas, poetas, novelistas y científicos— presentándoles el proyecto e invitándoles a proponer un tema para un ensayo. Más de un centenar aceptó participar en nuestro juego. Como paso siguiente, en septiembre se reunió un grupo de intelectuales procedentes de México, Alemania, Marruecos, China, Hungría, Rusia, Hong Kong, Italia y España con representantes de WEIMAR 1999 y LETTRE INTERNATIONAL. Después de dos días de apasionado debate, se llegó a un consenso. La propuesta seleccionada fue la presentada por el filósofo francés Michel Surya: *¿Liberar el futuro del pasado? ¿Liberar el pasado del futuro?*

Ya hemos empezado a difundir la propuesta de ensayo por todo el mundo, a través de revistas culturales, literarias y científicas, diarios y semanarios, Internet y otros medios, así como a través de los Institutos Goethe. Ahora se constituirán siete jurados, uno por cada ámbito lingüístico, así como una comisión internacional que acompañará el desarrollo del certamen. La convocatoria adjunta informa sobre los detalles. También ustedes están invitados a participar. Damas y caballeros, ¡hagan juego!

Weimar será en 1999 la Capital Cultural de Europa. Artistas e intelectuales de todo el mundo participarán en numerosos eventos que darán a Weimar un aire festivo y cosmopolita, transformando la ciudad en una fiesta de creatividad y tolerancia.

Como parte de las celebraciones, LETTRE INTERNATIONAL, la edición alemana de LETRA INTERNATIONAL, propuso a WEIMAR CAPITAL CULTURAL la realización de un proyecto por lo que sabemos único en la historia: la celebración de un certamen de ensayo a escala mundial.

Con esta «Olimpiada de las ideas» queremos reaccionar a la supuesta globalización, y explorar qué posibilidades se abren a la creatividad intelectual cuando pensadores del mundo entero buscan dar respuesta a una misma pregunta simultáneamente. Por eso, este proyecto supone un experimento radical, una empresa audaz, que muchos considerarán imposible de llevar a cabo pero otros entenderán como un reto, difícil pero realizable. ¿Quién puede predecir qué aportaciones llegarán de China, Africa, India o Asia Central y qué nueva topografía del pensamiento esbozarán?

# ¿Liberar

# del pasado?



Convocatoria: Certamen Internacional de Ensayo

Siguiendo la tradición de las Academias de las Ciencias y las Artes europeas de los siglos XXIII y XIX, LETTRE INTERNATIONAL, edición alemana de LETRA INTERNACIONAL, y WEIMAR 1999, CAPITAL CULTURAL EUROPEA GmbH, en colaboración con el INSTITUTO GOETHE, convocan un certamen en el que habrá que elaborar un ensayo en torno a un tema propuesto.

Esta convocatoria se dirige a personas de todo el mundo, a quienes se insta a participar en el certamen desde sus diversas perspectivas y trasfondos culturales, y a elaborar de forma creativa la respuesta más convincente.

En el umbral del nuevo siglo, este certamen internacional de ideas debe convertirse en símbolo de la sociedad mundial creativa y cooperadora del siglo XXI.

## EL TEMA PROPUESTO ES

¿Liberar al futuro del pasado?

¿Liberar al pasado del futuro?

## LOS PREMIOS

Los ganadores obtendrán los siguientes premios:

1<sup>er</sup> Premio 50.000 DM

2<sup>o</sup> Premio 30.000 DM

3<sup>er</sup> Premio 20.000 DM,

asimismo, serán invitados a recoger sus premios en Weimar a finales de 1999.

Los ganadores, así como los autores de otros textos destacados, recibirán una beca para trabajar en Alemania durante varios meses.

Los ensayos premiados, así como una selección de los ensayos propuestos al jurado final, serán publicados por LETRA INTERNACIONAL en sus diversas ediciones europeas, y también en otras revistas culturales internacionales.

Está prevista la publicación, en lengua alemana y en otras lenguas, de una selección de los ensayos propuestos al jurado final.

## BASES

Puede participar cualquier persona, exceptuando los miembros del jurado, los miembros de la redacción de LETTRE INTERNATIONAL y los empleados de WEIMAR 1999 CAPITAL CULTURAL EUROPEA.

Los ensayos deberán redactarse en una de las seis lenguas oficiales de las Naciones Unidas: árabe, chino, inglés, francés, ruso y español, o la lengua de los convocantes, alemán.

Los ensayos presentados al certamen no podrán publicarse, ni ser ofrecidos a terceros para su publicación, ni ser presentados a otros certámenes hasta el día de la entrega oficial del premio.

Los ensayos deberán enviarse por correo o por correo electrónico antes del 30 de noviembre de 1998 a la Secretaría del Concurso Internacional de Ensayo, en dos copias mecanografiadas. Se considerará válida la fecha del sello de correos, o del protocolo del correo electrónico.

No se devolverán los manuscritos. Los autores de los ensayos ganadores ceden a los convocantes los derechos exclusivos, y susceptibles de ser cedidos a terceros, de traducción, reproducción y difusión, total o parcial, de sus ensayos en todas las lenguas.

Los autores cuyos textos pasen a la fase final, pero que no hayan resultado ganadores, ceden igualmente a los convocantes el derecho de publicar sus ensayos. En caso de ser publicados, estos autores recibirán un pago único de 500 DM.

En caso de que las aportaciones sean publicadas en forma de libro, todos los autores percibirán unos honorarios adicionales que ascenderán como mínimo al 8% del precio de venta del libro, y que serán proporcionales a la extensión del ensayo con respecto al volumen total de la publicación.

## REQUISITOS

Los ensayos no deberán superar las 70.000 matrices en lengua alemana, 64.000 matrices en lengua inglesa, francesa y española, 62.000 matrices en ruso, 15.000 signos en chino, 54.000 en árabe.

Todos los ensayos habrán de ir acompañados de un resumen (*abstract*) de una extensión máxima de dos folios.

Los ensayos habrán de enviarse en sobre cerrado.

Se prohíbe la inclusión de avisos sobre la autora o autor de los ensayos en las pá-

ginas del texto. A fin de facilitar el proceso de selección, se enviarán por separado y en sobre cerrado el nombre y la dirección del autor. Los ensayos enviados mediante correo electrónico habrán de transferirse en forma de *attachment*.

## PROCEDIMIENTO

Todos los ensayos recibidos adquirirán el carácter de anónimos y como tales se entregarán al jurado, provistos de un código.

Los ganadores serán elegidos mediante un procedimiento de jurado doble. A la fase final accederá un máximo de 49 ensayos.

Entre el 1 de diciembre de 1998 y el 15 de mayo de 1999, los miembros de los jurados preliminares considerarán los ensayos recibidos en las siete lenguas admitidas. Cada jurado preliminar tendrá derecho a proponer al jurado final tres ensayos redactados en la lengua a su cargo. El número de ensayos en cada una de las lenguas incluidos en la selección final, será proporcional al número de ensayos recibidos en cada una de las lenguas.

Los ensayos seleccionados por los jurados preliminares se remitirán al jurado final, formado por personas de diversas disciplinas y procedencias. Este adoptará una decisión sobre los ensayos ganadores antes de finales de octubre de 1999. Los ganadores serán informados del fallo y su nombre se dará a conocer en una celebración pública en Weimar a finales de 1999.

Los miembros de los siete jurados preliminares, así como el jurado final, serán convocados por los organizadores en colaboración con la Comisión del Certamen Internacional de Ensayo a lo largo del año 1998.

## DIRECCION DE LA SECRETARIA

International Essay Prize

Contest/International Essay-Wettbewerb

Rosenthaler Str. 13

D-10119 Berlin

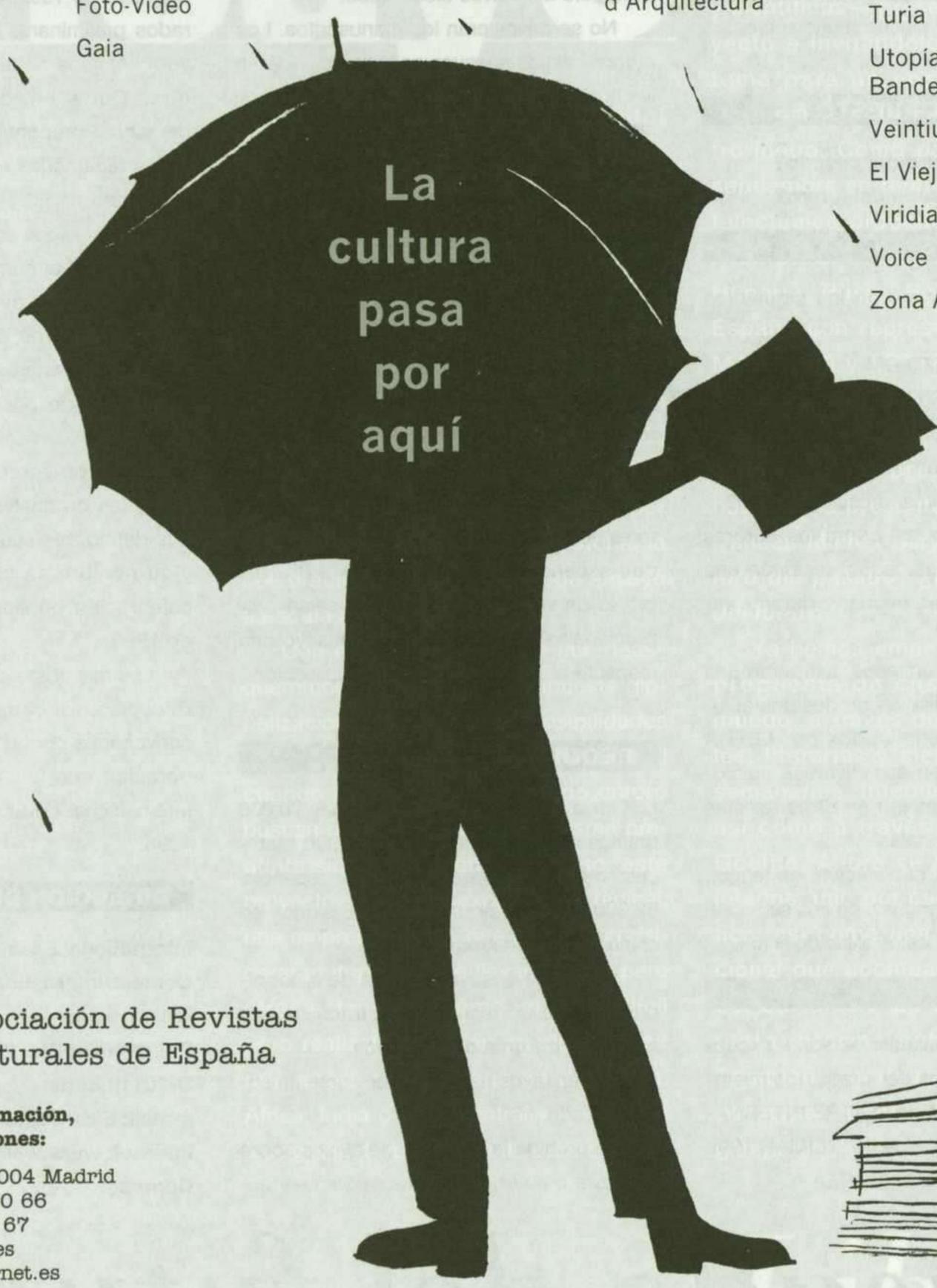
e-mail: Essay.Letter weimar1999.de

Internet: www.weimar1999.de/Essay-Contest

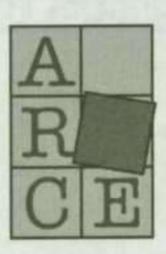
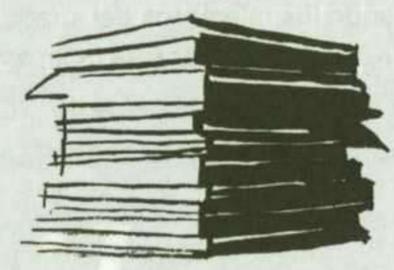
# el pasado del futuro?

# ¿Liberar el futuro?

- |                          |                             |   |                         |                           |
|--------------------------|-----------------------------|---|-------------------------|---------------------------|
| AV Monografías           | CLIJ                        | Generació                               | Leviatán                | Quimera                   |
| Abaco                    | El Croquis                  | Grial                                   | Litoral                 | Raíces                    |
| Academia                 | Cuadernos de Alzate         | Guadalimar                              | Lletra de Canvi         | Reales Sitios             |
| ADE Teatro               | Cuadernos Hispanoamericanos | Guaraguao                               | Matador                 | Reseña                    |
| Afers Internacionals     | Cuadernos de Jazz           | Historia, Antropología y Fuentes Orales | Ni hablar               | RevistAtlántica de Poesía |
| Africa América Latina    | Cuadernos del Lazarillo     | Historia Social                         | Nickel Odeon            | Revista de Occidente      |
| Ajoblanco                | Debats                      | Insula                                  | Nueva Revista           | Ritmo                     |
| Álbum                    | Delibros                    | Jakin                                   | Opera Actual            | Scherzo                   |
| Archipiélago             | Dirigido                    | Lápiz                                   | Papeles de la FIM       | El Siglo que viene        |
| Archivos de la Filmoteca | Ecología Política           | Lateral                                 | El Paseante             | Síntesis                  |
| Arquitectura Viva        | ER, Revista de Filosofía    | Leer                                    | Política Exterior       | Sistema                   |
| Arte y Parte             | Experimenta                 | Letra Internacional                     | Por la Danza            | Temas para el Debate      |
| Atlántica Internacional  | Foto-Vídeo                  |   | Primer Acto             | A Trabe de Ouro           |
| L'Avenç                  | Gaia                        |   | Quaderns d'Arquitectura | Turia                     |
| La Balsa de la Medusa    |                             |   |                         | Utopías/Nuestra Bandera   |
| Bitzoc                   |                             |   |                         | Veintiuno                 |
| La Caña                  |                             |   |                         | El Viejo Topo             |
| CD Compact               |                             |   |                         | Viridiana                 |
| El Ciervo                |                             |   |                         | Voice                     |
| Cinevídeo 20             |                             |   |                         | Zona Abierta              |
| Clarín                   |                             |   |                         |                           |
| Claves de Razón Práctica |                             |   |                         |                           |



La cultura  
pasa  
por  
aquí



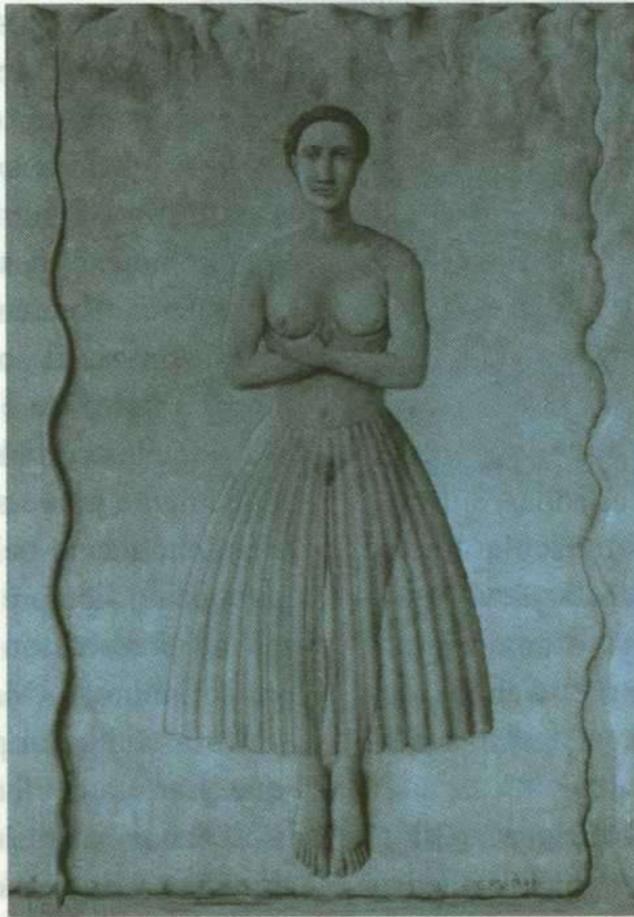
Asociación de Revistas Culturales de España

**Exposición, información, venta y suscripciones:**  
 Hortaleza, 75. 28004 Madrid  
 Teléf.: (91) 308 60 66  
 Fax: (91) 319 92 67  
<http://www.arce.es>  
 e-mail: [arce@infor.net.es](mailto:arce@infor.net.es)

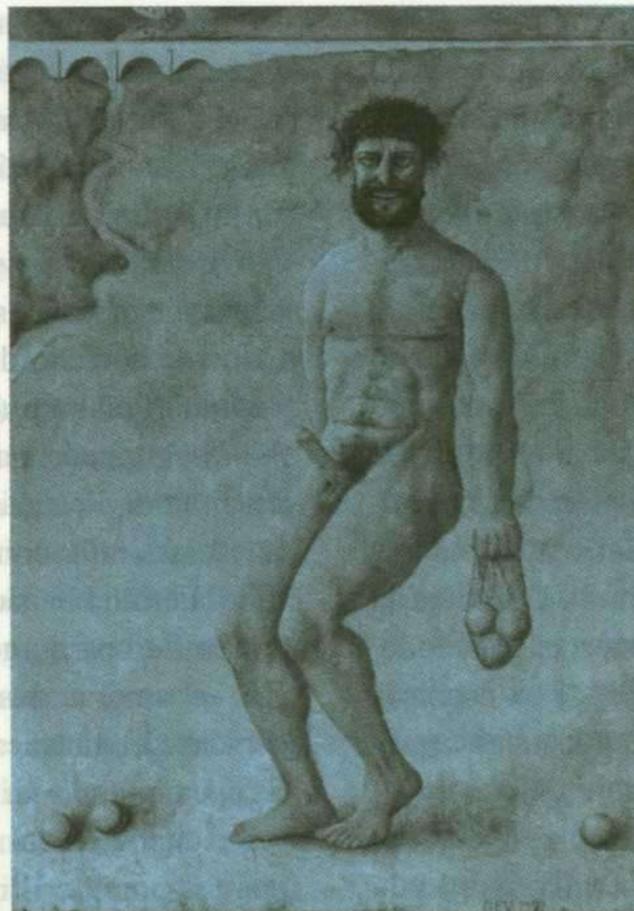
# El amor yermo

La puesta en cuestión y la relativización de las estructuras sociales y culturales que articulaban el viejo orden de la cultura occidental, han marcado el pensamiento del siglo que está a punto de concluir. El arte, la literatura, la filosofía y la ciencia se han encargado de llevar adelante, hasta casi parecer agotarlo, el proceso de análisis y deconstrucción de una sociedad asentada sobre sólidos pilares, hábilmente trabada, capaz de invadir todos los ámbitos de la vida y de proporcionar un seguro, confortable y exportable habitáculo. En el marco de este proceso de autorreflexión, ha sido inevitable también el surgimiento de una interrogación en torno a las relaciones amorosas. «El amor yermo», nombre que (pese a sus, no por casualidad, duras connotaciones del término «yermo» en nuestro lenguaje) hemos terminado eligiendo para este cuaderno central, quiere invitar a una reflexión sobre la diversidad de relaciones amorosas construidas al margen de la procreación, acercándolas a algunas de estas formas tradicionalmente proscritas de amor, o analizando las connotaciones abrumadoras de la esterilidad.

Si la fecundidad y la acuñación de unos papeles determinados para el hombre y para la mujer, ejes vertebrales de la sociedad patriarcal, habían im-



Guillermo Pérez Villalta: *Mujer*, 1992.



Guillermo Pérez Villalta: *Hombre*, 1992.

pregnado el discurso amoroso no sólo en Occidente en este caso, sino en muchos otras culturas, la paulatina transformación y la interrogación sobre tales papeles ha precipitado la inseguridad y el desconcierto sobre sus protagonistas, pero también el deseo de acceder a otras fórmulas amorosas e incluso de rastrear, de descubrir las que más o menos clandestinamente han conseguido brotar a lo largo de la historia, disfrazadas de mil maneras diferentes. El impulso amoroso que acerca irresistible, y a veces inexplicablemente, a un ser hacia otro, la creación de una relación amorosa no funcional, es tan vieja como la cultura, como el abandono del estado de naturaleza, la superación de cuyos límites es precisamente una de las características del ser humano. El amor se encuentra entre las manifestaciones humanas más complejas, hermosas y expresivas de sus aspiraciones y frustraciones, y tanto cuando se adapta a las pautas establecidas, como cuando intenta manifestarse al margen de ellas, es incapaz de sobrevivir fuera del marco de un complicado lenguaje, en el que intervienen señales sensoriales e intelectuales destinadas precisamente a crear la ilusión de la superación de la inmediatez.

# María Escribano

## La toilette de Venus

Hay algo más movedido que la verdad? Desde que el hombre abandonó el estado de naturaleza no ha hecho más que disfrazarse una y otra vez, como si intuyera que tal procedimiento era la única posibilidad de engañar a la muerte. Vano pero entretenido intento, vestirse y revestirse, le ha mantenido ocupado durante milenios. Y, desde luego, no ha escapado su cuerpo a esta afición al *performance*, siendo capaz de metamorfosearse en todas las épocas, adaptándose prodigiosamente a las expectativas requeridas o adelantándose a las que estaban a punto de empezar a cotizar. La cultura ha impregnado profundamente al ser humano, modificando no sólo su comportamiento y sus ropas, sino sus glándulas, su arquitectura ósea, su musculatura, su piel y sus cabellos. El cuerpo ha acabado deviniendo un vestido tan artificioso, tan expresivo como la envoltura textil que finalmente termina el trabajo, esa obra de arte más o menos correcta en que termina convirtiéndose cada ser humano.

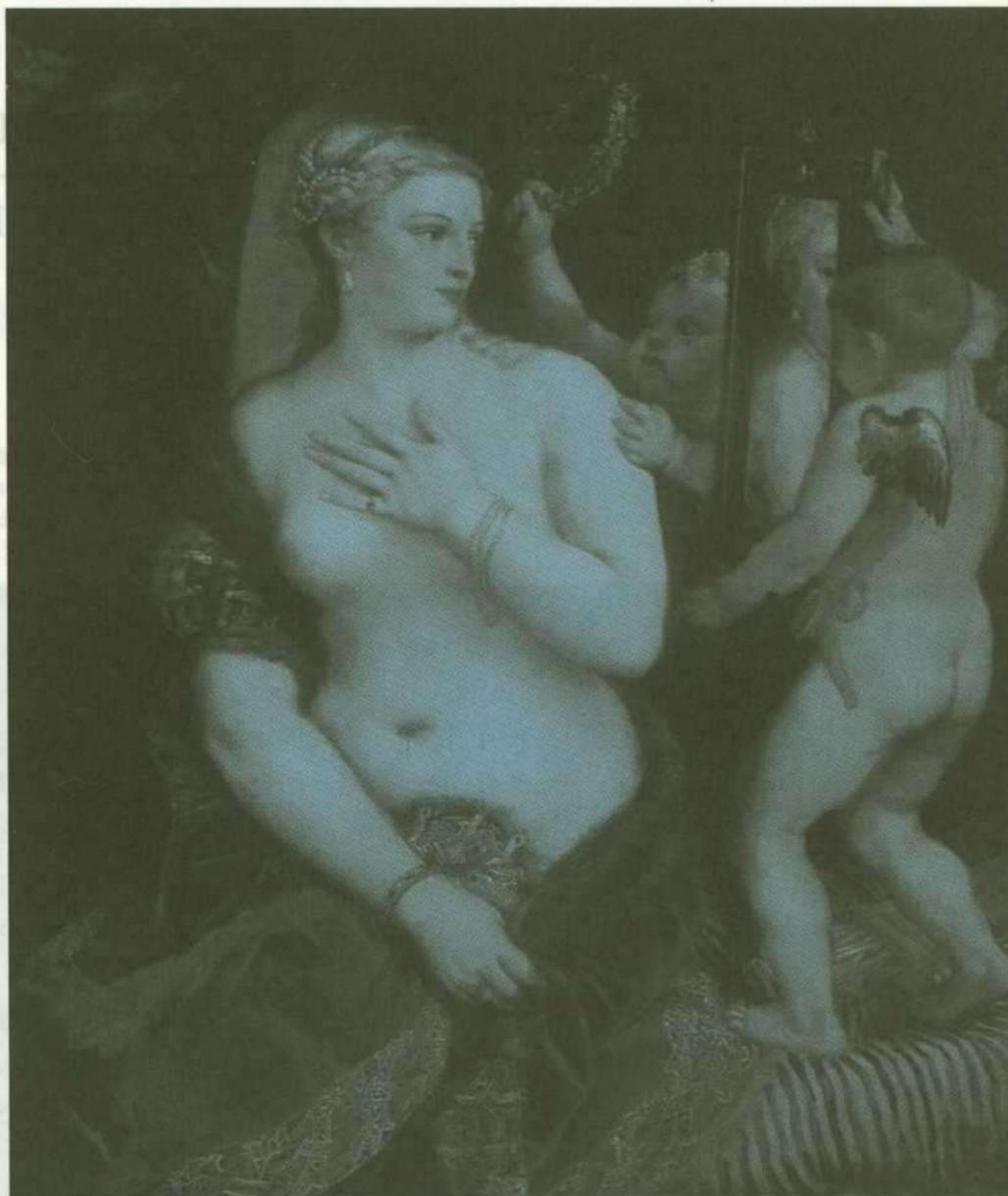
¿Qué es lo que realmente está en el origen? ¿O qué interés puede tener lo que está en el origen? Si pudiésemos desenroscarnos, como muñecas rusas, desembarazarnos de nuestros sucesivos disfraces con los que nos ha ido ataviando la cultura, ¿encontraríamos finalmente a la monita Lucy? Es muy posible que todavía permanezca allí agazapada, y es casi voluptuoso acceder a la comprensión de los mecanismos de nuestro comportamiento, a partir de la consideración de los aspectos más innatos de la atracción sexual y la procreación. Resulta sumamente entretenido considerar la actitud ejemplar de los padres caballitos de mar gestando en su vientre los huevos depositados por la hembra, lo malísimas que son las mantis religiosas, la responsable monogamia de lobos y águilas, la negligente paternidad de los leones o el apabullante número de madres solteras que nos ofrece el mundo animal. Como en la Biblia, uno puede encontrar allí respuestas para todo. El viejo mono asfixiado que todavía reside en nosotros se congratula hoy más que se ofende con tales semejanzas. Pero también es cierto que sobre él, el ser humano ha ido superponiendo toda una compleja y variada indumentaria que ha acabado constituyéndole igualmente.

Personalmente puedo decir que, cuanto más se afirman mis convicciones darwinianas, más me sorprende el formidable y complejísimo entramado de relaciones que el hombre ha sido capaz de imaginar a partir de lo que fue en origen un impulso de apareamiento. Herederos de las concepciones materialistas del siglo XIX, no podemos evitar identificar lo más natural, lo más instintivo con lo más verdadero; pero lo más verdadero no es necesariamente lo más legítimo porque el hombre es también el único animal capaz de traicionar sus instintos, de sobrepasarlos, de violentarlos, de elaborar a partir de ellos sofisticadas formas de relación que, dóciles o indóciles a las estructuras del poder, son igualmente perversas, igualmente complejas e incluso ocasionalmente bellísimas y elaboradas obras de arte, aunque no siempre saludables.

La procreación no ha estado unida siempre al discurso amoroso. Más bien al contrario. Casi todas las culturas han comprendido que el formidable tesoro que gratuitamente se les brindaba era demasiado valioso como para destinarlo únicamente a su primitiva función. «Eros —dice Platón en el *Banquete*— es el amor a la generación y a la creación de todo lo bello, tanto en lo que respecta al cuerpo como al espíritu». Y la exasperación, la sublimación de este deseo de belleza, invitaba a trascender su consumación, terminando por convertirse en un impulso infinito de aspiración a la perfección nunca satisfecha en este mundo. En el Sahajiya, una secta derivada del tantrismo tardío, el neófito sirve a la mujer durante cuatro meses, duerme después a su lado izquierdo durante otros cuatro, a su derecho durante cuatro más, hasta llegar a la *maithuna* tántrica (unión sexual sin consumación). La *maithuna* puede ser un ejemplo límite de construcción de un complicadísimo ritual, de una auténtica obra de arte elaborada con los preciosos materiales del instinto. Pero no ha sido la única.

En Europa, surge en la Francia meridional en el siglo XII «el amor cortés», una concepción amorosa que preconizaba el amor casto, la idealización de la mujer y la recuperación de un concepto de amor no utilitario, que reaccionaba contra el matrimonio y la monogamia impuestos por el cristianismo. Denis de Rougemont, en *El amor y Occidente*, emparenta el «amor cortés» con la

Tiziano:  
Venus del  
espejo,  
hacia 1555.



herejía cátara de origen oriental, y piensa que habría surgido como canalización de soterradas corrientes autóctonas anteriores a la cristianización aprovechándose de un momento de crisis del sistema feudal patriarcal. Rougemont cree que el amor-pasión se construye en Occidente sobre esta aspiración de un amor «espiritual», pura creación artificial, reprimida por el matrimonio funcional, tal como se presenta en los primeros siglos del cristianismo. De este desesperado intento por conciliar los principios cristianos con la aspiración irreprimible de un amor trascendente nacerían no sólo la mística, sino la sublimación romántica de la fidelidad a un sujeto único, más allá de los impulsos de la naturaleza. La fidelidad sería así una elaboración cultural, alejada de cualquier legitimación natural, «una construcción tan absurda, por lo menos, como la pasión».

Ciertamente igual de artificial, igualmente esforzada heroica, e incluso, en manos hábiles, notable producto artístico de rara (rarísima) belleza, la fidelidad es bastante menos «absurda» (en el sentido de innecesaria o gratuita) que la pasión. A pesar de sus innumerables violencias y mutilaciones, de su sin duda altísimo costo, el sujeto obtiene a cambio algunos beneficios duraderos, mucho más tangibles que el rapto inefable y efímero de la pasión. Vaciada ésta paulatinamente de sentido, a medida que va perdiéndose el interés por tocar la eternidad aunque sea por un instante, la fidelidad, el amor dirigido en exclusividad hacia otro ser y prolongado voluntariamente hasta la muerte, se asimila y entremezcla con la pasión en muchas creaciones de la literatura moderna de Occidente. Las relaciones heterosexuales encontraron en la sublimación de la fidelidad una fórmula que permitía conciliar la antigua aspiración de controlar el instinto con el mantenimiento de un modelo patriarcal de sociedad.

No sabemos en qué medida la mujer, siempre acosada por lo inmediato, por la abrumadora tarea de la maternidad, contribuyó al arraigo de una institución que estrangulaba a su mitad Afrodita a cambio de conseguir un aliado en tan urgente e ineludible tarea; pero si realmente tuvo alguna responsabilidad en este pacto, el precio fue muy alto. El acuerdo no sólo fortalecía la

posición del varón, para el que la fidelidad significaba únicamente atender económicamente a la prole, con lo que se reservaba para sí todos los ámbitos de la vida pública, sino que obligaba a la mujer a renunciar como sujeto activo a cualquier territorio del derroche y del exceso, en el arte, en la literatura y, por supuesto, también en el amor, a menos de quedar dolorosamente escindida en su identidad. Antonio Escohotado, en *Rameras y esposas*, examina varios mitos que de un modo emblemático representan los diferentes modos de asumir la femineidad y la masculinidad en nuestra cultura. Hera y Afrodita acaban excluyéndose mutuamente introduciendo en cada mujer una irresoluble discordia: «Frente a la previa fluidez en las suertes — amante y madre, ramera y esposa— ahora habría que optar por una posición definitiva y fija, donde cada lado sólo puede obtener algo sustrayéndolo al otro».

Mucho más atrapada que el hombre por la procreación, por el encadenamiento de las causas y los efectos, por la inexorable ley del *karma*, la mujer ha sido sujeto pasivo bajo diferentes advocaciones del imaginario amoroso del hombre (doncella sin mácula, luminoso ideal inalcanzable, oscura y fatal devoradora de hombres), y sólo parece acceder ella misma como sujeto activo cuando empiezan a aflojarse los lazos de la sociedad patriarcal. El adulterio protagonizado por mujeres, tan frecuente en la literatura del siglo XIX, señala este progresivo deseo de protagonismo en la construcción de un discurso amoroso no funcional. A ello colaboró en buena medida el Romanticismo, cuyo

## CUANDO VENUS SE CONTEMPLABA EN EL ESPEJO VEÍA SU FALSA DESNUDEZ, SU DISFRAZ AMATORIO

ideario asociaba a la mujer toda una escala de valores en alza: lo natural, lo espontáneo, lo sensible y lo imaginativo. El triunfo de Venus, como ilustraba una reciente exposición sobre la pintura veneciana del XVIII, supondría no sólo el comienzo de la irrupción de la mujer en la vida pública, sino también el de la posibilidad de participación activa en la creación del discurso amoroso. La maleabilidad, la fluidez, la adaptabilidad, cualidades todas ellas femeninas, señalan paralelamente el triunfo de la pintura, que representará Venecia, frente a lo geométrico, lo normativo, lo objetivo y lo racional que supondría el predominio del dibujo del mundo florentino; y se produce no por casualidad paralelamente a la crisis de valores de la sociedad del Antiguo Régimen.

Paradójicamente asida a esta balsa romántica de lo «natural» como uno de los muchos equívocos que el Romanticismo iba a extender sobre la cultura europea, la mujer intentará cruzar el piélago del viejo orden para acceder a la modernidad. En plena travesía, Alejandra Kolontay, la gran teórica del feminismo de la Revolución Rusa, reflexionó ampliamente sobre la nueva mujer, la «mujer célibe», «libre del cautiverio del pensamiento ajeno», que «vuelve a sí misma para encontrar la personalidad perdida». Kolontay imagina también la forma que adoptará el amor en la nueva sociedad, distinguiendo entre el «Eros sin alas», asociado a la prostitución y a la pura lujuria, en contradicción con los intereses de la clase obrera, y el «Eros alado», construido sobre sentimientos de sensibilidad fraternal, delicadeza y deseo de ser útil a otro. El Estado, por otra parte, se convertirá en un atento marido que se ocupará de las labores domésticas y del cuidado de los niños, liberando a la mujer de sus ancestrales servidumbres, «esté o no legítimamente casada». El amor, descargado de sus elementos materiales, se transformará desde ahora en «la unión sublime de dos almas que se aman».

Pero en 1924, mientras Kolontay soñaba con una sociedad sin Heras ni Afroditas, el surrealismo comenzaba a reivindicar de nuevo la *femme fatale*, seductora, mágica, irracional y sofisticada que ya había imaginado Baudelaire en su perversidad romántica. Ni en la Unión Soviética ni en ninguna otra parte ha llegado el

Estado a ser un marido tan modélico y liberal, y aunque es cierto que ha ido asumiendo algunas obligaciones conyugales, Hera sigue asumiendo la mayor parte de la carga doméstica y vistiéndose de Afrodita en sus ratos libres, disfraz que simultanea con el de andrógino, perfectamente cómodo para los ambientes urbanos de la sociedad posindustrial. Ante tan surtido guardarropa, ¿continúa la mujer sin saber qué ponerse?

Es posible que sea precisamente la maleabilidad, la versatilidad, e incluso la oscura utilización de las metáforas que la aprisionan, el rasgo más distintivo de lo que hemos dado en llamar femineidad, frente a la virilidad, que se nos muestra siempre, paradójicamente, como mucho más «eterna», como asentada sobre principios mucho más rígidos, y por ello mucho más quebradizos. Ello explicaría que, a medida que van retrocediendo los cimientos de la sociedad patriarcal, el hombre esté literalmente perdiendo «su papel», incapaz de mantenerlo fuera de una función escrita y dirigida para su lucimiento; así que, cuando la dama intenta iniciar una historia de amor con el protagonista, éste corre despistado de un lado para otro, incapaz de adivinar cuál es la respuesta que se espera de él y abandona muchas veces la escena.

¿Cómo mantener la ficción del juego de la seducción sobre las cada vez más endeble envolturas de hombre y de mujer? Si incluso cuando se encontraban más incuestionadas, la imaginación era un aliada imprescindible para mantener unas relaciones creativas más allá de la pura urgencia biológica, su construcción, a medida que los viejos vestidos de hombre y mujer que nos vestían para amar van volviéndose más y más obsoletos, requiere cada vez más dosis de artificio. Ciertamente, la mujer lo intenta como siempre lo ha hecho, manteniendo las apariencias, regando cada día la flor de la virilidad, convertida en flor de invernadero, sabedora de que puede morir por defecto de cuidados y aun a riesgo de que su exceso la convierta en peligrosa planta carnívora y acabe por devorarla. Es el hombre, mucho más «auténtico», mucho menos hábil para la simulación, al que le resulta mucho más difícil actuar con civilizada ductilidad ante la fisura abierta entre su propia identidad y la sociedad que la sustentaba.

Picasso:  
El asno, 1907.

Caravaggio:  
La conversión de la  
Magdalena,  
hacia 1597-1598.

Cuando Venus se contemplaba en el espejo no se contemplaba a sí misma, sino a su falsa desnudez, a su disfraz amatorio. El espejo le devolvía no su imagen, sino su imagen contemplada, que la conformaba pero que también reafirmaba a su contemplador. Hoy podemos también imaginarla interrogándose sobre el precio de este equívoco, sobre su enorme desgaste, e incluso sobre la conveniencia de mantenerlo o no. Podemos imaginarla dudando entre ponerse silicona en el pecho y modelar sus labios para extremar sus signos de identidad, o borrarlos casi por completo haciendo una dieta hipocalórica, largas sesiones de gimnasia y convirtiéndose en un andrógino. Venus cree que el amor es el choque tumultuoso de dos mundos y no es posible fuera del artificio, de la exasperación de la diferencia o de la perversa simulación de su desaparición.

Pero Venus es eternamente joven. Su cuerpo luminoso serpentea, emite destellos, invitando con irresistible vértigo a zambullirse en el mar de la vida; y sobre este inmenso poder, sobre este puente entre pasado y futuro, se franquee o no, se han construido siempre las múltiples modalidades del discurso amoroso entre hombre y mujer. Ni la pintura ni la literatura se ocupan apenas de la vejez de Venus, ese momento en que su *toilette* se convierte en agotadora superposición de significantes. Es más que probable que la naturaleza, la fidelidad a la Lucy primordial, haya actuado como una poderosa referencia en los diferentes rostros de la mujer. Construir una identidad frente a ella, tanto en su proyección al exterior como hacia el interior, ha consumido buena parte de las energías de la mujer en los dos últimos siglos.

Reivindicar un discurso amoroso, un nuevo vértigo, una nueva forma de acceder a otro cuerpo y a otro espíritu, cuando todo lo que había dictado su aprendizaje ha desaparecido, no es sencillo. La pintura y la literatura nos muestran cuál es la imagen de la mujer vieja asociada usualmente con el amor, cuando se la representa despojada de sus legitimadores atributos de ma-



dre: antiguas cortesanas (la Magdalena o Santa María Egipciaca), haciendo penitencia por sus pasados excesos, horribles brujas libidinosas, como máxima representación de lo abominable, o viejas alcahuetas transmitiendo su peligrosa sabiduría y congratulándose de la eficacia de su magisterio. El ridículo y el rechazo más absoluto han acompañado cualquier aproximación de la mujer al amor cuando su cuerpo no es promesa de vida. El secreto mejor guardado de la mujer es la convivencia con esta colosal injusticia, con esta brusca bajada de cotización como objeto de mercado amoroso que la ciencia se empeña cada día en crear la ficción de reparar. Ante ello, Venus puede rebelarse y mantener intempestivamente, hasta la tragedia, la sabiduría del artificio. Puede intentar restituir el brillo y el color perdido con gemas y afeites. Como la vieja cortesana de *El imperio de los sentidos*, puede ser una barroca y maravillosamente perversa representación de sí misma, ¿por qué nó? No es pertinente ponerse demasiado puro en estos tiempos. Pero también puede aprovechar la oportunidad que se le brinda para pasar al otro lado del espejo y, una vez allí, liberarse de sus emblemas, mientras imagina nuevas e insospechadas formas de seducción, nuevas formas de crear belleza, envuelta en una cómoda (aunque desde luego elegante) chaqueta de punto. □

# Lourdes Ortiz

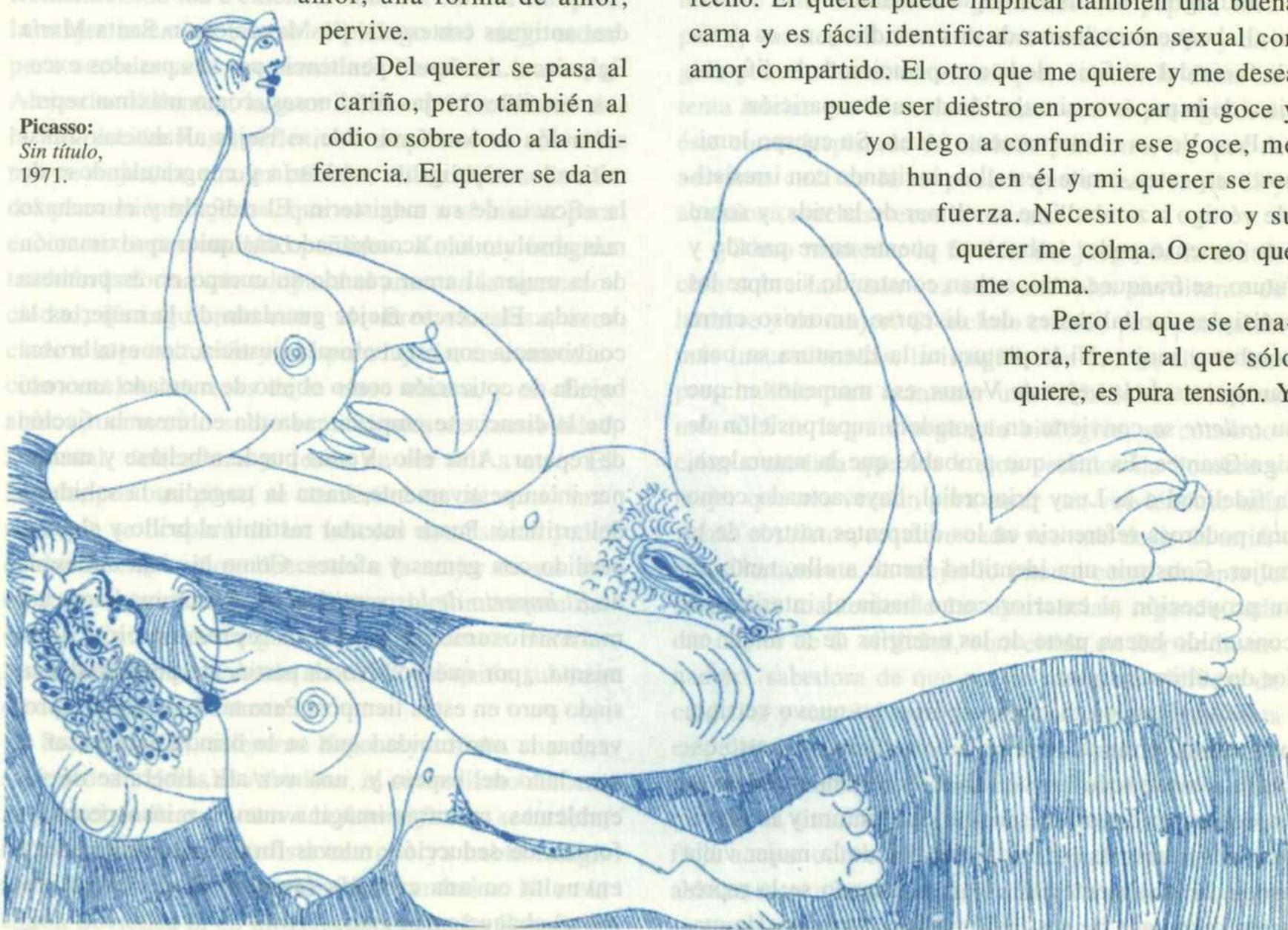
## Retazos de un discurso amoroso (por, con, para, desde Roland Barthes)

**EL QUERER Y LA QUERENCIA.  
Y EL AMAR QUE ES OTRA COSA.**

Uno quiere, sabe que quiere y un día de pronto se despierta amando. A otro casi siempre. Y comprende que amar y querer son dos verbos distintos. Uno se deja querer y acaba queriendo, pero amar siempre es activo. En-amorarse es entrar en un estado de amor que integra al otro y lo anega. El flujo —que viene de la mirada y que no necesita para activarse ninguna reacción por parte del amado. No es respuesta. El enamorado desea, anhela, está tocado por la flecha pero la flecha la lleva dentro, es su propia venda y no necesita del otro para dispararse. Cuando el enamorado es correspondido son dos cegueras que se encuentran y se enciende el volcán. Luego, con el tiempo el volcán puede apagarse pero el amor, una forma de amor, pervive.

Del querer se pasa al cariño, pero también al odio o sobre todo a la indiferencia. El querer se da en

**Picasso:**  
*Sin título,*  
1971.



grados y es cambiante; el enamoramiento es o no es y no admite medidas. Uno ama siempre a aquel/aquella que amó. Pero, cuando la pasión se aplaca, uno ama de un modo sosegado y calmo; el amor se transfigura, pero sigue existiendo: lo que se amó es siempre parte de uno mismo. El amor implica siempre al otro como totalidad, y es generoso. Uno deja de estar en-amorado, pero queda el amor que no es lo mismo que el afecto o el cariño. El amor quiere siempre el bien para aquel que se ha amado.

Cuando quiero, en cambio, me dejo conquistar por el otro, dejo que el deseo del otro acabe provocando el mío. El deseo del otro me estimula. El querer tiene así algo de agradecimiento, de complacencia, de si tú me das, yo te doy. Pero la intensidad del querer es una intensidad mermada. Hasta que uno no se enamora, puede confundir el querer con el amor y sentirse satisfecho. El querer puede implicar también una buena cama y es fácil identificar satisfacción sexual con amor compartido. El otro que me quiere y me desea puede ser diestro en provocar mi goce y yo llego a confundir ese goce, me hundo en él y mi querer se refuerza. Necesito al otro y su querer me colma. O creo que me colma.

Pero el que se enamora, frente al que sólo quiere, es pura tensión. Y

Picasso:  
El aseo, 1907.



la intensidad del goce en el encuentro amoroso, cuando se produce, no puede medirse; es todo el ser el que se vuelca en el amor y va desde los ojos a la yema de los dedos. El encuentro sexual es sólo culminación, estallido, fusión que no es sólo del cuerpo y que no depende de la destreza o la torpeza, de la sabiduría o de la técnica, porque todo el ser se implica en el abrazo. Y la intensidad del goce poco o nada tiene que ver con el orgasmo.

No hay distancia entre el comienzo y el final, ni hacen falta preguntas, ni vericuetos calculados. El otro es uno y uno es el otro. No hay un cuerpo ajeno por el que trajinar, descubrir o despertar, ni técnicas que aprender o practicar. Uno ama, otro ama. Dos se aman y se hacen uno.

En el querer, en cambio, siempre hay dos. Y funcionan las tácticas y las estrategias. La fusión momentánea del orgasmo termina en el orgasmo y suele conllevar la tristeza *post coitum*. El otro es el otro y está ahí, a mi lado y siento su cuerpo como ajeno. En el querer caben las preguntas formuladas o sin formular —¿estuvo bien?, ¿se habrá quedado contenta?, ¿he sido torpe?— y caben siempre las comparaciones.

Pero cuando se ama no hay preguntas. El antes y el después se anulan en un tiempo que no es tiempo y la espalda del otro, al entornar los ojos para iniciar el sueño, es indiscernible de la propia piel; el dedo que recorre la columna, suave y demorado, no trasiega desde un uno hacia un otro, es parte móvil de un todo, cosquilleo que enlaza dos partes que se acoplan.

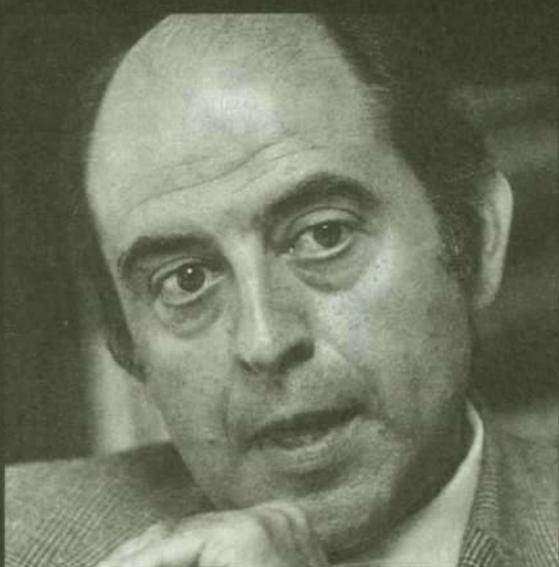
La fertilidad del amor es el amor mismo y no sabe de intenciones. No tiene que ver con la procreación. Por eso puede darse en todas las edades y puede surgir también entre seres del mismo sexo o entre seres de distinto sexo que, por cualquier causa, no pueden tener descendencia. El amor se nutre de sí mismo y, si el hijo es su fruto, nunca es consecuencia del cálculo o de la previsión sino del estallido gozoso que no aspiraba a perpetuarse más que a sí mismo.

En todas las edades y con las combinaciones más heterogéneas. El amor nos atrapa, nos pilla desprevenidos, no sabe de cálculos y elige sin ton ni son.

¿Hay una química para el amor? Los biólogos buscan la sustancia que se desencadena, la FEA. ¿Porqué tú y no tú? Mapas complejos neuronales que fijan modelos desde la infancia, príncipes azules marcados en el inconsciente por procesos que no controlamos, tipos «amables» que se han gestado en esos primeros años y que son diferenciales. No todo vale en el amor, ni todos son elegibles por cualquiera: la flecha es cauta, selectiva y se dispara en contadas ocasiones. Y sin embargo nos enamoramos con frecuencia, sobre todo cuando somos jóvenes. La flecha juguetea y la química, la FEA, o ¡vaya usted a saber!, parece entonces más dispuesta a despertarse. Nos enamoramos con facilidad, pero no nos enamoramos tan fácilmente. A lo mejor sólo una vez. O en todo caso muy pocas. Queremos querer que queremos y en cuanto aparece el posible modelo que nos provoca, se nos ponen chiribitas en los ojos. Y a veces también confundimos el amor con el deseo y acabamos queriendo. Pero no amamos.

Argumentos: 200 títulos

# JOSÉ ANTONIO MARINA



Un libro "ultramoderno" que supera las limitaciones de la modernidad y la posmodernidad, y se ocupa de la más reciente investigación psicológica, neurológica y filosófica de nuestro tiempo

José Antonio Marina



*El misterio de la voluntad perdida*

ANAGRAMA  
Colección Argumentos

ANAGRAMA

## LOS AÑOS

Con los años uno se hace perezoso y la FEA se despierta muy de tarde en tarde o no se despierta. No tenemos tiempo, ni ganas para confundir querer con enamoramiento. Y apenas jugamos. Sabemos ya del amor, lo hemos vivido y cualquier sucedáneo no nos basta. Somos menos pacientes y poco indulgentes con el otro, cuando se da como otro. Pero es que también el querer se nos escapa, porque el querer depende sobre todo del deseo del otro y los años nos apartan poco a poco del mercado del deseo. A las mujeres sobre todo. Somos o pensamos ser menos deseables y la mirada del otro ya no nos penetra.

El espejo y la fotografía. ¿Cómo amar a esa que de repente no soy yo? Porque yo no me quiero, el otro no me quiere y poco a poco me voy borrando. O tal vez es la merma del deseo, ese descenso de la líbido que nos hace ocuparnos de otras cosas. Lo que importa se concentra, y entre lo que importa empieza a no estar la mirada del otro. Paso de la mirada y me reconcilio conmigo misma; la imagen del espejo vuelve a ser confortable. Soy la que soy. Pero el brillo de mis ojos, ese que encela y llama, se ha apagado. Pájaro que ha olvidado el canto del reclamo.

Amaré siempre al joven que hay en tí, yo que ya no soy joven. En ti y en ti y en ti. Esa luz del que todavía desea transformar el mundo y transformarse.

Miro a aquel que me corresponde por edad, sabiduría y gobierno, dicen las normas— y no te encuentro y su mirada no me alcanza porque no puedo verla. Yo, como Yocasta, desposé a mi Edipo y resultó mi hijo. Pero no hay quien borre aquellos años de esplendor en la ciudad, tras los felices esponsales, y aquellas noches de ternura y sueño. Y ningún Layo puede confortarme.

Uno/a debería cambiar el modelo según las edades, pero la experiencia demuestra que apenas se modifica. Una crece y sigue amando lo que amó: belleza, ternura, nobleza. Pero con los años —los que una va cumpliendo— la belleza se quiebra (o la lozanía) aunque la ternura y la nobleza puedan crecer o se mantengan. Y una sabe que el otro merece también amar aquello que ella ama. Por eso se mira al espejo y se retira. Y ni siquiera tiene añoranza.

## LOS AÑOS IMPONEN DISTANCIA Y CIERTA MELANCOLÍA,

### QUE NO ES RESIGNADA, SINO CAUTA

Los hombres, en cambio, se las apañan como pueden para revivir una y otra vez la experiencia y casar con mujer joven: ponen prestigio, dinero o labia para disimular la piel tan blanda o la barriga manifiesta y siguen apostando por la seducción. Son «mantenedores» y se conforman sin saberlo con el respeto, la admiración y la prestación. Se pirran por crear nuevas familias, como si la potencia generadora les devolviera el brío o la apostura que ya han perdido. Compran querer y creen que reciben amor. Antes o después ella, la mujer o el joven, descubrirá que el amor está en otro lado y se dará cuenta de la distancia entre querer y estar enamorado. Aunque el querer, el afecto y el deseo son como un paraguas que puede proteger de las tormentas y del vaivén impetuoso del viento. Y resguarda del frío.

Cada cual es cada cual y no hay normas, ni estadísticas que preparen para la sorpresa. Lo que vale para mi, no vale para el otro, o la otra. La intensidad no puede comprarse y yo —nos pasa a casi todas— no tolero el café descafeinado. Ni al pesado, ni al terco, ni al que ha perdido la ilusión o al que todo lo sabe o cree saberlo, ni al que se repite, ni al que está tan seguro de sí mismo que aburre al más pintado, o al que no escucha, al que vive de fórmulas, al maduro en general —aquél que por edad, como dice el poema de Lope, me corresponde— que ha perdido la capacidad de abrir los ojos y ha matado al niño que llevaba dentro.

Así que los años imponen distancia y cierta melancolía que no es resignada, sino cauta. Hay quien elige los afeites y se reclina en un pozo en una placita abandonada de Venecia, mientras las lágrimas destiñen la pintura y la mirada, que adora, se hace patética y fuera de lugar. Llanto por lo que fue y ya no puede ser. Viejo atildado que se recubre con la máscara y que a las doce pierde el zapato como la Cenicienta.



**Picasso:** *Putto amenazando a una muchacha arrodillada*, 1903.

Hilos de oro bajo los labios, inútiles estiramientos de la piel y del alma para volver al cuerpo joven que ya no está. Simulacro que no conforta, pero que engaña.

No cambio mi progenitura por un plato de lentejas. O todo o nada. Y desde una misma, desde esta que soy y que no necesita del otro, si el otro sigue siendo otro.

Cuando se ama no se puede escribir del amor.

Se describe en la nostalgia o en el anhelo.

Cuando ya no se ama puede escribirse del amor, pero todo lo que se diga sonará a manual desecado, como esas flores que se hacen papel en los libros. □

# Silvia Tubert

## Deconstrucción del deseo maternal en «Yerma»

JOSÉ ANTONIO  
MARINA

**H**a sido frecuente, en el marco de la crítica literaria, la interpretación del personaje de *Yerma*, (poema dramático en tres actos, de Federico García Lorca, 1934) en función de una *obsesión* por el hijo. Mi propuesta es entender esta obsesión no como síntoma de la problemática de una persona, sino como significante que remite a la construcción discursiva de la representación de la mujer como madre. Se trata de la tragedia que supone la alternativa que se le plantea al sujeto sexuado femenino en la cultura: la alienación a través de la identificación con el ideal cultural de la maternidad o el no ser, el vacío. Es decir, la plenitud de un sentido absoluto e incuestionado de la feminidad, a la manera del sentido religioso, o la absoluta falta de sentido.

*Yerma* no es un nombre propio, sino un adjetivo de origen griego (*eremos*: desierto) que se aplica a la *tierra* y que significa *inhabitada, incultivada, despoblada*. El discurso social que configura el telón de fondo del drama es el soporte de la representación de la mujer fértil como tierra productiva. La madre constituye una unidad con la naturaleza al realizar la función para la que está destinada biológicamente: «el agua da sal, la tierra fruta, y nuestro vientre guarda tiernos hijos». Todas las metáforas de la maternidad que aparecen en la obra entrañan la identificación de la feminidad con la maternidad y de ésta, a su vez, con una función que culturalmente se construye como *natural*. Se asimilan así categorías que es necesario deslindar: la mujer real (individuo con un cuerpo anatómicamente femenino), la mujer como significante (que, como tal, sólo tiene valor en función de su oposición a otros significantes y, por lo tanto, no remite a una supuesta realidad natural o social de la mujer, sino exclusivamente a la diferencia de los sexos), y todo el acervo de símbolos e imágenes culturales de la feminidad, atravesado por las ideologías y las relaciones y luchas de poder.

En este contexto, la mujer infecunda aparece como la negación de la naturaleza, de la vitalidad y de la creatividad, como reverso de la ecuación fertilidad-normalidad-tradición. El contrapunto del jardín, de las «mujeres llenas por dentro de flores» es el «campo seco», la «roca», el «monte de hierbas amargas», los «juncos grises del invierno». Y la sequedad, el de-

sierto, se identifican con la idea de la muerte: «Son como esas grandes hojas que nacen de pronto sobre los sepulcros». Muchos críticos consideran que *Yerma* está «alienada de la naturaleza», pero García Lorca la compara con elementos que también son parte de la naturaleza (espinos, rocas, arenas, desiertos), así como lo es la muerte misma. Lejos de estar alienada de la naturaleza, la mujer infértil es excluida de un orden cultural que identifica la feminidad con la reproducción biológica y se empeña en negar las limitaciones, las imposibilidades y la muerte.

Prueba de ello es el discurso social que aflora en esta obra, que asocia la infecundidad con la infidelidad, el odio, el mal, lo demoníaco. No se trata, entonces, de un mero fallo de la naturaleza, sino de algo que atenta contra el orden establecido.

La vida humana se equipara a los procesos naturales: «La acequia por su sitio, el rebaño en el redil, la luna en el cielo y el hombre con su arado». De este modo se estanca el proceso de búsqueda del sentido de la vida al adjudicarle a aquella un sentido dado, único, absoluto, al reducirla a la conservación y reproducción de la vida misma y al contraponerla a la absoluta falta de sentido. Esta respuesta de la cultura a los interrogantes de todo sujeto ofrece el ideal de la maternidad como relevo para el yo ideal narcisista formado a partir de las identificaciones primarias. El hijo aparece para la mujer como un medio para recuperar la unidad imaginaria, el paraíso perdido de la infancia en la que supuestamente ha sido una con su madre, renegando de su escisión y de su falta en tanto sujeto deseante. Esta promesa de satisfacción narcisista, de plenitud y de felicidad («alegría del vientre redondo bajo la camisa»), es el señuelo que encadena a la mujer a la representación que el orden simbólico le propone como natural y como acorde con su propio ser, con su esencia. Es una respuesta que le ahorra toda búsqueda.

### EL CUERPO INFECUNDO

El canto de la fecundidad se transforma en sanción, reproche, insulto, para la que no quiere, o no puede, *normalizar* su deseo de acuerdo con el ideal cultural. Si la maternidad se identifica con la *normalidad*, la infertili-

Federico  
García  
Lorca:  
*Soledad  
Montoya,*  
1930.

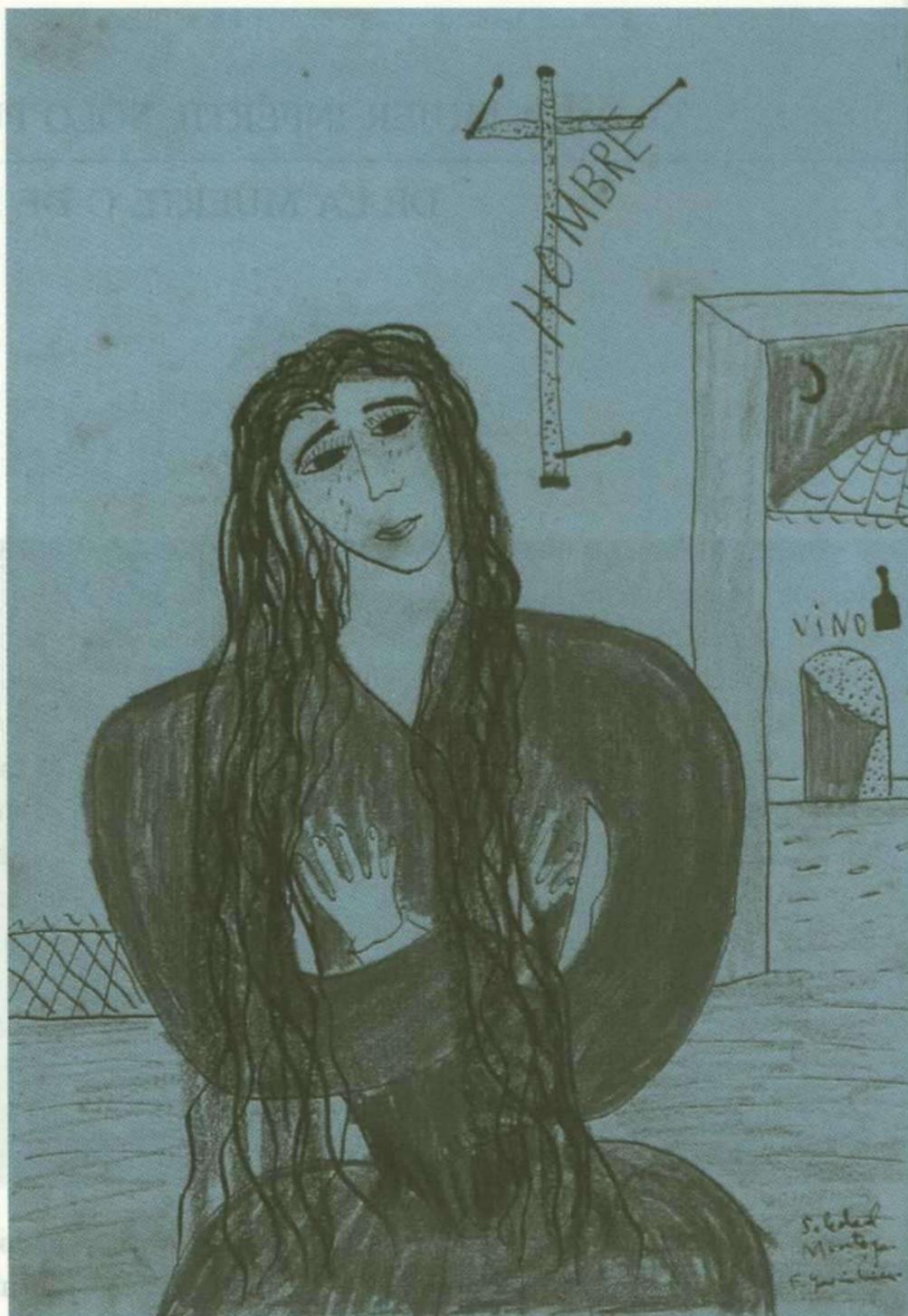
Federico  
García Lorca:  
*Muerte de  
Santa  
Rodríguez?*  
hacia 1929.

dad adquiere el valor de una transgresión: «cuando podían estar haciendo encajes o confituras de manzanas, les gusta subirse al tejado y andar descalzas por esos ríos». Su destino es la autodestrucción: «Cada mujer tiene sangre para cuatro o cinco hijos, y cuando no los tiene se les vuelve veneno». La mujer infértil sólo puede ser imagen de la muerte o de la locura. Una muchacha que manifiesta el deseo de no tener hijos y se rebela contra sus funciones de casada y ama de casa es calificada de *loca*.

Así, la condición del reconocimiento de la mujer como sujeto se sitúa exclusivamente en el funcionamiento de su cuerpo. La identificación de la mujer con las fuerzas creativas de la naturaleza conduce a asimilar su ser a su corporeidad. El cuerpo es considerado como una entidad *natural*, que tiene que funcionar como *debe*. Luego, si el cuerpo de la mujer-madre aparece definido por su capacidad reproductora, el de la mujer infecunda se convierte en pura negatividad, en obstáculo, en aquello que se resiste a incluirse en la cadena significativa en la que se desliza el deseo: «Una cosa es querer con la cabeza y otra cosa es que el cuerpo, ¡maldito sea el cuerpo!, no nos responda». La maldición recae sobre el cuerpo, como si éste fuera responsable de un fracaso que, en verdad, es imputable a una operación simbólica.

#### PALABRA Y SILENCIO

Como en todo producto literario, en esta obra emerge el discurso dominante y, al mismo tiempo, discursos alternativos que permiten la deconstrucción del primero. Así, se sugiere insistentemente que la gestación no es una función meramente biológica, despojada de referencias subjetivas e intersubjetivas. Por el contrario, la palabra es a la fecundidad lo que el silencio es a la infertilidad. No es un acto puramente carnal lo que da lugar a la concepción del hijo de los seres humanos en tanto seres hablantes. El hijo se concibe cuando se *habla* de él, cuando en el seno del discurso de los padres se le abre un espacio, se le destina un sitio, se lo imagina y se lo simboliza como posible. El personaje



de María, embarazada, así lo expresa: «Pero la noche que nos casamos me lo decía constantemente con su boca puesta en mi mejilla, tanto que a mí me parece que mi niño es un palomo de lumbre que él me deslizó por la oreja». No es sólo la madre quien nombra al hijo como tal; el padre debe estar dispuesto a la transición de su patrimonio simbólico al hijo, ofreciéndole un lugar en la cadena genealógica: de Juan, el marido de Yerma, se dice: «Quiere juntar dinero y lo juntará, pero ¿a quién lo va a dejar cuando se muera?».

La infecundidad de Yerma y Juan se corresponde con el silencio, con la imposibilidad o la prohibición de hablar: «Calla», «cierra la boca», etcétera. Este silencio se une a la vivencia de la casa como una *tumba* y a la invocación a la honra como racionalización de las propias imposibilidades, es decir, a la muerte psíquica que supone la exigencia de amoldarse a un modelo único de acuerdo con un orden establecido. Así, las cuñadas de Yerma vienen a vivir con ella como guardianas de su honra. La infértil se ha convertido en sospechosa, por ser diferente de las demás; cualquier cosa puede esperarse de quien no es lo que debiera ser: «Se echan polvos de blancura y colorete y se prenden ramos de adelfa en busca de otro que no es su marido».

## LA MUJER INFÉRTIL SÓLO PUEDE SER IMAGEN DE LA MUERTE O DE LA LOCURA

Podemos observar que el ideal maternal cumple la función de *normalizar* la sexualidad de la mujer: de la que no es madre se espera una sexualidad pecaminosa, que atenta contra la honra (significante del orden). Si no es guardiana, no se puede ser más que transgresora. También aquí debe imponerse el silencio: Yerma es sospechosa de infidelidad por el hecho de *hablar* con Víctor. Es que precisamente es en la palabra donde se significa el deseo.

### EL DESEO DEL PADRE

Tomamos este genitivo en su doble vertiente, subjetivo y objetivo: el deseo del hombre de tener un hijo, de ser padre, y el deseo de la mujer por ese hombre que puede llegar a ser padre de su hijo. Víctor, que *ha-*

*bla* y *canta*, también puede formular el deseo de un hijo: «En esta casa hace falta un niño». Y es en su presencia, en el diálogo entre Yerma y Víctor, donde se hace presente el niño como posible, donde se lo puede simbolizar («Me había parecido que lloraba un niño. Es la voz de un niño pequeño. Serán ilusiones mías»).

Juan, en cambio, no desea hijos: «No tenemos hijos que gasten», «Sin hijos es la vida más dulce. Yo soy feliz no teniéndolos». Juan impone el silencio («¡No me preguntes más!») engendrando, en lugar de la vida, la muerte.

Mientras en la relación de María con su marido el deseo de hijo se articula con el deseo sexual de la pareja, en la relación de Yerma con Juan encontramos tres tipos de situaciones, todas ellas opuestas a la unión en un proyecto común:

1) Yerma no desea a Juan, en él sólo busca su propia posibilidad de concebir un hijo: «Yo me entregué a mi marido por él (el hijo) y me sigo entregando para ver si llega, pero nunca por divertirme». Pero el hecho de que el deseo se oriente exclusivamente al hijo, obliterando al hombre, a quien se percibe sólo como un medio necesario para acceder a la maternidad, configura una situación que estructuralmente la hace imposible. Así lo enuncia una Vieja: «Los hombres tienen que gustar. Quizás por eso no hayas parido a tiempo».

2) Juan no desea a Yerma, sino que la rechaza cuando ella se le acerca: «¡Apártate! ¡Quita!», cuando ella le dice: «Es a tí a quien busco día y noche».

3) Juan busca una relación sexual en la que Yerma no se siente *amada*; quizás la falta de deseo de hijo en Juan simbolice la falta de un más allá del acto sexual, sin lo cual éste queda reducido a un acto biológico despojado de referencias intersubjetivas; Yerma se queja de que él «la deja en la cama con los ojos tristes mirando al techo y se da media vuelta y se duerme». Entonces ella busca ese referente simbólico que falta en la relación, en el hijo imaginario: «¿He de quedarme pensando en él o en lo que puede salir relumbrando de mi pecho?».

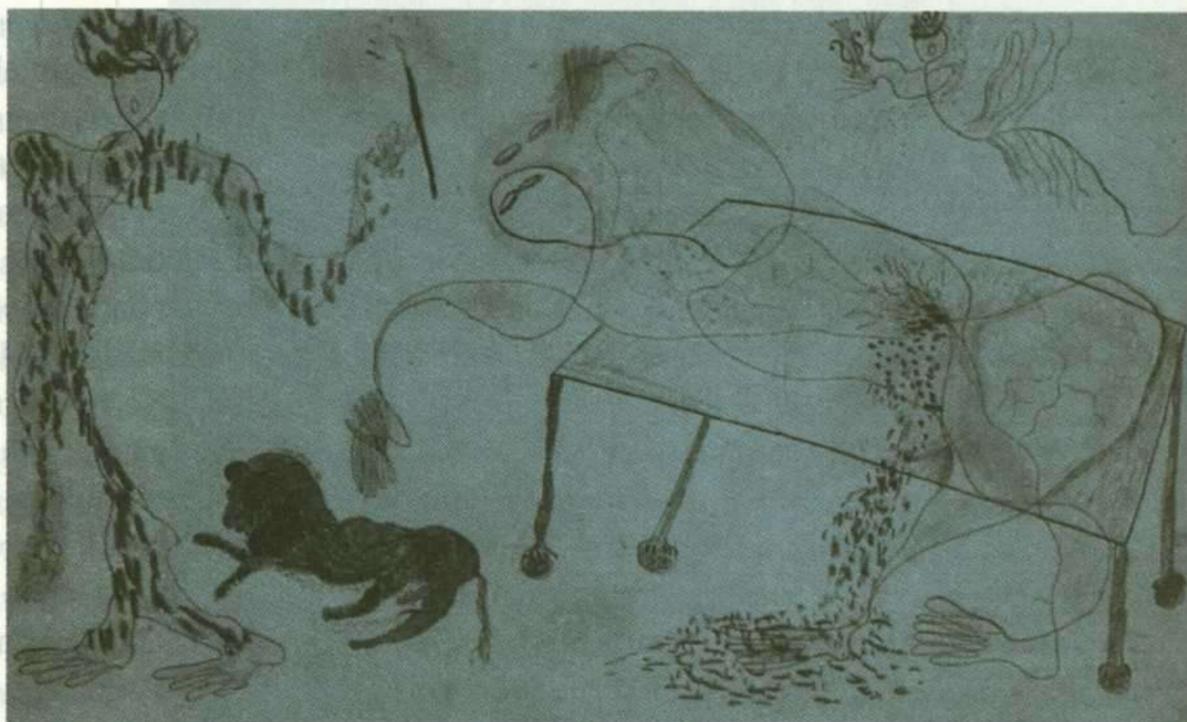
### DESEO Y DEMANDA

He mencionado que la posibilidad de abrir un espacio en el discurso para el hijo simbólico se articula con la



Federico García Lorca: *Verde que te quiero verde*, 1929.

Federico  
García Lorca:  
¿Muerte de  
Santa  
Rodegunda?,  
hacia 1929.



ilusión, con el *deseo* de tenerlo. Yerma acude a la romería del Santo, a una ermita en la montaña donde las mujeres infértiles van a *pedir* un hijo. Las mujeres comentan: «Tiene hijos la que los tiene que tener», «Tiene hijos la que quiere tenerlos». Se pone en cuestión, de este modo, si las romeras quieren o no tener un hijo: no se trata de formular una demanda (expresión consciente, ajena a la voluntad manifiesta). ¿Se trata en Yerma de una demanda de hijo que vehiculiza la expresión de un deseo, o la demanda insiste precisa-

mente de una manera incoercible ante la imposibilidad de tenerlo, en tanto el deseo es deseo de *otra* cosa?

1) *Deseo de maternidad: deseo de ser*. A partir del análisis de este drama, podemos establecer una diferencia entre deseo de hijo y deseo de maternidad. El primero sería el resultado de la constitución del ideal del yo como resolución de la configuración edípica en la niña. Esta presupone la función metaforizante que conduce a la identificación con los emblemas culturales correspondientes al propio sexo y asumidos como modelo a seguir. Por el contrario, el deseo de maternidad correspondía a la exigencia de fusión con el yo ideal formado a partir de las identificaciones primarias, fusión que conduce a restituir la posición narcisista de la niña, en la que aún no se reconocía como diferenciada de la madre.

De manera esquemática podemos decir que el deseo de un hijo, en tanto supone el reconocimiento de la castración, se despliega predominantemente en una dimensión simbólica, en tanto el deseo de maternidad corresponde fundamentalmente a una dimensión imaginaria. En el primer caso se trata de *tener* (un hijo); en el segundo, lo que está en juego es el *ser* (madre). En el orden simbólico hay triangulación, hay corte con respecto al otro (la madre) y también en el sujeto mismo (escisión impuesta por la represión que estructura al sujeto como sujeto del inconsciente). En el orden imaginario hay unidad y unicidad ilusorias, fusión con el otro, lo

que permite gozar de una supuesta plenitud. En la demanda de hijo de Yerma, podemos observar la relevancia de la dimensión imaginaria, narcisista:

— Juan no es reconocido como otro, es sólo un instrumento para acceder a la maternidad, y en ella Yerma intenta recuperar imaginariamente la unión madre-hija: «No lo quiero, y sin embargo es mi única salvación», «Y me miraba en sus ojos. Sí, pero era para verme muy chica, muy manejable, como si yo misma fuera hija mía».

— El hijo aparece como una prolongación de ella misma: «Estoy segura que las cosas que pienso las ha de realizar mi hijo».

— Tampoco el hijo es reconocido como otro; no se diferencia de ella misma: «Acabaré creyendo que yo misma soy mi hijo».

— Puesto que el hijo no es reconocido como diferente, tampoco le interesa el destino que aquél pueda tener, lo que le interesa es ser madre: «Yo quiero tener a mi hijo en los brazos para dormir tranquila...».

— Su ideal sería poder obviar la relación con el hombre, para realizar un fantasma de partenogénesis: «Yo sé que los hijos nacen del hombre y de la mujer. ¡Ay, si los pudiera tener yo sola!».

— A través del hijo busca, como en una imagen especular, su propio *ser* que se le escapa: «Mira que me quedo sola. Como si la luna se buscara ella misma por el cielo».

## LA ESTERILIDAD APARECE COMO SIGNIFICANTE DE TODAS

## LAS PREGUNTAS, DE TODOS LOS ENIGMAS

2) *Deseo de saber*. La demanda de hijo, en la que se funden en parte el deseo de hijo y el deseo de maternidad, está atravesada también por un deseo de saber que la trasciende. Si el deseo de *ser* en la maternidad supone la búsqueda de la unidad y de la plenitud imaginarias, el deseo de *saber* implica, por el contrario, el reconocimiento de una falta, de una carencia, de un vacío en el sujeto, y se sitúa predominantemente en una dimensión simbólica en tanto lo que se busca es una explicación, una palabra, un significante, que más que al ser aluden al *sentido*.

Yerma se enfrenta con el enigma de la vida, de la procreación, de la diferencia de los sexos, de la muerte, y de su propio ser, como mujer y como sujeto deseante. Si la demanda de hijo tiende a obturar estos interrogantes con una repuesta unívoca: eres una mujer, ser mujer es ser madre, etcétera, la búsqueda del sentido, por el contrario, mantiene abierta la dimensión de un más allá del saber posible, accesible, de una pregunta que persiste como pregunta a través de las diferentes respuestas, que no pueden sino ser parciales, provisionarias, contingentes: «Yo quisiera hacerle una pregunta. Hace tiempo estoy deseando tener conversación con mujer vieja. Porque yo quiero enterarme. ¿Por qué estoy yo seca?».

La esterilidad aparece como significante de todas las preguntas, de todos los enigmas: ¿De dónde vienen los niños? ¿Qué hay en el vientre de las mujeres? ¿Qué papel tiene el hombre en la procreación? Lo notable es la facilidad con que este interrogante, lejos de sostenerse en el nivel del *saber*, se desliza hacia el plano del *hacer*, de la solución, articulado con el carácter incoercible de su demanda: «Yo haré lo que sea, aunque me mande clavarme agujas en el sitio más débil de mis ojos». Pero la vieja le indica que no se trata de un conocimiento transmisible, que no hay algo que se pueda hacer, que lo que está en juego es un deseo inconsciente, inaprehensible como tal, pero capaz de producir efectos en lo real: «Yo no sé nada. Yo me he puesto boca arriba y he comenzado a cantar. Los hijos llegan como el agua».

La metáfora del «morir de sed» ante la falta de respuesta de la vieja alude a la anonadación del sujeto ante la imposibilidad de encontrar un sentido a su esterilidad, a su feminidad. Yerma se siente «rebajada hasta lo último»: ¿qué es si no puede ser madre? «Yo

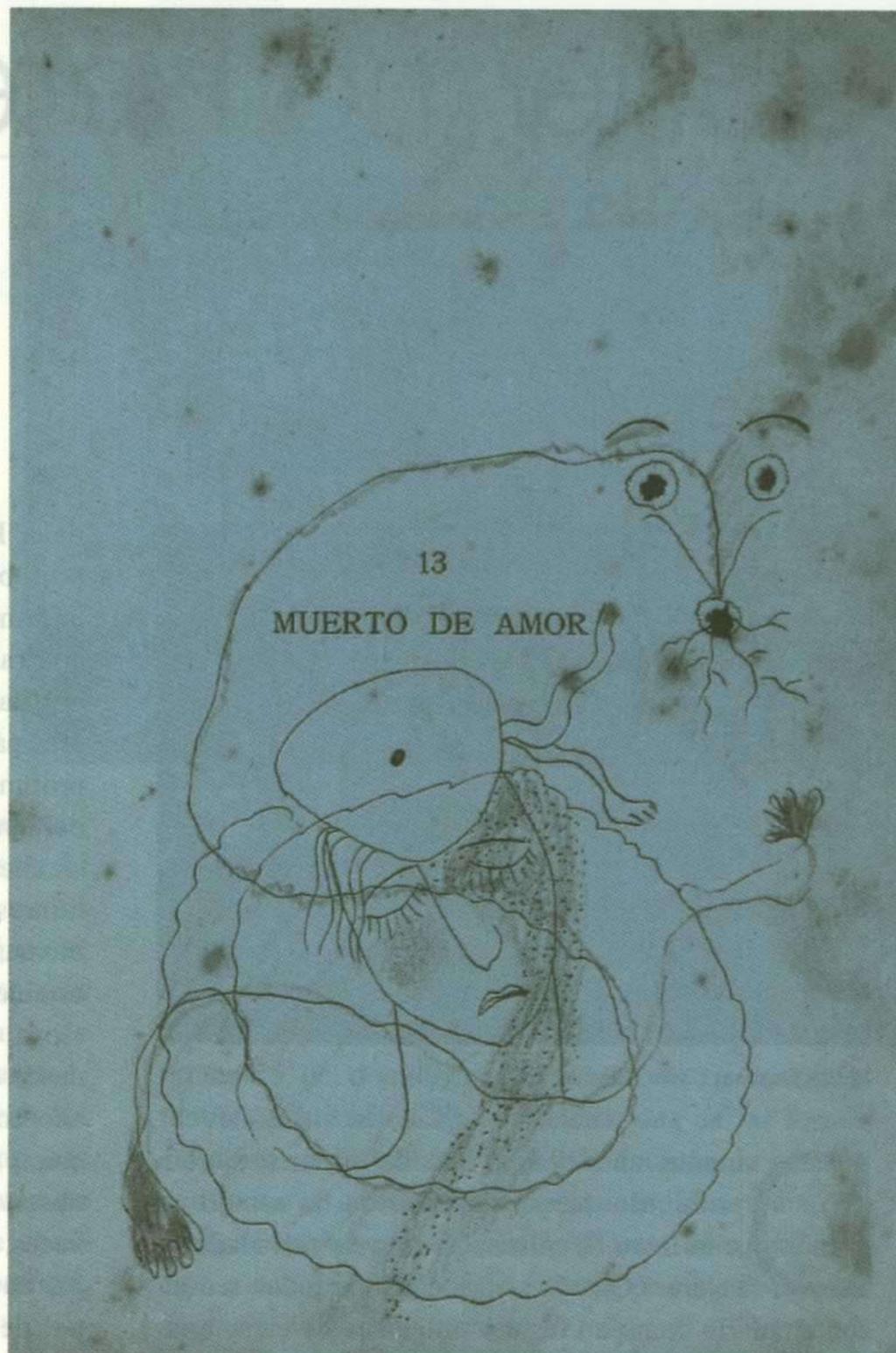
no sé quién soy.» La imposibilidad de la maternidad la remite al vacío absoluto, la imposibilidad de encontrar otro sentido que el de ser madre la sitúa frente a la absoluta falta de sentido, a la pérdida de su identidad, que también puede cobrar forma en el fantasma de masculinización, ya que la diferencia simbólica de los sexos parece definir dos posibilidades solamente, ser hombre o ser madre: «Mis pasos me suenan a pasos de hombre». No hay significante para nombrar a la mujer que no es madre. Si no es hombre ni madre, no es nada.

El deseo de Yerma de saber, más allá de la demanda de hijo, podría entenderse como una búsqueda del sentido de la feminidad. No sólo del sentido de su vida, sino del sentido de *la* vida en general: «Lo tendré porque lo tengo que tener. O no entiendo el mundo». El recurso a la conjuradora, a las oraciones en el cementerio, a la romería, son otros tantos intentos de encontrar la palabra mágica capaz de fecundarla. Estos intentos tienen una doble naturaleza: encontrar un lugar en el orden simbólico (mitos, rituales, oraciones) desde el cual restablecer su estatuto de sujeto deseante, y conseguir el milagro que le proporcione la solución definitiva, el acceso al ser, a la esencia, a la identidad, al sentido.

3) *Deseo de un deseo insatisfecho*. Esta formulación paradójica alude a que sólo la emergencia de un vacío, una falta, hace posible una búsqueda incesante que trasciende el universo cotidiano de la necesidad y muestra que la única manera de mantener el estatuto simbólico del sujeto (no reducirse a mero organismo) es soportando su condición deseante: «Mi marido me da pan y casa», sin embargo: «Me falta». Esto nos permite entender por qué Yerma rechaza otras soluciones que se le proponen: no quiere adoptar un hijo; sólo el hijo biológico podría satisfacer un deseo confundido totalmente con la demanda. Tampoco acepta la sugerencia de tener un hijo con otro hombre (el estéril es, en realidad, Juan): «Yo no busco», «¿Has pensado en serio que yo me pueda doblar a otro hombre?» Cuando confirma que la causa de la esterilidad está en Juan, su reacción es paradójica: se aferra a él. Se produce una fisura: la posibilidad de tener un hijo real ya no podría satisfacer su deseo, que queda transpuesto al plano imaginario, ilusorio, con el cual no sabría competir la

Federico  
García Lorca  
Yerma  
1930

Federico  
García  
Lorca:  
*Muerto de  
amor*, 1930.



satisfacción real. Ningún niño de carne podría colmar una falta que ya se ha instaurado en otra escena. El deseo de deseo insatisfecho sería una forma de romper el cerco de las representaciones establecidas, de buscar aproximarse a una verdad singular propia que sólo puede emerger en un espacio propicio a la enunciación de su palabra. Yerma prefiere, al enunciado cerrado, la enunciación; a lo constituido, la liberación del acontecer que la va constituyendo en un discurso y en una historia: «Dejadme libre siquiera la voz».

El deseo de deseo insatisfecho supone una doble enunciación: 1) el intento de lograr una inscripción en lo simbólico como madre, a través de la demanda de hijo, y 2) la reivindicación de un lugar como sujeto deseante fuera de esa inscripción. Al matar a Juan, Yerma renuncia a su deseo, al mismo tiempo que elimina las causas de su imposibilidad. Sólo puede significarse al producir la falta en lo real; sólo puede encontrar imaginariamente el ser al identificarse con la muerte: «Con el cuerpo seco para siempre». La muerte de Juan es la muerte de su hijo, es decir, de su deseo, y es su propia muerte como sujeto. Si en un momento de esperanza Yerma se había colocado en el lugar de Víctor en un intento por impregnarse de su vitalidad, ahora se coloca en el lugar de Juan muerto. La imposibilidad de que su marido asuma la función paterna deja un vacío en lo real (vacío que ella no había podido asumir en lo simbólico) en el que ahora se sitúa su propio cuerpo como cuerpo yermo.

#### DECONSTRUCCIÓN DE LA OBSESIÓN

El Acto I se inicia con la representación de la obsesión de Yerma: el sueño con el hijo y la canción de cuna. Pero al comienzo del Acto II encontramos una *primera inversión dialéctica*: tanto las murmuraciones como la canción de la fertilidad que entonan las lavanderas remiten esa obsesión al orden cultural. El personaje revela ser un síntoma del coro; la tragedia surge de la confrontación de una mujer, en su singularidad,

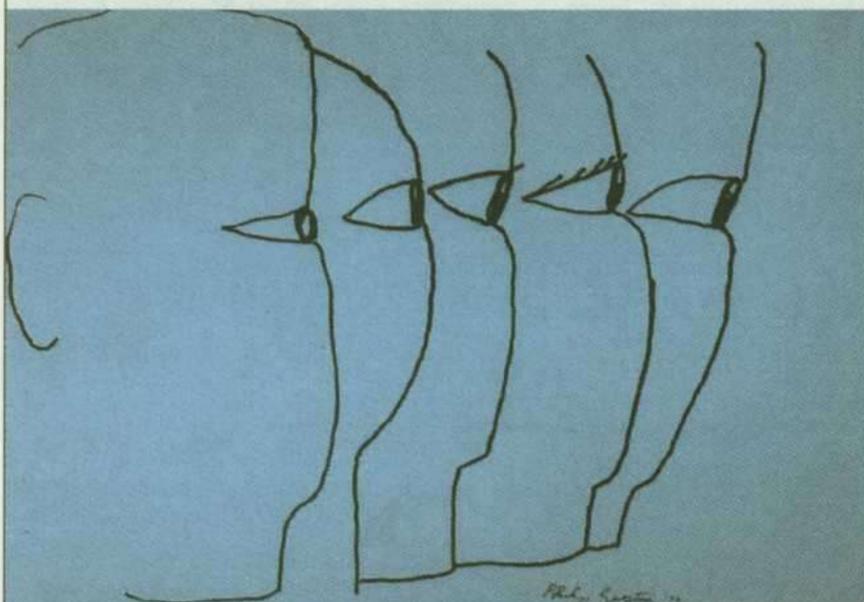
con la construcción simbólica de la mujer-madre, con la identidad común de todas las mujeres que no deja sitio a la emergencia de la verdad de cada una.

Una *segunda inversión dialéctica* nos muestra la diferencia entre demanda y deseo, estableciendo el pasaje de la obsesión del hijo al deseo de deseo insatisfecho, a la búsqueda del sentido, de un significante que permita la inscripción de la mujer como sujeto deseante de una multiplicidad de maneras y no de una manera única que ocupa el lugar de una verdad absoluta, religiosa, incuestionable.

Una *tercera inversión dialéctica* revela que la causa de la observación de Yerma se encuentra en Juan, que la esterilidad del marido es la verdad de su tragedia. Esto nos permite entender el valor de la feminidad, en el plano simbólico, como significante que remite al enigma de la diferencia de los sexos y no como manifestación de una esencia femenina. Al mismo tiempo, nos muestra una figura propia de nuestra cultura: el cuerpo de la mujer es el espacio en el que muchas veces se juega una problemática que le es ajena, que deriva de la trama intersubjetiva de los deseos que dan cuenta de la realización de la maternidad. □

# Guillermo Pérez Villalta

## Más allá de Narciso



Philip Guston: *Cinco cabezas*, 1974.

**D**urante tanto tiempo ha sido un territorio tan prohibido que su descripción ha estado no sólo lleno de misterios, sino de falsedades y errores. Quizás el principal de todos sea en contemplarlo como un lugar homogéneo de características similares, en vez de algo que es en sí dispar, con el único punto en común de sentir atracción hacia una persona del mismo sexo. Pero el paisaje no puede ser más distinto, e incluso puede decirse que más contradictorio.

Quizá el diverso mundo entre el hombre y la mujer, esa escisión que parece enfrentar al cosmos mismo en dos partes, marca el punto de separación, el camino hacia este país de tan variados estados. Por ello, siendo un mundo esencialmente masculino, se ha cometido el error de pensarlo como inclinado hacia el otro lado, hacia el lado de lo femenino. Podría nacer esta observación superficial por lo evidente y llamativo de estos adornos, creyendo que es cualidad inseparable de la homosexualidad. Es evidente que lo femenino aparece ante el hombre como lo otro. Este es el mundo de lo misterioso, lo atrayente por distinto y también tenebroso. Así, en el individualista mundo de la homosexualidad, donde verdaderamente hay una elección de criterios, lo masculino puede aparecer como la pesada carga de un esfuerzo agotador y constante; árido, de secas costumbres e identificarse sólo con lo feo. Por el contrario, lo femenino aparece como un mundo divertido, de formas voluptuosas e imagina-

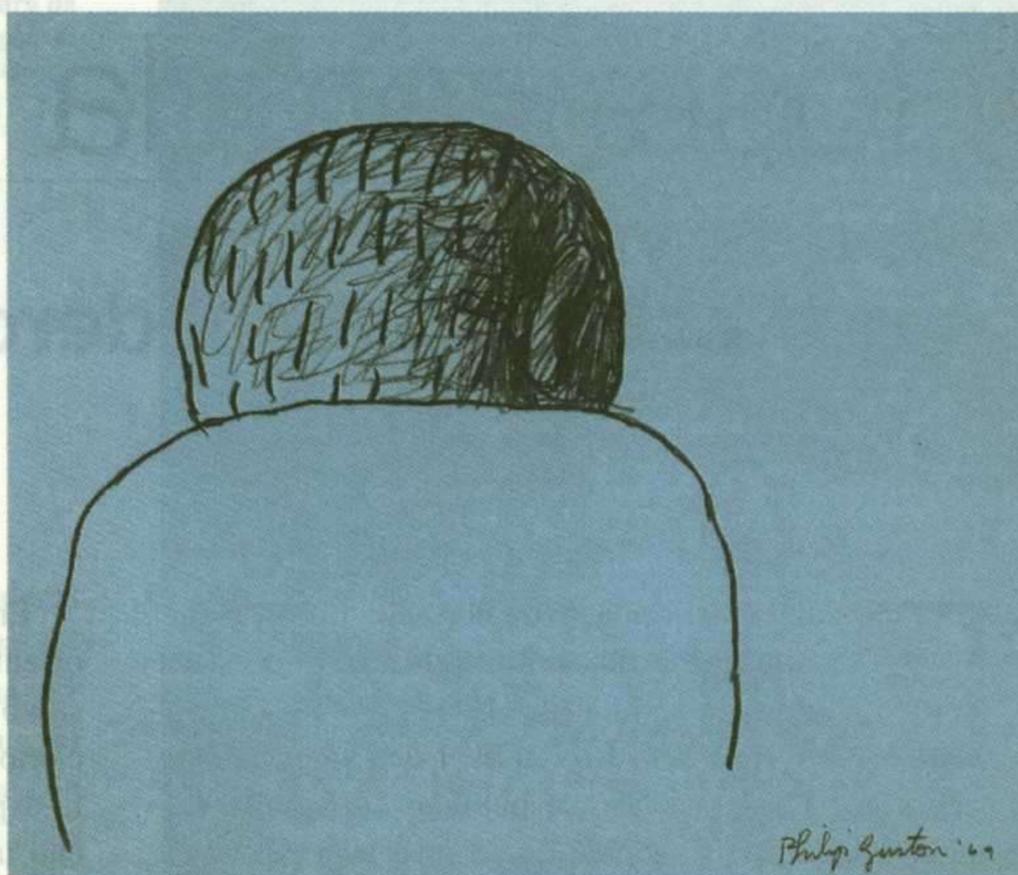
tivas. Pero es curioso cómo estas formas son, en general, observadas, adoptadas de un modo caricaturesco; la feminidad es exagerada hasta llevarla a un mundo contradictorio en el que no se sabe muy bien si es odiada o amada. Tampoco están claro los papeles en esta parodia de los sexos, a no ser que se adentre tan profundamente en el personaje que se acabe por salir del territorio.

Siempre he pensado que este lado femenino de la homosexualidad, el que aparece casi como un emblema, es justo el que menos la representa, quizás por establecer, aunque de un modo caricaturesco o artificial, todos los roles de la heterosexualidad. Porque desde esta feminidad adoptada, lo masculino es deseado como lo contrario y aparece la figura del macho como algo ajeno. Y es curioso que este macho no sea observado, ni se observe a sí mismo la mayoría de las veces, como otro homosexual. Es evidente el éxito de los travestis, por algo existen. No sólo cumplen un papel de autoafirmación estética, sino que también lo cumplen para otras personas, y esas personas son las que se enfrentan con el lado tenebroso de lo femenino. Sienten atracción por él, pero les aterra su realidad y sólo sienten que su masculinidad no peligra en el enfrentamiento con esta actuación de lo femenino, que una vez más aparece como apariencia: lo importante son los atributos sexuales, no el verdadero sexo. Es lo que alimenta nuestra imaginación y lo que cubre nuestras fantasías.

No es pues lo femenino el lugar de donde parten los diversos caminos de este territorio, sino que es uno de ellos. El verdadero pórtico es la reflexión sobre el propio sexo, lo masculino reflejado, el narciso que se contempla. Es esa fragilidad del hombre, esa subjetividad, que a veces hace aparecer tan diversa la homosexualidad cuando de ella se habla. Porque existe una distinta para cada persona y sólo cabe hablar de ciertos territorios afines, pero no exactamente comunes.

Es curioso, cuando se muestra a alguien como un hombre con atractivo, cómo este puede llegar a estar totalmente carente de él para diversos grupos de homosexuales. No existe un criterio unánime. Los patrones de belleza o atractivo, el «morbo», son totalmente dispares. La clandestinidad durante siglos ha

Philip  
Guston: *De  
espaldas,*  
1969.



hecho del mundo homosexual un lugar rico en símbolos y emblemas en el que es necesaria una iniciación para comprenderlo. El «entendido» es una persona que ha superado esa iniciación, a partir de la cual se le abre un mundo lleno de señales, gestos y lugares que pasa desapercibido para los no iniciados. Hay toda una parafernalia que sería muy largo relatar, pero cuya influencia es notable. El cine, la música, el arte y sobre todo la moda, se ha nutrido de ella en los últimos años, hasta incluso llegar a ver cómo el mundo heterosexual se disfraza, por ignorancia la mayoría de las veces, de él. También los lugares de encuentro han tratado de satisfacer esta disparidad. Los hay de todas clases. De maduros que buscan jóvenes o viceversa; de finos y elegantes; de machos sado-maso, etcétera. Como las revistas que tratan de reunir afinidades comunes en una amplitud de criterios que nunca podrán satisfacer ese lugar específico, subjetivo, individual, de lo que para cada uno es la homosexualidad.

Porque ésta nace de esa construcción delicada y frágil de la masculinidad. Este es el mundo que verdaderamente ama el hombre. Su propio, sutil y solitario mundo. Es el encuentro con el que alimenta el descubrimiento de su propia diferencia con el otro. De la observación del propio sexo nace la necesidad de ese mundo. Es por eso, quizás, que sea la relación hijo-padre el origen de estos intrincados caminos. Hay una necesidad de educación masculina, viril, profundamente deseada que no se da en nuestra sociedad. Es una parte de la masculinidad, al margen de posteriores atracciones sexuales, que no se desarrolla ni educa, conduciendo después por su ausencia a aberraciones sociales. El hombre necesita de esos juegos viriles que por incompreensión, la mayoría de las veces, ridiculizan ciertos femeninos ignorantes. La afirmación «el hombre se hace, la mujer nace», tiene un alto grado de verosimilitud. El hombre se construye, y es en la propia ignorancia de esa necesidad y en el adulterado criterio de lo que es viril para el propio hombre donde se alimenta esa insatisfacción, ese ensoñamiento de lo masculino que alienta el espíritu del amplio territorio de la homosexualidad.

Es así como nace el otro en el hombre. Nace entre otras cosas por la ausencia de ese educador, introductor que no siempre puede ser asumido por el amigo próximo, la figura del héroe admirado, o su ausencia, de toda esa compleja personalidad donde intermitentemente se adopta la personalidad de héroe protector o protegido, del dominador o dominado de las luchas infantiles y juveniles. Es la «pelea», una de las formas del amor viril, toda una forma de entender la sexualidad y la relación entre las personas. El combate es esencial en el hombre como una forma de autoafirmación y una de las formas en que se pasa de la amistad al sexo y de éste al amor.

También el otro somos nosotros mismos. Porque es un hecho que el propio cuerpo es fuente de placer y todo lo que en él admiramos, o por el contrario todo lo que añoramos, es revestido en ese cuerpo ideal que quisiéramos ser y termina siendo el otro, que suple todas nuestras deficiencias y nos completa.

Se cuenta de los guerreros griegos que siempre tenían un compañero con el que les unía una profunda amistad. En las batallas luchaban juntos uno a la espalda del otro, protegiéndose así mutuamente de los traicioneros ataques. No sé si esta leyenda es cierta o nace exagerada desde una profunda necesidad. Pero es esta figura del compañero que cubre lo indefenso, el amor viril. Cuerpo otro que va más allá del cristal del espejo, que es distinto e imprevisto, y ocupa todo el hemisferio de lo que no somos para completar el ideal soñado del hombre. Porque una vez satisfecho, cuando la excitación de la lucha ha terminado sin vencedor ni vencido, y caes en la contemplación de los cuerpos, observas admirado que todo lo que te rodea es tu propio mundo masculino, esas pequeñas cosas que nos gustan y que en esos momentos cálidos también son compartidos. Atravesado está el espejo por el superado narciso. Pues feliz tú que puedes contemplarte en los ojos del amado. □

# Rosa Pereda es Villalta

## De dos y no de tres. Amor estéril, ¿verdadero amor?

El amor es el contacto de dos epidermis y el intercambio de dos fantasías». La cita es de Chamfort y la hizo Julius Evola en su *Metafísica del sexo*, un libro que ya es un clásico y que Olañeta acaba de publicar en España. La mirada del erudito italiano, que rompe la perspectiva occidental desde puntos tan diversos como el Zen o la Kábala o las sabidurías prebíblicas, nos puede resultar vagamente idealista, en el sentido más espiritualista de la palabra, pero es cierto que, escapando de los conceptos darwinianos que contagian de manera ya inconsciente el modo de entender, seguramente no de vivir, el amor en Occidente y en nuestros días, abre nuevas perspectivas a la que podría ser una reflexión sobre el amor, y más precisamente, sobre la relación de enamoramiento.

No es casual que, en los primeros capítulos, Evola desmonte la relación entre enamoramiento como estado de deseo y enajenación y la biología. Ni la especie, en su afán de supervivencia, incluso de selección para la supervivencia, puestos en lo más duro del evolucionismo, ni siquiera el complejo hormonal pleno, el de la fertilidad en hombres y mujeres, ni mucho menos la voluntad, así sea rudimentaria y casi no consciente, de perpetuación en el hijo, nada de eso puede explicar ni la atracción sexual ni la caída en el enamoramiento. Ese estado, enfermo seguramente, concierne del alma a la piel, físico, porque se siente en las tripas y en el ritmo cardíaco, totalizador, porque la palabra y la risa, la lágrima y la música le pertenecen de aquel modo selectivo y algo inexplicable en que las cosas inabarcables pertenecen. Intransferible, porque ese es el objeto del amor y no otro, y nada lo hace objetivamente mejor para ser amado, ni siquiera subjetivamente mejor. Hasta ahora sólo la poesía, o tal vez la metafísica, lo expliquen.

El amor, viene a decir y tal vez traicione su lectura por la mía, el amor se plantea como algo individual. No tiene edad, y los tabúes de contacto entre los sexos en todas las culturas viejas lo atestiguan, y por tanto, porque no tiene edad entre tantas cosas que no tiene, trasciende las fronteras que la naturaleza parecería imponer y que impone a otra cosa. A la procreación.

En la experiencia de Occidente, y no digamos en la oriental, amor y procreación han estado separados, salvo en los mandamientos, bastante modernos por cierto, de la Santa madre Iglesia. Y separados están en la experiencia personal de la atracción sexual, un hecho tan individual e intransferible que parecería que maternidad, y no digamos paternidad, son fenómenos y deseos radicalmente culturales, radicalmente sociales. Sólo el amor, podemos decir en las décadas de la revolución romántica, sólo el amor es lo individual, el territorio del individuo, el territorio solitario y único en que la persona se entiende a sí misma como tal y encuentra su verdadero complemento. La pareja, así sea temporal y fugaz, en la que su piel se reconoce. Y justamente la procreación, que no hay que olvidar que descende, por muchas llamadas imperiales al *nuevo baby boom*, y la constitución de la familia, con la que el amor no cuenta para nada salvo como imposición sociocultural, se reconocen, en estos tiempos de pocos hijos y familias móviles y cambiantes, como impedimentos al verdadero amor. Al que no tiene que pasar por contratos, cambios de pañales, recibos de la luz ni concesiones a la convivencia.

Estoy hablando, irremediabilmente, del amor romántico, que es el que toca a los tiempos en que vivimos, con la conciencia un poco deslucida por la asquerosa lucidez de que hasta el amor es histórico. No será natural, es antinatural obviamente, pero es histórico. Si el estado de enamoramiento parece, según los testimonios que tenemos, un fenómeno engañoso y fascinante, —*fascino* se llama en italiano—, de extensión bastante universal, en el espacio y en el tiempo, lo que no lo es tanto es el tratamiento que hemos ido dando a este complejo sentimiento. Desde la visión del amor autosuficiente a la construcción de la familia a partir de él, esta aberración a la que asistimos y contribuimos impávidos, pasando por las formas más sutiles de sublimación y sacralización, o por las otras de supuesta naturalización y vaciado, el amor protagoniza esa invasión que lo humano hace del cuerpo, y que es la imaginación. Imaginarse. Uno no se imagina en plenitud sino como enamorado, y si ahora tomamos las palabras, las imágenes, de los géneros sentimentales, de Shakespeare a nuestros días (cabría pensar que el

Tamara de  
Lempicka:  
Autorretrato.

# Patricia Mateo

## El ritmo del cigarrillo o el cigarro del ritmillo



amor y el poder son las únicas cuestiones verdaderas que nos ocupan, con la fugacidad del tiempo que se relaciona íntimamente con ellas, y naturalmente, una vez superado el umbral material de la supervivencia y el frío, en otro tiempo fueron los deseos de los dioses, la cólera de los héroes o los ritmos lentísimos del amor udrí y de las cortes de amor. Palabras, porque el amor, que eriza la piel, esta hecho de la sutil materia de la palabra. Y la palabra es yo, y la palabra es tú. Y el sentimiento es vivir en ti. Desvivirse.

De hecho, la procreación se ha sentido, y se siente, como una amenaza al amor, a la libertad del amor entre los amantes. Es obvio que el sexo *hétero*, en las épocas fértiles, puede traer como consecuencia la maternidad, pero ésta ha sido sentida siempre como una amenaza, como un factor de miedo y de prudencia, cuando no de represión. Los amantes no sólo quisieran ser al menos temporalmente estériles. Es que la realización sexual exige esa cerrazón en sí mismos, esa entrega mutua en la que no cabe ni la idea de una tercera persona que movilizará tantas cosas, no siempre, en realidad casi nunca, favorables a la idea amorosa, a la construcción del enamoramiento. Es más. Estoy por creer que maternidad y enamoramiento son prácticamente incompatibles, y la paternidad, probablemente, también.

Idealmente, pues, todo amor, todo enamoramiento, quisiera ser estéril, y se plantea al margen y contra la idea de fecundidad. Es posible que Shopenhauer tuviera cierta razón cuando hablaba de la venda que la naturaleza pone en los ojos de los amantes, en los ojos que terminarán mirando, es decir, amando. Y posiblemente acabarán por procrear. Es posible. Pero mientras, la naturaleza en lo humano ya es cultura, y la procreación va por otros caminos que no son nada instintivos, sino más bien volitivos, de la pura voluntad, y más que probablemente, socialmente condicionados, y tanto los pocos hijos, como los muchos hijos, como el hijo a secas. Son muchas las condiciones con las que cargamos, a favor y en contra; son muchos los datos que manejamos desde lo consciente y lo inconsciente a la hora de la procreación, pero desde luego, y a estas alturas, el mandamiento de la especie, el instinto, etcétera, no serán ni las primeras ni las principa-

les. En cualquier caso, no sería el amor, el enamoramiento de la pareja el que imponga la procreación. Más bien al contrario. El amor se quiere cerrado en sí mismo, autorrealizado, autosuficiente. ¿Contigo y con el niño, pan y cebolla? Nunca.

Así que en la historia son muchos los hijos de la pasión, muchos los del despiste, muchos los no deseados, los que han sido sorprendentes, y han caído como jueves en mitad de semana. El amor se quería estéril, la naturaleza impuso sus condiciones y ahí esta el bebé.

En este sentido, la esterilidad voluntaria y temporal no es más que la posibilidad, gracias a la ciencia, de hacer realidad un viejo deseo, y no sólo de las mujeres, sino también de los hombres. Que lo que es amor entre dos no tenga que ser otra cosa en la que se ha de destruir ésta que tenemos. Tiene algo de grandiosa la anticoncepción, en el sentido de resaltar la separación definitiva, en el amor heterosexual, entre sexo y procreación. Pero no es algo que se inventa la *pill*. Es algo que ya estaba en la misma sustancia del enamoramiento, de la pasión sexual. Lo único que ha hecho es, sustituyendo viejos sistemas, inseguros, peligrosos y sangrientos (pensemos, por ejemplo, en lo que podían ser los abortos de Celestina), garantizar esa soledad de dos que exige el enamoramiento. Garantizar esa soledad de dos, y algo más. La movilidad de las parejas, la indeterminación amorosa, el margen de error. Es decir, la libertad sexual.

Pero, ¿cuál es el sentido de la píldora? A mi modo de ver, más allá de la socialización de la separación entre sexo y procreación, es decir, de su puesta en valor colectiva y democrática (es barata, inofensiva, tiene un importante margen de seguridad, y está al al-

cance de todo el mundo en Occidente) confirió a la mujer fértil una autonomía nueva. Hizo una igualación interclases e intersexos. Le dibujó los límites de su cuerpo, le dio una nueva conciencia de su voluntad, de su poder, es decir, de su libertad. La maternidad ya no sería una consecuencia del sexo, o del amor en el mejor de los casos. Sería, ya para siempre, un acto de la voluntad, una elección libre y suya. Y es verdad que esta autonomía crucial y reciente, que no tiene vuelta atrás ni con la horrible enfermedad ni con el puritanismo consiguiente, tenía dos caras. La de la independencia para el sexo, con la consiguiente «irresponsabilidad» de la elección, en todo igual a su pareja masculina, y por el otro lado, la de la reflexión sobre su propio límite corporal. La toma de su propio cuerpo, de su propio espacio, de su propia decisión.



Ánxel Fole

### De cómo me encuentre con el demonio en Vigo

«A mí los cuentos que más se me acomodan para escribir son los que siguen guardando mucho de cuento contado, cuando se van sucediendo los párrafos. Los cuentos que parecen contados son los que mejor me van.»

Ánxel Fole, nos transporta a un mundo preñado de fantasmas, aparecidos y acontecimientos intrigantes. Pero, a la vez, el autor está profundamente anclado en la realidad de la aldea y de las pequeñas villas y ciudades de la Galicia que conoció: «La soledad, junto con el miedo, agrandan las sensaciones y hacen ver cosas que no hay ni hubo nunca.»

La riqueza imaginativa de sus relatos va de la mano de la ironía y el humor. No hay trance sin vuelta: «Salutífero el vino, y también el miedo. El miedo, a veces, da salud.»

#### Trama Editorial

Apdo. de Correos 10.605. Tfno/Fax: (91) 573 80 48  
28080 Madrid

ab mmsl  
salsiqms.l  
sntssvash

a... Villalta

ero amor?

No es nada extraño que con la revolución sexual, con la libertad sexual, aparezcan reivindicadas y de pleno derecho unas inusuales familias monoparentales, en las que la mujer decide con quien y cuándo ha de tener sus bebés, y los cuida y los educa bajo su entera responsabilidad. Pero esto no tiene nada que ver con el amor, no, al menos, con el enamoramiento. Tiene que ver con otras cosas, porque el enamoramiento, plenitud personal, no agota la persona.

A estas alturas del siglo, la libertad sexual es un hecho que nada o casi nada puede mover, ni las campañas ni los estados de ánimo, ni la depresión puritana. Y en ello algo, mucho, tiene que ver la posibilidad de la esterilidad temporal y voluntaria. De hecho, estas imágenes puritanas como las que vivimos en la España de los *belenes* de estos últimos meses, pasarán antes o después, y seguramente, antes. Hace diez años, en uno de mis viajes a Nueva York, cuando Madrid era una fiesta y la Gran Manzana padecía con todo su ardor el rearme moral de Reagan, fui invitada a una fiesta de cumpleaños. La que cumplía era una periodista de *Play Boy*. En aquel viaje lleno de fiestas, mi sorpresa estaba en lo *planos* que sexualmente me resultaban los señores y las señoras neoyorkinos. Todos eran, éramos, transparentes. Hoy, cuando esto firmo, no se puede decir lo mismo. Voy a los mismos sitios, y la misma gente tiene, como yo diez años más. Y sin embargo, algo pasa. La gente se mira con intención. Han retirado los velos. No sé si es la política, el cansancio o el fin de siglo. Estoy segura de que en España, donde últimamente todo me parecían *parties play boy*, también volverá esa alegría de vivir que pone calambres en la piel y fiesta en los ojos. Porque el sexo, el amor, o es divertido, o no es.

El amor es el contacto de dos epidermis y el intercambio de dos fantasías. Sólo a partir de la libertad, sólo a partir del cuerpo libre, podemos pensar libremente en esa *cosa mentale* que es el sexo humano. El intercambio de dos fantasías. El hermanamiento de dos almas que, como se sabe, es dudoso que existan. *Cosa mentale*, fábrica de sensaciones y palabras que dan nombre a una montaña de sentimientos, a una dirección de la mitad, del corazón y el pulso. No hablo de política amorosa. Hablo de amor, es decir, de sexo. □

# Patricia Mateo

## El ritmo del cigarrillo o el cigarro del ritmillo

El titular del periódico rezaba así: «Dos docenas de árboles han aparecido arrancados en la zona norte de la ciudad». Debajo en un interminable artículo en el que se hacía apología del ecologismo y la vida natural, aparecía una fotografía del lugar de los hechos. Sus ojos se clavaron en la postal y respiró hondo. En el fondo qué le importaban dos o diez vegetales más, para cuando el mundo se quedara sin arbusto, sin madera, sin pulmones, él tampoco tendría pies, ni manos, ni alvéolos; probablemente ya estaría muerto y enterrado, y las cuencas de sus ojos serían cunitas de gusanos, cobijo de insectos o macetas con flores; y es que nunca le había importado el futuro más allá de los días en los que pudiera estar vivo, o por lo menos respirar acompasadamente al ritmillo del cigarro, al ritmo del cigarrillo.

Había superado varias etapas en las que se había sentido más arrancado que esos árboles y por supuesto con las raíces al aire, cosa que es mucho más impúdica de lo que a primera vista pueda parecer. Ese día, no buscaba en el periódico más que la sola compañía del papel junto al café, y recordó a la vista del enjambre fibroso del árbol agónico ya casi convertido en estantería o mueble, probablemente inmundo, su propia metamorfosis, la que se generó en el vientre de la madre, en los terribles años de escuela e instituto, y cuando pasó por el quirófano para que le extirparan ese apéndice carnoso con el que había nacido entre las piernas. Y todo esto para seguir considerándose un hombre hecho y derecho, porque jamás había sido ni sería un travestido, mucho menos homosexual, transexual, bisexual o heterosexual; casi nunca tuvo inclinaciones más allá de la suya propia, y con esto me refiero a que el único sexo del que pudo disfrutar y del que ya no gozaría había sido el que había sujetado con su mano durante años cada vez que necesitaba evacuar, el que le acompañaba cada mañana fría de invierno de camino al colegio, ese que se dormía mimoso y exhausto entre sus ingles después de una larga noche de actividades amorosas y al que solían seducir sus dedos, curiosos desde la más tierna infancia. Tenía incluso un gracioso apelativo con el que lo incitaba a despertar del letargo, pero por razones obvias y bastante sentimentales obviaremos recordarlo; aún, en alguna de esas horas in-

somnes, deja escapar una lágrima por el compañero caído en combate, por esos cuantos centímetros de fibra que se levantaban a su llamada. Cuántas veces le había reportado noches, tardes y mañanas deliciosas cuyo final era siempre el mismo, ese cigarrillo en los labios, esos labios que habría deseado besarse en ocasiones, y que le servían como conducto hacia el pulmón, último recodo del placer.

Lo que comenzó como un juego, algo trivial y espontáneo con lo que pasar el rato, acabó en la historia de amor más bella jamás contada; aunque como es de suponer, en los últimos tiempos, esos en los que se encontraba tremendamente solo en la mañana, recordaba las experiencias felices, y nunca los malos ratos en los que renegaba furioso del objeto de su adoración más profunda al no querer responder a su llamada, a sus arrumacos cariñosos, esos acompañados de saliva caliente que depositaba con dulzura sobre su cabecita dormida. Y es que en ciertas ocasiones, no lograba entenderse con ese pequeño ser terco con el que cohabitaba y al que incluso había llegado a repudiar con premeditación y alevosía.

Claro que siempre sucumbía ante su orgullosa belleza matutina, que lo llamaba al ritmo de las tretas más viejas, al olor de sus aromas que despertaban sus sentidos, sus deseos, su ternura y su amor hacia ese pequeño Adonis malvado que le había robado la vida, que le había obligado a dejar amigos y familia, en pos de una relación egoísta pero sobradamente satisfactoria.

En ocasiones en las que apenas podían verse por exceso de trabajo, como un amante fiel, siempre había logrado encontrar un minuto, un ratito breve pero intenso para recordarle que no lo olvidaba; para ello se escondía en los lavabos de la empresa, o bajaba escaleras, mientras los demás tomaban el ascensor. Y entonces por encima del pantalón, con sumo cuidado lo acariciaba y alentaba a la espera de ese momento mágico en que pudieran entregarse el uno al otro.

A veces, en momentos de angustia piensa en el callejón en el que se encuentra inmerso, un callejón oscuro, un callejón londinense, de esos en los que se escondían los asesinos perseguidos por Holmes, y él en cierta forma también era un poco asesino, un poco víctima en el momento en que ambos se encuentran en

## DESDE HACE POCO HA COMENZADO A SENTIR ALGO, QUE NO PUEDE DESCIFRAR, ENTRE SUS PIERNAS

ese oscuro recodo de ladrillo y cemento. Recordando los árboles sin pies, tumbados en la ladera de esa fotografía, se sintió como ellos, con las hojas secas y las ramas llenas de sustancia muerta que ya no fluye.

La traición es un pájaro que nos visita de cuando en cuando y arroja su excremento sobre nuestro pelo; nos la encontramos así, de improviso, y nos duele el alma a la vez que la rabia nos agita sobremanera. Y ocurre que a veces la traición no es sino un estúpido reflejo, un espejismo que atora espíritu y garganta al mismo tiempo.

El día que la culpable de su desdicha amaneció para sus ojos, provocó una reacción inesperada. Ella estaba sentada en la butaca negra del despacho, e inusualmente lo esperaba a él, algo nada común teniendo en cuenta que su trabajo no era precisamente el trato con el público, cosa de la que siempre se habían ocupado otros compañeros «menos hoscos y más sociables», eso al menos había argumentado su jefe. Pasó por su lado para situarse al otro lado de su mesa, colocó los papeles sobre el escritorio, agarró la pluma sólo por la necesidad de sentirse protegido. Las mujeres le ponían exageradamente nervioso y jamás pudo mantener sus miradas fijas e impertinentes por más de dos segundos. Al levantar su cabeza para enfrentarse por fin a ese problema con brazos, piernas, manos, dedos, uñas... uñas de porcelana, delicada melena color miel y una boca pequeña como las de las muñequitas de feria, no encontró en sus ojos la insistencia de otras de las de su especie, sólo un mórbido pestañeo que ocultaba a un ser frágil y silencioso al que apenas podía arrancar una frase y que le sugirió la nostalgia remota del que añora lo que no conoce.

Terror y pánico que subía desde las rodillas calándole los huesos, que bajaba por su garganta, arremolinaba su estómago y se concentraba como el corazón de un huracán entre sus piernas. Y ahí fue donde le dolió, donde la traición hizo su entrada más sublime, al igual que los pájaros diarreicos en pleno vuelo, ella apareció para estropearle el día. Como un pájaro molesto, se había posado y evacuado sobre sus ramas, su tronco, sus tallos de árbol solitario. Y lo terrible es que los árboles no pueden espantar a los pájaros.

Las palabras frías derivaron, no sabe cómo en conversación, en cerveza en la mano, vino de cena y un

beso. Inducido sobremanera por ese ser punzante que le indicaba qué hacer, qué decir, cómo y por qué agitar sus manos al hablar. Obligándolo a la seducción. Mientras la geisha del silencio lo miraba oculta tras el velo de la indiferencia, o puede que de la tristeza infinita.

Sus sábanas encontraron ese amanecer dos cuerpos dormidos, y se sintieron tan incómodas como él, con el dolor abriendo una herida en la cabeza y otro en el corazón; traicionado por su sexo ahora estaba arrepentido y dudaba si sacar un pie de la cama, si levantarse para acudir al baño, si dirigirse a preparar café. Despertarla o no, moverse o no para que despertara.

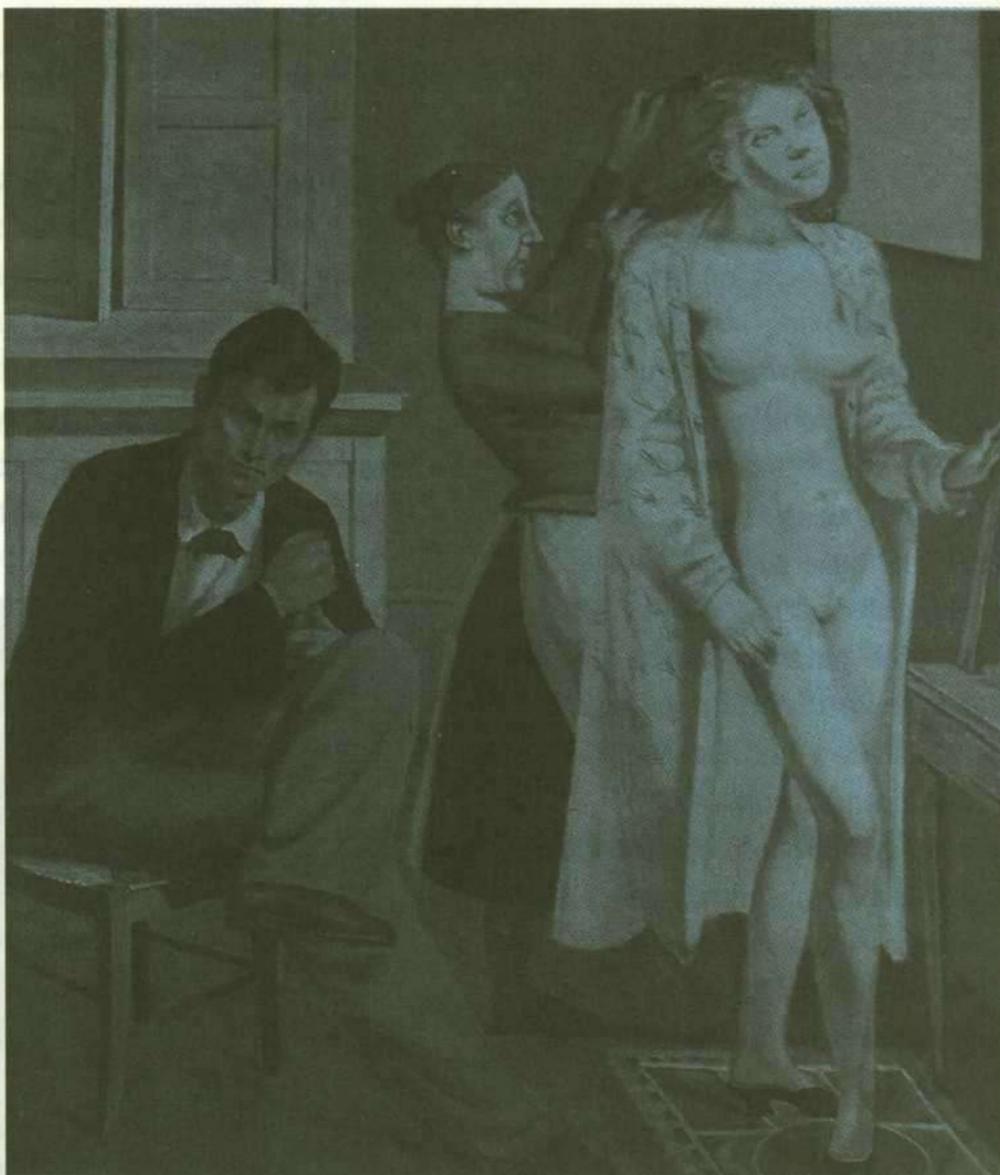
Qué decir, cómo mirar a quien se ha visto desnudo.

En el baño, por fin, con los ojos fijos en el espejo, examinando sus arrugas, buscó algún cambio en sus facciones, seguía siendo el mismo. Clavó sus manos en el lavabo, apalancando el cuerpo, con el vértigo en las rodillas del que está al borde del precipicio y no sabe si quiere caer. Al fin bajó su mirada, y lo encontró, tranquilo, amodorrado, con el aspecto feliz del que gozó y duerme ahora sin importarle días venideros. Se sintió mal de nuevo. Los ruidos en la alcoba: el sonido de la piel rozando la tela de la blusa, una cremallera... los zapatos. Y él clavado, esperando, sabiendo que no podía esperar más. Salir... esperar. Se sentó sobre la tapa del inodoro, se rascó los músculos, se miró los pies, recogió en su mano el universo de su sexo y comenzó a apretarlo, casi sin fuerza, con el sentimiento del que abraza y quiere acabar el contenido y el continente de su adversario, sabiendo que nunca lo logrará. Nada es nuestro, ni siquiera nuestro cuerpo, puede que no lleguemos al final de la partida acompañados de todos nuestros dedos, de las dos piernas, de los oídos, el bazo o el riñón.

Afortunadamente la puerta de la casa golpeó con fuerza el marco. Le había evitado sin saberlo uno de los mayores pesares que pudiera imaginar. La adoró por ello. Más de lo que confesó. ¿Es posible adorar a alguien por lo que no ha hecho?

Los días siguientes se dedicó a pasear sin rumbo, con la mano en el bolsillo, cercano a ese ser independiente que lo obligó, como la amante morbosa, a acostarse con otra en su presencia. ¿Le estaba agradecido? ¿Fue un gesto de amor? Tal vez sólo quería probarlo, probarse, sí... definitivamente eso era. El reconocimiento del que

Balthus: *La toilette de Cathy*, 1933.



dudoso, en un asunto político de importancia, en los Cuatro cuartos de Eliot o en la letra de un tango o de una canción popular francesa, que analizaba con el mismo esscrúpulo que los maltratados versos de Espronceda. Conversador infatigable (siempre que la conversión le procurara placer), le recuerdo, sentado en la butaca de ter-

ama y no le importa compartir, entregar lo más sagrado si el otro es feliz. O la duda que volaba, como el pájaro sobre el árbol, planeando la traición, el momento, el lugar donde soltar la excreción más pestilente: descubrir que su amor, andaba enamorado, que su miembro dormido, ya sólo despertaba ante el aroma de la almohada que ella dejara, que buscaba en su cerebro las curvas de esa mujer, las pocas palabras, los ojos velados... sus manos. Tumbado en la cama antes solitaria, acercaba la nariz a la tela que había estado prendida sobre sus caderas, la que se apoyó en su cuello.

Dos días después, enfrascado en el trabajo, con los ojos fijos en la pantalla del ordenador, le llegó un olor familiar. Al principio no lo reconoció, hasta que sintió la presión en el pantalón, su miembro estallando, vivo de nuevo. Alzó la vista y la encontró de pie junto a la puerta. Su sonrisa, sus ojos que miraban sin ver... el velo de la nostalgia. El nudo que aprieta en el cuello, que ahoga, que no deja respirar. Salió disparado, huyó a todo correr, se introdujo en el ascensor, cruzó el parque, se tumbó bajo un chopo, su miembro aún erecto, sus sienes explotando, el corazón acelerado. Y allí mismo bajó la cremallera y dejó que orgulloso, todo su sexo se presentara a la luz del día. Lo miraba y lo odiaba, se odiaba por amarlo, se odiaba porque había despertado con el solo perfume de esa mujer embriagadora, las venitas azules brillando, hinchadas y felices. Lo agarró con la mano y comenzó a moverlo al ritmo acompasado que le pedía, cada vez, más y más concentrado en darle lo que estaba pidiendo. No fue consciente de sus actos hasta que los chillidos despavoridos de unos niños lo sacaron del trance. Frente a él una pequeña rubita y cándida, no daba crédito a sus ojos. Pero no podía parar, continuaba frotándose con energía y mirando sin ver a esa niña. La policía lo esposó casi a punto del orgasmo. Gritó. De nada le sirvieron las explicaciones, el pantalón desabrochado, el dolor de testículos que hacía ahora su aparición más sublime, el dolor de la vergüenza.

De la comisaría al psiquiátrico fue sólo un paso. Lo tomaron por un depravado de esos que gustan de masturbarse frente a niños, un pederasta, un loco. Y explicaba, intentaba explicar su relación, su amor, su sexo, todos los sentimientos acumulados.

Comenzaron a inyectarle un líquido terrible, que le calaba los huesos y le helaba los fluidos a medida que bajaba por sus piernas, los dedos de los pies rígido, amoratados.

Una noche, dos enfermos lo encontraron en la sala de actividades. Solía andar a solas, se escondía de otros internos. Lo miraron a los ojos, le pusieron una camisa de fuerza y enrollaron un alambre alrededor de su amado, apretaron con fuerza. —¡Cerdo!— le increpaban. —¡Los niños no se tocan!—. Y cantaban a la vez una cancioncilla infantil.

Por la mañana una mujer de la limpieza descubrió su cabeza asomando cercana a la pata de una silla.

—¡Santo Dios! Todo el mundo andaba buscándote.

Se quedó de piedra al ver, por la abertura del pantalón del pijama, algo que en un principio no podía descifrar.

De ahí al hospital, quirófano, postoperatorio con el vientre vendado, sin saber, intuyendo.

Un largo invierno después, seguido de primavera y verano. Ahora recuerdos, rencores, nostalgia y tristeza...

Los troncos de los árboles, continúan tirados, congelados en esa foto del periódico. Tal y como quedó su amado, sin raíces, desconectado de la vida. Muerto por siempre.

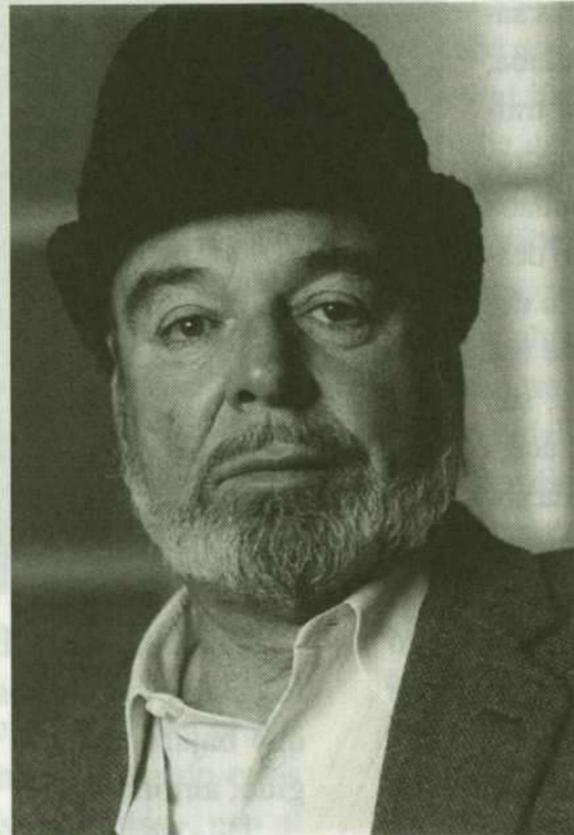
Desde hace poco, ha comenzado a sentir algo que no puede descifrar entre sus piernas, como un pequeño calambre, que hincha su pubis huérfano. A veces, lo acaricia con cuidado, y cada vez más aprecia una sensación parecida al placer. Le suda la nuca, ya le buscó nombre, claro que esta vez... es un nombre femenino. □

# La vocación de felicidad

Ana María Moix

A finales del decenio de los sesenta (fue en 1969, para ser exacta) imprimió la editorial Seix Barral un libro que no llegaría a las librerías por razones de censura propias de la época: se trataba de *Colección particular*, volumen de poemas de Jaime Gil de Biedma, un escritor al que los entonces jóvenes poetas leíamos y citábamos profusamente, con la admiración debida a quien se empezaba a considerar poseedor de la voz poética más valiosa surgida en el panorama de la poesía española peninsular desde la generación del 27. Libros como *Compañeros de viaje* (Joaquín Horta, Barcelona, 1959), *En favor de Venus* (Colliure, Barcelona, 1965), *Moralidades* (Joaquín Mortiz, México, 1966) y *Poemas póstumos* (Madrid, 1968) —títulos de las obras de Jaime Gil de Biedma publicadas hasta 1969 y ya entonces difíciles de encontrar a la venta—, eran joyas impresas y encuadernadas que los jóvenes lectores de poesía nos presentábamos con celo y excitación literarios.

A partir de 1965, y durante varios años tuve la suerte de acceder a una biblioteca fabulosamente bien provista, tanto de literatura clásica como moderna; una biblioteca de tamaño reducido, portátil, que respondía a la forma de cartera de piel color marrón, que cerraba con cremallera, y que Pedro Gimferrer llevaba siempre consigo, portando en su interior los libros destinados a ser prestados. El ritual (intercambio de libros ya leídos por libros por leer) se oficiaba en el bar Velódromo de la barcelonesa calle Muntaner —bar entonces todavía libre de modas en un tiempo en que lo importante era el modo—, o en el



Jaime Gil de Biedma

@Carmen Gallego.

ahora inexistente Oro del Rhin, en Gran Vía. De esa biblioteca inestimable que era el «*baden*» de Pedro Gimferrer surgieron un día los poemas de Jaime Gil de Biedma. No recuerdo en cual de los dos cafés citados (¿o quizá fue en Terminus, también inexistente ya?) No hay duda de que los decorados del Oro del Rhin (que correspondían al nombre del establecimiento) resultarían los convenientes a aquellas ansias de juveniles lecturas y a los gustos del poeta, según aceptaría el mismo Jaime Gil de Biedma, mucho tiempo después, entregado a la evocación de escenarios para él tan queridos como fueron los de los cafés de la Barcelona de antaño.

Antaño es, hoy, el final del decenio de los años sesenta. *De todo hace casi veinte años*, escribió Gil de Biedma hace (y perdonará el lector la frase facilona) más de veinte. Casi treinta han transcurrido desde que

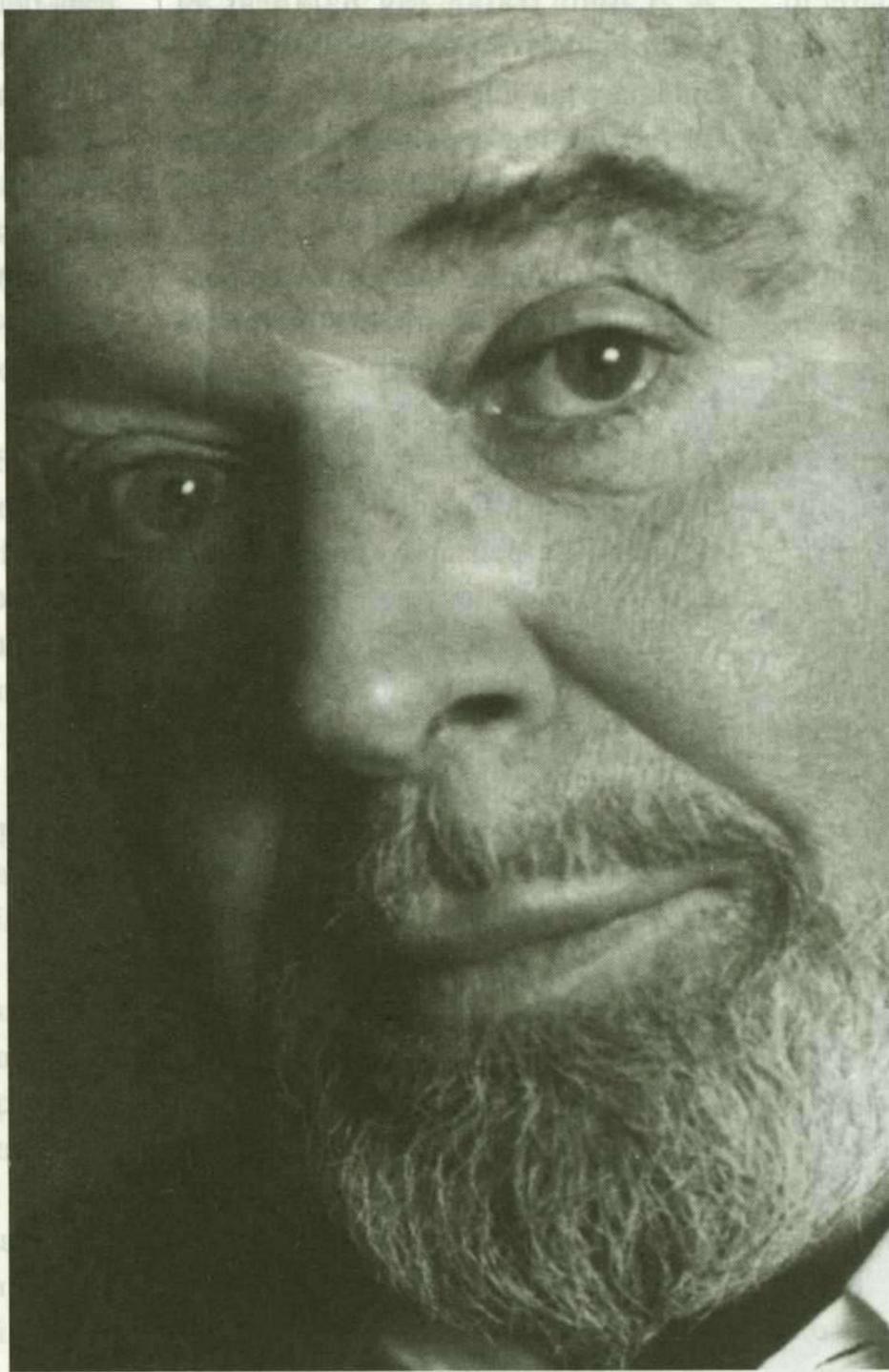
tuve el privilegio de conocerle. Fue en casa de María Antonia y Luis Goytisolo, un atardecer primaveral. Jaime Gil de Biedma llegaba de Manila, ciudad —decía— que adoro y me resulta bastante menos exótica que Sevilla, porque la entiendo mejor. El poeta viajaba entonces con frecuencia a Manila (y todavía seguiría haciéndolo) debido a su trabajo como Secretario general de la Compañía de Tabacos de Filipinas. La reputación social que entonces acompañaba la figura del poeta como hombre brillantísimo, de inteligencia privilegiada, enormemente irónico, cortante y algo impertinente, quedó en parte anulada —en lo que se refiere a las dos últimas características citadas— por su presencia, soberamente humana, y una emotividad a flor de piel, aunque pudorosamente contenida. Jaime Gil llegó a casa del matrimonio Goytisolo con un ejemplar de *Poemas póstumos*, dedicado *A Bel, Belle Bel, a Bonté y a Gustavo Durán, Gracias*, en la edición de 1968. A la de 1969, el poeta había añadido: *A Bel y a Gustavo, otra vez, in memoriam*. Ambos amigos, de importancia decisiva en la biografía emocional de Jaime Gil, habían desaparecido aquel año.

A lo largo de muchos años, oí confesar repetidamente a Jaime Gil de Biedma que nada le divertía tanto como hablar en serio. Ver cómo se divertía hablando en serio era un espectáculo aleccionador, un derroche de inteligencia, de ingenio y de rigor. La cuestión seriamente hablada podía centrarse en la poesía de Byron, en un problema sentimental propio o ajeno, en las trifulcas que rodeaban los orígenes de un título nobiliario más que

dudoso, en un asunto político de suma importancia, en los *Cuatro cuartetos* de Eliot o en la letra de un tango o de una canción popular francesa, que analizaba con el mismo escrúpulo que los maltratados versos de Espronceda. Conversador infatigable (siempre que la conversión le procurara placer), le recuerdo, sentado en la butaca de terciopelo rojo del salón de su casa, en la plaza de San Gregorio Taumaturgo, una pierna encima de la otra y la copa en la mano, la cabeza poderosa de emperador romano erguida, siempre frontal a la de su interlocutor, las cejas bien dibujadas, la frente ancha y los ojos penetrantes, achicándose maliciosamente o agrandándose según el grado de complejidad del pensamiento que los animaba. Gesto seguro, rozando lo altanero, y boca sensual, la voz surgía bronca y cálida, como de un árbol sabio y medicinal.

A principios de los años setenta, la velada en el salón rojo de Jaime Gil de Biedma, sumaba la brillantez lingüística de Carlos Barral a la socarronería verbal de Juan Marsé, la angélica magia de Ana María Matute al corrosivo humor de la fotógrafa Colita o a los pausados y terribles incisos de Angel González, de paso por la ciudad. Y el decaer de una conversación podía suponer algo muy grave, una señal de catástrofe, algo así como un aviso de muerte. Entonces, a Jaime Gil de Biedma le acometía una especie de prisa, un continuo vaciar ceniceros y despejar la mesa de copas ya desechadas. Era una prisa muy suya, inmotivada, como un intento de retener un instante de plenitud que, momentos antes, tuvo algún parecido con la felicidad.

La vocación de felicidad fue una constante en la vida y en la obra literaria de Jaime Gil de Biedma. Una felicidad capaz de cambiar la vida momentáneamente, de arrancarla al poder del tiempo y de la muerte, una felicidad surgida del amor, de la amistad, de la plenitud física, sensual, y de la solidaridad. *Soy muy sensual*; decía Jaime Gil



@Carmen Gallego.

en una entrevista con Federico Campbell. *El día que me falle la sensualidad, tomar una copa, sentir en buen tiempo, meterme en una piscina, ver a alguien que está muy bien físicamente... El día que todo esto me falle, la vida será un lugar inhóspito.* No se trataba de una simple frase, sino de una declaración de principios de Jaime Gil repetía a menudo en su conversación. Si, literariamente, la sensualidad es uno de los elementos más característicos de

su poesía (en sus poemas centrados en la experiencia amorosa, la sensualidad adquiere rango de categoría existencial), en su vida personal era algo así como el resorte inevitable capaz de provocar los estallidos de vitalidad con los que defenderse de los estragos del tiempo y, también, de los desmanes anímicos provocados por una realidad siempre disconforme con el deseo.

Mi memoria guarda diversas imágenes de un Jaime Gil de Biedma rebosante de felicidad, en lugares y situaciones diferentes. Sin embargo, conservo el recuerdo de un Jaime Gil especialmente feliz, pletórico, un verano, en Nava de la Asunción, localidad segoviana donde se asentaba la casa familiar del poeta. «Una casa a la que siempre acabo por volver», escribió, donde pasó los años de la guerra civil, siendo niño, y que se vendió el año antes de su muerte para construir un grupo de viviendas. De hecho, las nuevas edificaciones se levantan ahora en lo que fue jardín de la casa (ésta sigue en pie). Le recuerdo allí, hace unos diecisiete años, con Colita, Beatriz de Moura y Antonio López Lamadrid. Las mañanas transcurrían en el jardín de la casona, junto a la piscina, en cuyo borde centelleaban al sol las copas

del vino blanco que animaba las largas conversaciones. Recuerdo a un Jaime Gil de Biedma esplendoroso. Y recuerdo su risa, contagiosa, que la memoria quiere ahora ininterrumpida durante los veinte años que tuve la suerte de oír. La risa, salpicando anécdotas que Jaime Gil refería con la sagaz maestría de quien sabe retener la atención del oyente para, juntos, no oír los pasos del tiempo acercándose a traición para llevárselo todo. □

# La vaguedad del sentimiento

## Sobre la poesía de Jaime Gil de Biedma

Adolfo García Ortega

Durante mucho tiempo me pareció una hipótesis errática presuponer que Jaime Gil de Biedma escribía poesía para ilustrar una poética, siendo de ese modo sus poemas ejemplos de lo que él querría encontrar como lector. Hoy, después de su muerte y tenida su obra como parte fundamental de la poesía española de este siglo, no me parece tan errada aquella hipótesis; es más, me parece la razón de ser de un poeta que quiso ser *poema* por encima de todo. Aunque esto no desdice esa especie de bendito error de los buenos poetas que es «apostarse entero en cada poema» sin que se note demasiado, mezclando con sabiduría sinceridad y artificio, aunque esto, en última instancia, nunca sea importante a la hora de hablar de poesía. Así, si en un poema como «El juego de hacer versos» —que es un juego— parece no tomarse en serio la escritura, en «Arte poética» expone lo que será un ideario estético, al que será fiel en su poesía posterior. Y lo expone convencidamente. «Arte poética» sintetiza a Gil de Biedma, y define a su autor, a la manera de Wordsworth, como un «poeta con programa». Aparecen en ese poema la realidad y un peculiar modo de mirarla («muro color paloma de cemento»), la nostalgia («La nostalgia del sol en los terrados»), el tiempo («Y sobre todo el vértigo del tiempo»), el amor («La dulzura, el calor de los labios a solas») y la reflexión levemente irónica («Es sin duda el momento de pensar»), ese rasgo que al final da a las palabras un poder exonerador de todo mal, cierta gracia de compendio, último reducto para ese personaje que finge ser el poeta.

¿Cómo tratan las palabras el tiempo, tan importante en Gil de Biedma y tan iluminador de la memoria, nostálgica o pública? Como un hueco, una profundización «hacia dentro del alma». Frente a esa exposición de principios que es «Arte poética», la vida, en última instancia («Lo que importa explicar / es la vida», dice en «El juego de hacer versos»), se convierte en una exigencia ética, en una reflexión lúcida («es el momento de pensar») sobre los dos polos en torno a los que gira la poesía de Gil de Biedma: el héroe que no es el personaje de sus poemas —fantasma de la frustración—, y el héroe de la vida cotidiana al que trata de adecuarse ese personaje, fantasma no menos frustrante pero más a mano, más de «tratar entre los dedos». Como buen platónico, lo que media entre ambos polos es la credibilidad para darse una y otra vez oportunidades «aunque dure más el dolor del corazón»; una extraña apariencia de fe perdida y encontrada que resurgirá con frecuencia en *Poemas póstumos*.

Lo que salva de esa frustración, de esa lucha entre las dos fuerzas que la experiencia enfrenta (ya mito, ya realidad) es el lenguaje («Yo me salvé / escribiendo después de la muerte de Jaime Gil de Biedma») y su transformación poética en la reflexión. ¿Y qué palabras? «Palabras de familia gastadas tibiamente». El lenguaje de Gil de Biedma es el justo para la experiencia que lo alimenta. En esto es un mago que administra con sabia economía las palabras.

El lugar central de su reflexión lo ocupa la vida («las noches de sus sábados»). Se puede decir que su poesía

trata del proceso entre la vida en abstracto y una especial transformación en «vida vivida por alguien».

Si es cierto lo que Octavio Paz dijo sobre al acto de la escritura («escribir es el espejismo de una recuperación»), la vida se encuentra con la poesía —y no al revés— en el acto de la reflexión. La reflexión, el pensamiento, se convierte en la poesía de Gil de Biedma en el líquido destilado por la experiencia. De este modo, Gil de Biedma se inscribe en una tradición poética que sólo traslada al poema aquella síntesis sentimental de la emoción que la imaginación ha producido, basada en el devenir de unos hechos en apariencia verosímiles. Pero, ¿por qué poemas? El poema tiene esa capacidad, la más eminentemente literaria, de situar los sentimientos a la altura de los hechos, en un marco autónomo, y de explicar inductivamente, es decir, objetivar (la sinécdoque de las retóricas).

Cuando se dice que la reflexión preside la poesía de Gil de Biedma, de lo que se está hablando es de una determinada tradición poética en la que deliberadamente él inscribe su poesía. Gil de Biedma es un poeta simbolista, con los mismos extremos de la poesía baudelairiana. Es el simbolismo que recoge, matizado, de Jorge Guillén, cuya influencia es más que notable en por lo menos media parte de su obra. Es el simbolismo que puede advertirse en ciertos poetas anglosajones que él prefiere, como Auden, Eliot, Cummings o Frost. Es el simbolismo de determinados poemas de Cavafis. Y es el simbolismo de Cernuda, con quien las proximidades son, a veces, más de cercanía de

afectos poéticos en conjunto que de auténtica influencia directa.

Pero existe otro ángulo desde donde se ilumina el sentido de la reflexión en Gil de Biedma. Se trata de la mirada. La mirada, llevada al poema, se convierte en arte. La manera de mirar del poeta no es inmediata, pasa por la experiencia acumulada acerca de los objetos, las situaciones, las personas, los hechos y, sobre todo, acerca de sí mismo. En definitiva, el pasado. Y en esto se aproxima mucho a los principios dominantes de una de sus piezas preferidas, los *Cuatro cuartetos* de T.S. Eliot: mirar, pensar y escribir en la distancia. De ahí que todos los temas de la poesía de Gil de Biedma correspondan a hechos y a situaciones pasadas, retomadas durante un tiempo, el tiempo de la composición del poema.

En ese tiempo, y sólo mientras se escribe el poema, conviven vida y arte. Luego la vida sólo es el poema. ¿Cómo es la reflexión de Gil de Biedma sobre la vida y el arte, materias esquivas por excelencia? Una reflexión que conduce a la insuficiencia. En un ensayo sobre *Valentín*, de Juan Gil-Albert, escribe Gil de Biedma: «Sobrellevar el peso de una doble decepción: la de la insuficiencia del arte, la de la irremediable insuficiencia de la vida».

¿No es ésta la reflexión de un utópico, de un ingenuo, en cierta medida? Es más, en el citado ensayo, Gil de Biedma, apelando al arte como valor en sí, escribe:

«No es que el arte enmascare la realidad, sino que la magia del arte, hasta que se entromete la vida, es una realidad suficiente». En su reflexión, el poeta, jugando al arte —lo que importa es la vida, luego el arte es un juego— define y apuesta por otra reali-

dad que intente explicar, con más fortuna, la realidad vivida y vivible, la realidad «real», por así decir, nada agradable y más bien gris y plana. De alguna manera para eso se escriben los poemas, para inventarse una identidad. Y esta es, por tanto, su reflexión: ordenarse el mundo, explicarse la vida, para que el engaño —léase poema— sea tan fiel que no lo parezca. De lo que se deduce que no interese la variación en sus poemas. De lo que hablan, como él dijo, es el argumento de todas las novelas. El asunto estriba en que ese argumento se acerque lo más posible al arte.

Esa dicotomía arte-vida, vieja como el mundo, esa constante refle-

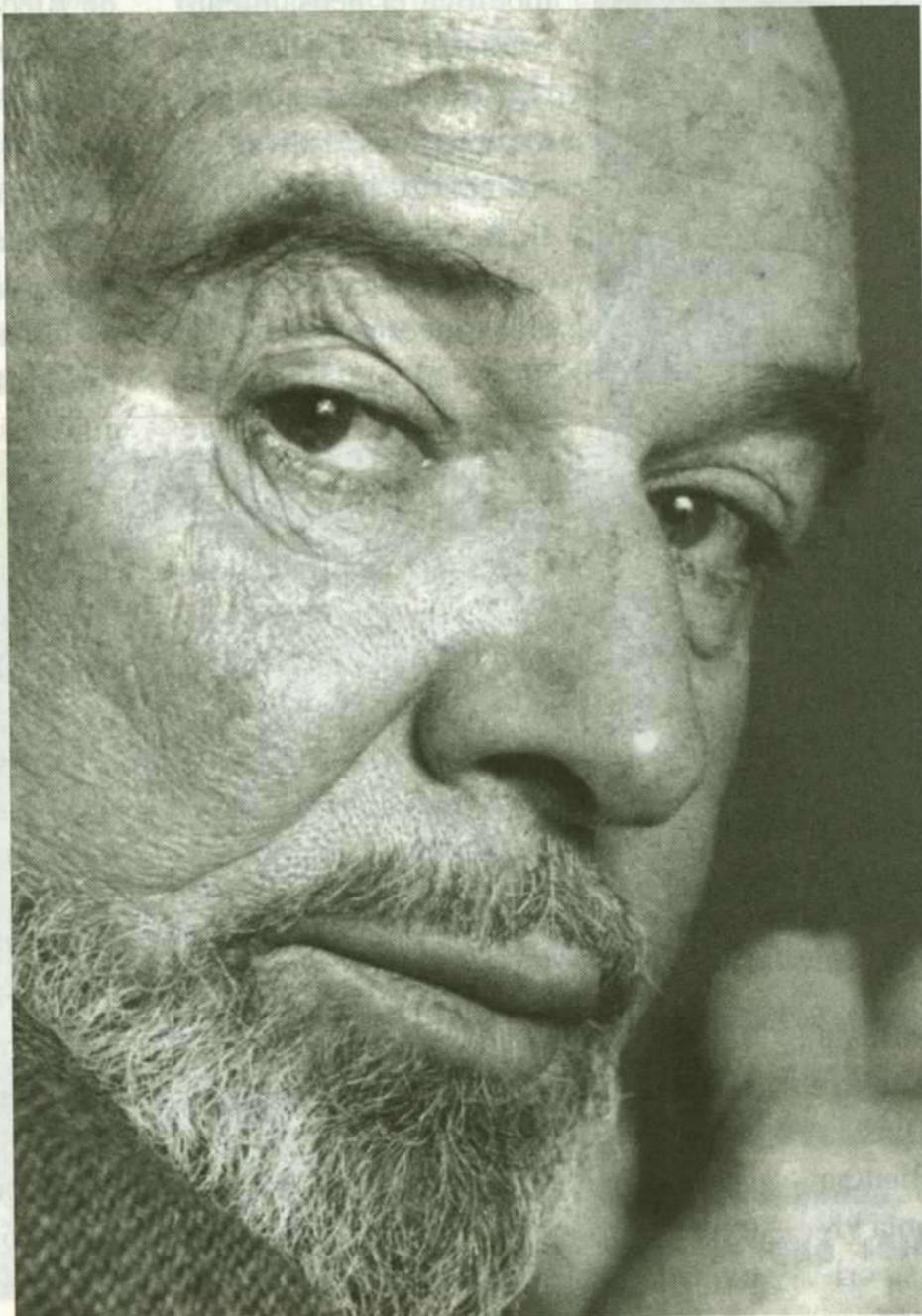
metafórico y oscuro, el que mejor explicite esa reflexión:

*Las rosas de papel no son verdad  
y queman  
lo mismo que una frente pensativa  
o el tacto de una lámina de hielo.*

*Las rosas de papel son, en verdad,  
demasiado encendidas para el  
pecho.*

Que la vida no es teatro, el tiempo nos lo avisa. Es otra cara del poliedro de su reflexión: el dolor frente a la realidad. La cruda verdad del arte, que siempre nos recuerda que «hay un secreto perverso». ¿Cómo, pues, se conjugarían el arte y la vida, la realidad y su engaño? Podría parecer que conjugando hábilmente sinceridad y artificio. Sin embargo, conviene aclarar que la sinceridad nunca ha sido una aliada del arte; más bien los buenos poemas, como dice Auden, son sinceramente insinceros.

Existe, además, en toda la obra de Gil de Biedma una dialéctica, un juego de contrastes que con el paso del tiempo se torna juego de propósitos y despropósitos. Su poesía en un álbum de fotos, de escenas, frente a las que un personaje reflexiona, revive secuencias de su vida. «Según sentencia del tiempo», frase de Anaximandro que da título a uno de los primeros poemas de Gil de Biedma, ese álbum va culminando en un viaje interior por las experiencias y el poso que dejaron. A medida que pasan las fotos, el personaje que las ve ya no es el mismo, pues ese devenir real ya modificó su manera de mirar las primeras fotos. De todos modos, en ese juego dialéctico

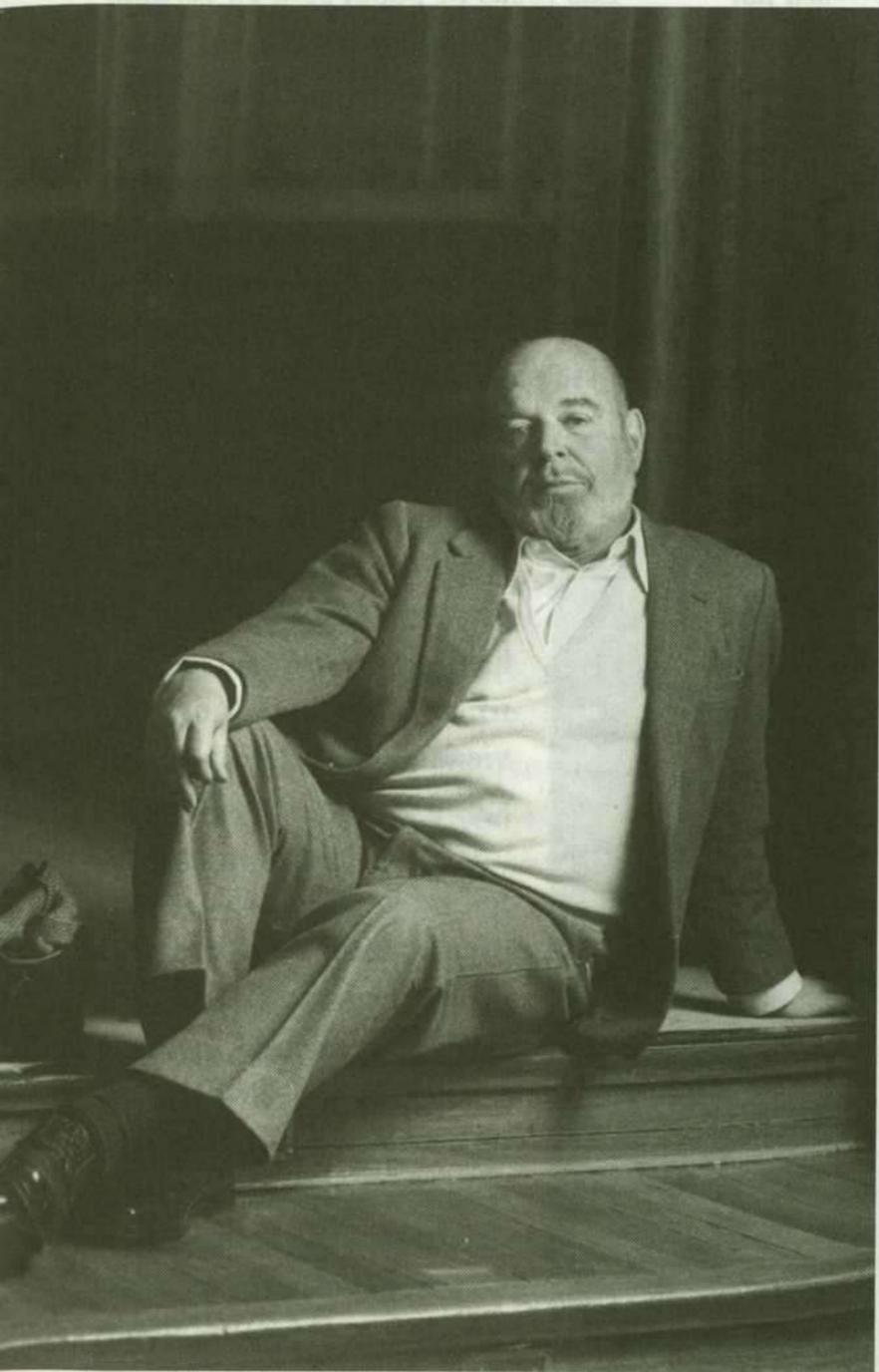


@Carmen Gallego.

xió sobre lo que la vida no da porque quizá no tenga, y que el arte apenas pone como puede, será la base de toda la reflexión del poeta Gil de Biedma. En este sentido tal vez sea «Canción final», un poema más bien

de la reflexión de Gil de Biedma, el poeta no acaba de exponerse completamente: introduce la ironía, con la que distancia y crea al personaje.

Gil de Biedma busca un equilibrio entre sentimiento y pensamiento difícil de conseguir: «fui feliz y a menudo me acuerdo». En «Trompe l'o-



©Carmen Gallego.

eil» el poeta apuesta, con la excusa de la pintura de Todó, por un mundo ordenado, idea que proviene de Guillén y que en cierto modo Gil de Biedma no abandonará nunca. Esa armonía vital, adecuación de ritmos, tiene su origen en el vínculo que une razón y sentimiento. Sólo así es posible el poema, como en Guillén.

El sentimiento, por otra parte, es el evocador de una emoción. Así, en «En una despedida» se narran las incisiones sentimentales de una emoción. Emoción y conciencia, como ha visto

en Baudelaire, son las lindes dentro de las que sitúa Gil de Biedma su reflexión: «Siempre en la creación poética existe un intervalo entre emoción y conciencia durante el cual se realiza una parte apreciable del trabajo». A esto añade Joan Ferraté: «Siempre [se observa] un complejo de emoción y

conciencia, de visión y actitud, de vida vivida y juicio sobre la vida...

donde ambos polos opuestos guardan la misma distancia con relación al yo del poeta».

Como apuntaba Wordsworth, al sentimiento lo modifica el pensamiento mediante su cualidad de registro de los sentimientos anteriores. Tal vez sería ésta la relación existente entre poesía y reflexión, una relación a todas luces experiencial. El papel que juega la emoción no es otro que el impulso para ordenar la experiencia de emociones pasadas, ya concebidas por el poeta como conciencia, subjetiva sin duda. Hacer de la emoción un espacio objetivo es la tarea de la poesía. Gil de Biedma lo dice así: «Toda la literatura de imaginación, y no sólo la poesía, es la expresión de

un mundo subjetivo que lucha por encontrar salida, mejor dicho, por crear un sistema de referencias al mundo de la realidad objetiva». La imaginación (recreo de la emoción) engarza subjetividad y objetividad. La imaginación es el poema.

De nuevo hay que recurrir a Wordsworth, cuando escribe el *Prefacio* que el poema es el resultado de una serie de hábitos meditativos: «La poesía tiene su origen en la emoción acumulada en la tranquilidad». La imaginación sería, por tanto, el se-

gundo paso tras la reflexión, la parte volitiva de la poesía posterior a la reflexiva.

Por otra parte, Gil de Biedma hace numerosas referencias expresas al pensamiento como elemento fundamental para la buena articulación de la emoción en el poema. El poeta quiere dejar muy claro que primero piensa. E incluso a veces lo manifiesta explícitamente: «Pienso ahora...», «pensaba...», etcétera. Ese hábito meditativo es lo que permite enjuiciar, dar un valor moral a la vida.

De algún modo la consistencia del monólogo interior tan nutrido en Gil de Biedma tiene que ver con la reflexión, en el sentido en que la razón de la escritura es ese «yo pienso» de ambiguas reminiscencias cartesianas. Ese pensar no es nada en el poema sin estar sustentado sobre la vivencia primigenia, la imagen. El pensamiento de Gil de Biedma es eminentemente fotográfico, imaginativo («Lo imagino enseguida», dice en un poema).

En cierto modo la reflexión de Gil de Biedma se apoya en una visión del «poema necesario» para, como él escribió, «indagar en el íntimo paraíso imposible, e intransferible, cuya nostalgia acompaña a cada cual a lo largo de su vida, como una sombra». ¿Cómo se llega al poema? Por afecto, tal como Gil de Biedma dice de Guillén. «Lo que ocurre —continúa— es que la emoción originaria aparece muy arriba en el proceso de génesis del poema, y cuando el poeta empieza a trabajar ha encarnado ya en un principio de situación de hecho, o por lo menos en la intuición de una particular atmósfera emocional, que poco a poco irá sedimentando hasta constituirse en ámbito de la acción del poema». En algún lugar del pensamiento —o previo a él incluso— el poema se está gestando. El poeta no lo *sabe* aún, porque el poema es recreación de una emoción que se ha ido y que regresa luego bajo la forma de otra emoción nueva. El afloramiento de

esa emoción a la consciencia es lo que impulsa a escribir el poema. Como escribe en su *Diario del artista seriamente enfermo*: «Una diminuta, brevísima inspiración, y se salta misteriosamente de no saber a saber».

Es interesante considerar aquí, con respecto a la composición del poema, los conceptos *invención* y *modo*, tal como los emplea Ben Jonson en «Timber». Invención —cuestión de ingenio— para dotar a la emoción de todo aquello de que, por ser apreciación subjetiva, carece. Y modo, obviamente, para que al leerlo llegue también a emocionarnos otra vez. Refiriéndose al modo, habla Jonson además de un tercer elemento, la *imitación*. La imitación no es, claro está, plagio bizarro, ni siquiera un juego de habilidades cultas; guarda más bien relación con la aptitud y el gusto para inscribirse en una determinada tradición poética, justamente aquélla en la que el poeta deseaba, y no en otra. De ese gusto y de esa aptitud participaba

Eliot, y Gil de Biedma hace otro tanto. Pero lo veremos con atención más adelante. Quedémonos por ahora con el vínculo que establece precisamente Eliot entre las preceptivas de Jonson y de Dryden acerca de la *invención, variación y elocuencia*, «que es el arte de vestir y adornar esa idea, hallada y variada, con palabras justas, significativas y sonoras». Estas funciones consecutivas se encuentran fácilmente en la práctica poética de Gil de Biedma.

La variación de la idea adquiere primordial importancia en el momento de concebir el poema. Es «lo que se lleva en la cabeza» durante tiempo, tal vez meses. La elocuencia, esas palabras justas, tiene que ver con el «poco de trabajo» de que habla en «El juego de hacer versos».

El recuerdo es la transformación de la experiencia. Y lo que se recuerda son imágenes y sensaciones, tan importantes en Gil de Biedma hasta el punto de ser omnipresentes:

«Mi recuerdo eran imágenes». El personaje de sus poemas se enfrenta a la vida. Pero, ¿a qué vida? A la pasada. Es interesante un análisis de José Luis Merino extraído de la entrevista mencionada: «las dudosas meditaciones sempiternas que justifican haber vivido para dejarlo escrito. En contradicción con esto último, en ocasiones parece que el poeta quiere vivir para no escribir; aunque a pesar de ello, una vez que ha vivido no le queda otro remedio (¿recurso?) que escribir su vida para volver a vivir aquello que no está seguro si vivió».

La poesía, el poema: son dos términos diferentes que remiten a conceptos diferentes. La poesía es algo que sabe el lector, que le incumbe a él. Sigue teniendo vigencia aquello que dijo Eliot: «¿Qué es la poesía? Ni lo sé ni estoy demasiado seguro de que me interese saberlo; o quizá sí lo sé, cuando no me empeño en definirla». El poema es algo que compete en exclusiva al poeta. □

# Protege la Creación

## Rechaza las copias ilegales.

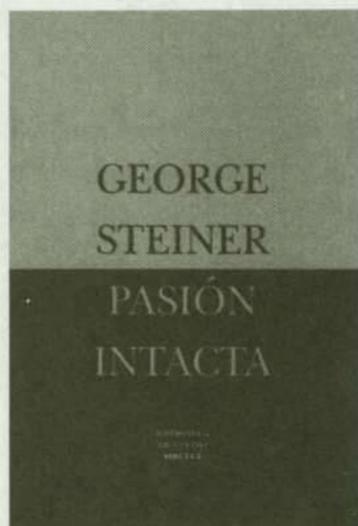
**Cada año se pierden cientos de ideas, de innovaciones, de horas de trabajo y sacrificio. Cada año se dejan de editar cientos de publicaciones por el uso indiscriminado de las fotocopias. Es un delito realizar copias ilegales, pero es mucho peor no dejar que nuestra cultura se desarrolle, que buenas ideas de hoy no vean la luz mañana. Colabora con la Cultura, aunque sólo sea por tus ideas.**

**La Cultura NO se copia.**

  
CEDRO  
Centro Español  
de Derechos Reprográficos

# El doble compromiso de Steiner

Javier Alfaya



PASION INTACTA

George Steiner

Traducción de  
Menchu Gutiérrez  
y Encarna Castejón

Siruela

Madrid, 1997

Si hay un pensador que da la impresión de estar perpetuamente empeñado en un inútil combate con el espíritu de trivialización que predomina en nuestro tiempo, es George Steiner. Tanto es así que a veces resulta irritante: su inmensa erudición queda en parte contrapesada por una inevitable pedantería de gran gurú de la literatura, su agudeza por su tendencia a resumir en unas cuantas líneas apodícticas el curso entero de una literatura. Resulta irritante su tendencia a no salirse apenas de ese particular canon de la literatura universal propio de las universidades anglosajonas. Canon del que Harold Bloom no es más que un continuador, pero que se remonta bastante más atrás en el tiempo, a los años en que Edmund Wilson, por ejemplo, publicó su célebre *Axel's Castle*, libro sin duda notable pero que reducía el panorama de la literatura occidental al ámbito de los más refinados productos *highbrow* británicos y franceses. Por no hablar del Leavis de *The Great Tradition*, que en el fondo es también otro intento de presentar un interesante y a la vez arbitrario canon. Sin embargo, pese a todas las críticas —y son muchas: hace poco leyendo un conjunto de ensayos de eslavistas británicos sobre Tolstoi me encontré con un durísimo comentario acerca del libro que reveló para muchos a Steiner, su *Tolstoi o Dostoiewski*, Steiner sigue siendo uno de los ensayistas más lúcidos, penetrantes y sugerentes de la segunda mitad del siglo, un escritor que puede irritar o conmovir, pero ante el cual es casi imposible sentirse indiferente.

Y eso es exactamente lo que ocurre con su último libro, una colección de ensayos titulada en español *Pasión intacta*, publicada recientemente en una espléndida traducción que firman Menchu Gutiérrez y Encarna Castejón. Diecinueve ensayos que vuelven sobre algunas de las viejas obsesiones de Steiner —precisamente *Lecturas, obsesiones y otros ensayos* se llama la versión española de un *reading* suyo (Alianza Editorial, Madrid, 1990), editado en inglés en 1984— y que podrían resumirse en su

desesperada lucha, que es a la vez más indistinguible de lo producido por los departamentos de promoción de los grupos editoriales con mayor presencia social y económica, del mandarínismo académico, y de la tendencia general de los medios de comunicación por reducir la complejidad de momentos fundamentales de la creatividad artística hasta reconvertirlos en materia digerible por parte de un público cada vez más desorientado intelectualmente. A Steiner le ayuda en su labor una soberbia capacidad narrativa, que anima incluso sus ensayos de tema más abstruso, y lo hace casi siempre legible aunque engañoso, puesto que la facilidad de ciertos momentos puede llevar al lector inadvertido a más de un chasco al comprobar que lo aparentemente claro, al cabo de unas cuantas páginas no lo es tanto.

En *Pasión intacta* nos encontramos con ensayos de una extraordinaria densidad, como «El lector infrecuente», «Presencias reales» —título de uno de sus libros más memorables—, «¿Qué es literatura comparada?» o «El texto, tierra de nuestro hogar», junto con otros más problemáticos como los dedicados a Simone Weil o Charles Péguy, trabajo este último donde aventura una interpretación del *affaire Dreyfus*, tal como lo vivió el gran escritor social-cristiano francés, que puede resultar discutible. Pero donde acaso Steiner va más lejos y resulta más estimulante es en el más extenso de los ensayos del libro, el titulado «Los archivos del Edén», que data de 1981, y que es una visión descarnada y luminosa acerca de ese fenómeno galopante de nuestro tiempo como es la progresiva (y al parecer inevitable) norteamericanización de la cultura. Profesor especialmente codiciado de las más prestigiosas universidades norteamericanas —Harvard, Princeton, Stanford, por ejemplo—, no por eso se empaña el rigor analítico y la desencantada visión de Steiner ante un modelo hegemónico de la democratización y «espectacularización» de la cultura, que termina por reducir a ésta a un papel de inofensivo (y a veces inoportuno) ornamento de la vida social. Steiner

ha negado el papel «civilizador» de la cultura —recuérdese, entre otros, su luminoso ensayo «En el castillo de Barba Azul»—, afirmando la profunda ambigüedad de ésta —que la barbarie del Tercer Reich coexistiera con la poesía de Rilke o la música de Bach, Mozart y Beethoven; que la obsesión de Stalin por elevar el nivel intelectual de las masas soviéticas no disminuyera su sádica persecución de artistas y pensadores disidentes—, lo cual le aleja definitivamente de la vieja idea liberal del progreso ininterrumpido, etcétera. Cultura y felicidad social, viene a decirnos, son términos contradictorios. Precisamente lo contrario de lo que afirman los propagandistas de la buena nueva de que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

Excesivo y precipitado en algunas de sus formulaciones, este obseso por el ministerio del lenguaje y, desde hace unos años, por la idea de trascendencia en la vida y en el arte, es un pensador al que es necesario leer porque es una de las escasas voces disonantes que quedan en este final de siglo miserablemente dominado por los conceptos de pensamiento único y de lo políticamente correcto. Discípulo de Lukács y de Sartre, de Merleau Ponty y de Lévi-Strauss, se sitúa en la línea de una herencia intelectual en la cual estética y moral no son términos que se contraponen sino que se esfuerzan por marchar siempre juntos. De ahí, de ese doble compromiso, le viene su interés y su necesidad. □

## Una hermosa resaca

Miguel Sáenz



### ES CUENTO LARGO

Günter Grass

Traducción de Miguel Sáenz

(Con la colaboración de Grita Löbsack)

Alfaguara

Madrid, 1997

Cuando un libro se convierte en acontecimiento, la crítica se desmanda. Y mucho más cuando es la propia crítica la que lo convierte en acontecimiento. En el caso de la novela de Grass, lo que pasó —hace ya dos años— es conocido: Marcel Reich-Ranicki, pontífice de la crítica literaria alemana, apareció en la portada del *Spiegel* partiendo el libro en dos..., hazañas nada despreciable, habida cuenta de sus casi ochocientas páginas. La destructiva crítica de Reich-Ranicki (en alemán se llama en sentido figurado *Verriss*, despedazamiento, a una mala crítica) era casi un prodigio de perversidad en forma de epístola: «Mi querido Günter Grass...».

Su opinión no fue, ni mucho menos, la única. Sin embargo, curiosa, o no tan curiosamente, el público alemán comenzó a comprar la novela a centenares, a millares, a centenares de millares..., y no ha parado hasta hoy. Más aún, la novela de Grass hizo que se disparasen las ventas de las obras de Theodor Fontane, el escritor del siglo XIX, relativamente poco conocido, en cuya vida se basa.

En España, Günter Grass suscita siempre grandes simpatías, por razones no claramente explicables. Sin duda su aspecto físico (esos bigotes) influye, pero influye mucho más su capacidad para comunicar con cualquier público y su postura de eterno enfrentamiento con el poder establecido o la injusticia tolerada, que hace vibrar las proverbiales fibras anarquistas del español. La crítica española —a diferencia de la francesa, en general entusiasta— se ha mostrado respetuosa con la novela pero algo reticente, aunque a veces haya dado la sensación de estar escribiendo sobre algo que ya sabía, o creía saber, y no sobre lo que había leído... o podido leer. El público español, en cambio, ha reaccionado muy bien, y en el momento de escribir estas líneas la novela va por su tercera edición. Ello no deja de resultar sorprendente, habida cuenta de que Grass no hace concesiones: ya en la segunda página inflinge al lector los nombres de una serie de héroes y heroínas de novelas de Fontane, entre los que el lector de a pie sólo reconocerá probablemente el de Effi Briest, y eso gracias a Fassbinder.

Lo cierto es que *Es cuento largo* es una novela ambiciosa y magníficamente escrita, a la que sólo se puede reprochar quizá su exceso de confianza en el lector. Grass, que mantiene excelentes relaciones con sus traductores, dijo una vez que jamás cambiaría una sola palabra de un libro pensando en la dificultad que pudiera suponer traducirla. Lo mismo podría haber dicho con respecto a sus lectores: él sabe que es muy posible que el lector medio (sobre todo el extranjero) no conozca suficientemente la historia de Alemania, ni sepa muy bien quién fue Fontane, pero le tiene totalmente sin cuidado, porque sabe que la literatura no es (sólo) información, sino otras muchas cosas, entre ellas (aunque no sólo) lenguaje.

Hace falta valor para hacer de la pareja protagonista del libro a dos hombres que han pasado ya la edad de la jubilación y no tienen atractivos especiales. Uno de ellos, Fonty, es un fanático de Theodor Fontane, cuya figura un tanto quijotesca («como de antes de ayer») recuerda física y hasta moralmente. El otro, Hoftaller, es un ser despreciable, un delator y un espía, pero, aunque trabaje para la *Stasi* o el servicio secreto de turno, siente un extraño afecto por Fonty, cuya vida, sin embargo, viene destrozando sistemáticamente desde hace años. Al describirlos, Grass rinde homenaje a Cervantes, pero también al Flaubert de *Bouvard y Pécuchet*. El texto que sigue —haciendo las trasposiciones necesarias— podía haber sido escrito muy bien por Grass: «Aparecieron dos hombres. / Uno venía de la Bastilla, el otro del Jardín de Plantas. El mayor, vestido de lienzo, iba con el sombrero echado atrás, el chaleco desabrochado y la corbata en la mano. El más pequeño, cuyo cuerpo desaparecía en una levita marrón, hundía la cabeza bajo una gorra de visera puntiaguda. / Cuando llegaron al centro del bulevar, se sentaron, al mismo tiempo, en un banco» (Flaubert).

Nada nuevo, pues. Pero el tema de Grass no es realmente esa pareja, sino el fondo contra el que la pareja se mueve: la República Democrática Alemana en el momento de la caída del Muro, y la posterior liquidación —por métodos expeditivos y más que discutibles— de todo un país. Se ha dicho reiteradas veces que Grass había escrito un libro en contra de la (re)unificación de Alemania, y él no se ha cansado de responder que Fonty es sólo

uno de sus personajes; que recordar los errores de la unidad alemana en 1870-1871 sólo puede ayudar a no repetirlos, y que, personalmente, jamás ha estado en contra de la unificación de Alemania de 1989 sino de la forma lamentable en que se hizo.

Se ha dicho también —Reich-Ranicki— que Grass es un nostálgico de la RDA y se atreve incluso a llamar a su régimen execrable «dictadura cómoda». Sin embargo, si algo resulta claro de su novela es la condena sin paliativos de un sistema capaz de destruir a las familias para un par de generaciones y de convertir a todos sus ciudadanos en informantes. Lo único que realmente dice Grass es que no todo lo que había en ese país, al que muchos millones de alemanes dieron su vida y sus ilusiones durante medio siglo, era pura chatarra.

En cuanto a la trama... No hay que esperar en ella tórridas escenas de amor, aventuras descabelladas ni sucesos trepidantes. Grass narra muchas cosas y las narra muy bien, pero todo en un tono sereno y en ocasiones casi sentimental. Si hubiera que señalar defectos en su estructura serían más bien las digresiones extraberlinesas que, en realidad, podrían ser viñetas arrancadas a otras obras: Theodor Fontane proyecta una sombra suficientemente poderosa sobre el texto como para no necesitar que lo acompañen además, de cuando en cuando, Heine, Gerhard Hauptmann, Heiner Müller o Uwe Johnson... Grass nunca ha tenido la virtud de la contención y esta vez le ha faltado quizá un lector editorial (un *Lektor*) menos amigo y más severo, que lo animase a dejarse en el camino un montón de páginas. No obstante, se comprende perfectamente la vacilación de ese *Lektor* en dar tajos a diestro y siniestro, porque la novela está inteligentemente ensamblada y escrita en la mejor prosa que hoy se escribe en alemán, y no sería fácil decidir por dónde empezar.

*Es cuento largo*... Lo es, efectivamente. Pero, ¿por qué leer dos o tres obras menores cuando, con el mismo esfuerzo y en el mismo tiempo, se puede leer una sola que realmente vale la pena? Hay quien ha escrito que este libro era tan alemán que difícilmente podría ser entendido en otros países... ¿Qué significa «entender»? ¿No es más sencillo disfrutar? Juan Goytisolo, por de pronto, no ha vacilado en elegir a esta novela su libro de 1997. □

PASADININTACTA

George Steiner

Traducción de

Mercèsa Urdalera

y Encarnat Cruzaga

Novela

Madrid, 1997

# Destinos equivocados

Soledad Puértolas



**LA HIJA DEL CORONEL**  
Martín Casariego  
Algaída  
Sevilla, 1997

Los lectores habituales de Martín Casariego se quedarán sorprendidos ante el nuevo giro que ha emprendido el autor con esta novela en la que se apuesta claramente por la descripción de los hechos, dejando al lector el último juicio de los mismos y la actitud de los personajes involucrados. El reto es aún mayor, tratándose, como se trata, de un texto que, aunque escrito en tercera persona, se subjetiviza frecuentemente, haciendo casi suya la perspectiva del personaje central, de forma que los hechos se nos presentan la mayor parte de las veces a través de sus ojos. Con todo, Martín Casariego evita asomarse excesivamente a su interior, para mantenerse en una línea objetivista que permita al lector el juicio imparcial.

El apoyo fundamental para este narrador que se propone manejar tan retadores hilos es el escenario, el ambiente; Melilla, una ciudad española y africana a la vez, una ciudad fronteriza, conflictiva, tensa, tiene en sí el suficiente poder de fascinación como para que narrador y lector caminen juntos sin esfuerzo y, por si fuera poco, los cuarteles de la Legión, con el mundo masculino que encierran, regido por normas tajantes, unas explícitas y otras implícitas, constituyen un espacio narrativo de indudable interés, también con su consiguiente poder de fascinación. La pasión, la violencia, las traiciones, la muerte, en suma, tienen allí su escenario natural, surgen de él como emanaciones, prolongaciones.

Y es aquí, a donde el protagonista de *La hija del coronel* huye, donde se refugia, huyendo de un amor no correspondido y, sobre todo, de una situación social insatisfactoria. El trauma social está en el origen de la novela y la sustitución del escenario —el campo por el cuartel, los valores estables de la sociedad española por los más ambiguos del espacio africano-español— da pie a otra sustitución mucho más esencial, a una suplantación. El protagonista cambia de nombre, de José a Julio, adquiriendo la personalidad y la historia de su viejo rival, el señorito rico que le ha quitado la novia. Este híbrido, este José-Julio o Julio-José es el verdadero protagonista de la no-

vela. La dualidad que habita en su interior es lo que generará el conflicto que empuja al drama, ya que estamos ante una novela dramática.

La pasión amorosa se inicia con el mero deseo de conquista, de posesión y disfrute físico, siempre con violencia, con urgencia, y luego se va transmutando en un deseo más esencial, como si se vislumbrara la posibilidad de redención, de aceptación de la suplantación, del engaño, de la impostura, la aceptación, en fin, de los deseos más contrapuestos, ser al mismo tiempo el yo y el otro. Pero quizá esto sólo se dé en las películas de Fellini, en los sueños. José-Julio o Julio-José está tan atrapado en su propio engaño que toda su lucha resulta una pérdida de energías y un error. El narrador nos indica con leves señales que el destino del protagonista ya está, en cierto modo, escrito, y que la rebelión va a ser inútil y desgarradora.

La pasión, que surge dentro de la violencia y asfixia del ambiente legionario, no puede resultar una vía de salida, sino un camino de ida y vuelta, un conflicto más. La pasión rebota contra las paredes y los muros del cuartel, complicando aún más el entramado de alianzas, simpatías, enemistades, traiciones, que rigen las relaciones entre los legionarios.

En ese intrincado mundo masculino, el protagonista encuentra un aliado, un amigo, el sargento Carcelén, «Mijo», estableciendo con él una relación filial-paternal. Carcelén le protege, le distingue. Pero esta alianza íntima no basta para detener el drama, y la violencia ambiental acaba por apoderarse cruelmente de todo, dando pie a eficaces y terribles descripciones de torturas y vejaciones.

Nadie saldrá incólume de estos episodios, ni el protagonista ni el lector. Creo que el lector rechaza aún con más fuerza que José el cruel comportamiento de sus camaradas enamorados de la muerte, pero ya es evidente, una vez que el drama ha estallado, que la dualidad interna del protagonista no puede sostenerse, que José se ha impuesto sobre Julio y que no es capaz de asumir este debilitado «yo» del que ha estado hu-

yendo desde las primeras páginas de la novela, quizá desde las primeras páginas de su vida.

Muchas son por tanto las reflexiones morales que se desencadenan en la mente del lector una vez finalizada la novela. Captamos la existencia de la violencia en todas las relaciones personales, expresión de un indomable deseo de posesión irracional, casi animal. Y, en consecuencia, una incapacidad de trazar los límites de la persona, de definir ese yo sin el cual la vida se confunde y se pierde. Sólo en una atmósfera de igual violencia, una atmósfera que sea el reflejo de la desmesurada marea interior del protagonista, podrá mantenerse la impostura forzosísima del yo, pero, finalmente, la violencia exterior agudizará el conflicto interno y todo saltará por los aires, reducido a añicos, sin dejar ni un solo pedazo de sueño.

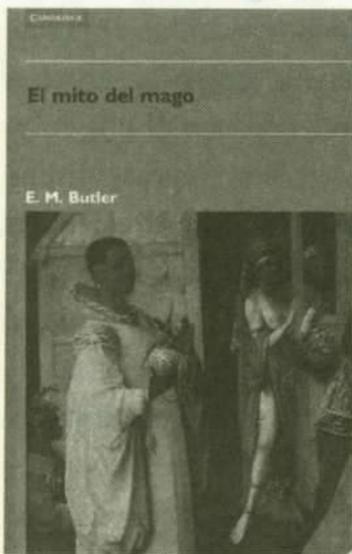
La violencia, en fin, aboca en la muerte, en la destrucción total, y los legionarios, los novios de la muerte entre quienes el protagonista se refugia, no hacen sino acelerar el proceso. La muerte es el destino. Pero esto ha sido así porque José no ha sabido hacerse un destino propio, ha caído

en la trampa terrible de querer vivir un destino ajeno. Al huir de sí mismo, se ha enredado irremisiblemente en una cadena de errores, porque no le está permitida la huída feliz.

Y es aquí donde quizá el lector se pregunte si ese destino, huir de uno mismo y enrolarse en la Legión, hubiera sido el destino de otros o es, simplemente, un destino imposible, un destino equivocado. Y habiendo conocido a los novios de la muerte un poco de cerca se tiene la impresión de que éste ha sido un destino equivocado para todos, como si allí, en el cuartel, se hubieron reunido todos los que no podían elegir libremente su destino, los que optaron por un camino de trampas y errores que inevitablemente acaba en violencia, en muerte. Los cuarteles de la Legión, situados dentro de la extraña ciudad fronteriza que es Melilla, parecen pertenecer a una pesadilla. La vida que en ellos se desarrolla no corresponde a nadie. Martín Casariego ha descrito, con un atrevimiento, vigor y eficacia admirables, esa pesadilla que a veces se nos cuela en la realidad, suplantándola. □

## El doctor Fausto en el templo de la sabiduría

Marcos-Ricardo Barnatán



EL MITO DEL MAGO

E. M. Butler

Traducción

de Menchu Gutiérrez

Cambridge University Press

Madrid, 1997

Giordano Bruno subrayó que mago es un sinónimo de sabio, como eran los «trimegistos» de Egipto, los «druidas» de las Galias, los «gymnosofistas» de la India, o los «magos» en Persia desde Zoroastro, los «sophi» en Grecia o los «kabalistas» de los judíos. También equivale a hacedor de maravillas, cuando se trata de practicantes de «magia natural», aunque clasifica muchas categorías más entre las que destaca la «magia de los desesperados» de carácter absolutamente diabólico. Para Bruno —el gran ausente de este libro ya clásico de la señora Butler— los magos han constituido a lo largo de la historia el Templo de la Sabiduría (Oratio valedictoria. Wittenberg, 1588, citado por Ignacio Gómez de Liaño en su excelente edición de Bruno:

*Mundo, magia, memoria* Biblioteca Nueva, Madrid, 1997) primero por los egipcios y caldeos, luego por los persas e indios, para pasar a Tracia con Orfeo, a los griegos con Tales y otros sabios, al latino Lucrecio y por fin a los germanos Alberto Magno, el Cusano, Copérnico o Palingenio. Y en esa genealogía se inscribe el propio Nolano, cuya obra «mágica» ha sido reconocida tan importante como la filosófica.

Para la autora de *El mito del mago* el sentimiento mágico es uno de los productos más poderosos de la mente humana, una fuerza que ha sido capaz de movilizar y cambiar las conductas de los hombres como ninguna otra, y que conservaba su vigencia hace medio siglo, cuando fue escrito este libro que ahora se

publica en España. Se trata de un viaje por las sabidurías ocultas e incluso por las aparentemente menos ocultas, centradas en las figuras de sus profetas, chamanes y brujos. Estos magos, que con injusta generosidad engloban a personajes tan diferentes como Zoroastro o Madame Blavatsky, Cristo o Rasputín, Pitágoras o Moisés y Salomón, aparecen como la encarnación de un mismo esquema estructural, como si los deseos y las aspiraciones populares exigieran unas vidas, con todo su dramatismo individual —que la Butler sabe poner en valor— pero con un guión fijo y común. De alguna manera la autora, adelantándose al gran auge del estructuralismo y la deconstrucción, descubre esa estructura común a todos ellos, de la misma manera que Wladimir Propp lo hizo con los cuentos tradicionales rusos o Harold Bloom con los mitos literarios bíblicos.

El héroe ritual, el brujo mítico que funda doctrinas, tendrá, nos dice, un origen sobrenatural o misterioso, y su nacimiento ocurrirá en medio de prodigios naturales, su infancia se verá amenazada, saldrá de ella gracias a un episodio iniciático. Su vida espiritual se funda en el viaje y la peregrinación, incluyendo la estación en el Infierno, y su revelación y su capacidad para producir milagros, se sigue de un duelo mágico, aunque sea simplemente retórico. Sufrirá persecución y juicio, y a consecuencia, una muerte violenta, misteriosa. Pero resucitará, y ascenderá a los cielos, porque el mito no puede morir, el ritual lo repite indefinidamente y la recreación ritual lo devuelve a la vida, como nos explicó Mircea Eliade.

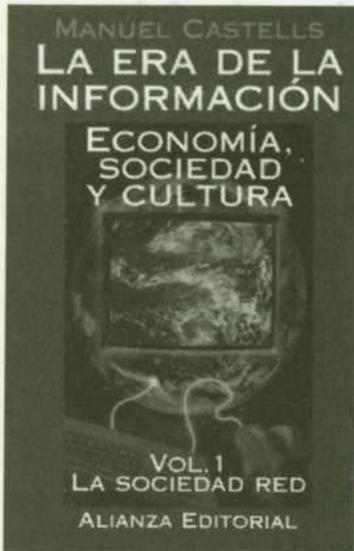
Este modelo o plantilla de la Butler tiene aplicaciones muy diversas, que ella no toca, que van desde los mitos políticos contemporáneos: Eva Perón «Volverá y será millones», Che Guevara; a los creados por los *fans* de cantantes mitificados que van desde Carlos Gardel a Jim Morrison (Elvis Presley, que niegan hasta hoy su muerte, aunque sus tumbas sean paradójicamente las más visitadas por sus particulares peregrinos.

Negar la muerte. Negar la vejez y la enfermedad. Negar lo natural, con la presencia obvia de lo sobrenatural. Ahí está la última razón de ser de los magos, del sentimiento mágico, y la última razón también de este libro, guiado sobre todo por la investigación del mito de Fausto y de lo faústico, y sus manifestaciones a lo largo de la historia. Porque la Butler, consciente del peligro estructuralista, que consiste en negar la historia por la vía incesante de la repetición de la estructura, sigue, al mismo tiempo, criterios históricos. Así, estudia en primer lugar esa larga fase que se abre con los magos y Zoroastro y se cierra con Cristo, y que incluye a los hombres santos del judaísmo y a los sabios griegos, para continuar con la «edad de hierro» de la magia y su refugio en la clandestinidad durante el Medievo cristiano, para terminar con ese retorno de los magos al calor del Romanticismo, de las modernas libertades, y en paradójica contradicción con las luces de la Razón.

La autora escribe siempre desde un escepticismo no sectario, desde la posición de la antropóloga. La magia, las sectas, las herejías, las sociedades secretas y las religiones, son vistas como una misma familia, y sus profetas, sus magos interpretados como fenómenos paralelos, sucesivos en el tiempo, de igual a igual. Esta neutralidad puede ser a veces contaminante, porque en su afán de no tomar partido pone en un mismo nivel de importancia asuntos muy dispares. Con todo, al evitar cualquier apología dentro de un respeto general a todas las creencias, matiza su escepticismo. «La naturaleza de la evidencia —dice— carece de valor desde un punto de vista crítico», y sin embargo, es precisamente la creencia misma, el fenómeno de la creencia lo que mueve todo su trabajo, la gran incógnita que sigue en pie, misteriosa y magnífica, cuando acaba su lectura. Porque «cuando se trata de investigar sobre la brujería, la magia o su gran pariente, la religión, la única base verdaderamente sólida sobre la que nos movemos es su tenaz e inamovible presencia en la mente de los hombres». □

# La mente del ordenador

Miguel Angel Molinero



**LA ERA DE LA INFORMACIÓN**  
Vol. 1: La sociedad red  
Manuel Castells  
Alianza  
Madrid, 1997

Que la explosión de las tecnologías informáticas, en un sentido amplio, es uno de los rasgos esenciales en el dibujo del rostro de nuestra época, es un postulado irrefutable. Los esfuerzos de la teoría interdisciplinar tratan de establecer el grado de cambios sociales que introduce su utilización universal y generalizada. En este terreno de avanzada es pionero este catalán transterrado, Manuel Castells, siempre a la búsqueda de ámbitos académicos y científicos más exigentes que el nuestro, en Francia y Estados Unidos. Vaya por delante la admiración que suscita su ambiciosa trilogía sociológica sobre las mutaciones debidas al «informalismo», en su propia terminología, de la que ahora aparece el primer volumen, dedicado desde el título a una de sus nociones centrales: *la sociedad red*. Un conjunto refrescante de ideas, íntimamente trabadas entre sí, que ha llegado a los lectores españoles a través de sus periódicas apariciones como articulista en la prensa escrita.

Incluso si se disintiera parcialmente de algunas de sus conceptualizaciones, no se puede dejar de valorar la enorme altura del empeño, la vastedad de datos estadísticos, económicos, proyección de tendencias sociales, lúcidas observaciones, que se confrontan a cada formulación teórica. Especialmente digno de elogio es su espíritu ecuménico, muy alejado de cualquier visión eurocentrista o meramente «occidental». En tiempos de globalización de los flujos del dinero y la transmisión de conocimientos de un lugar a otro del mundo en tiempo real instantáneo, es esencial tener una perspectiva del Oriente asiático, la cuenca del Pacífico que, con crisis incluidas, protagoniza una de las áreas de modernización de más vertiginoso desarrollo. No es extraño que una figura de la autoridad de Alain Touraine pronostique que este trabajo «será un clásico del siglo XXI», y que su aliento se compare al de Max Weber.

En ocasiones se puede apreciar en la obra de Castells una visión cuasi profética, que le emparenta directamente con el gran McLuhan, que se desprendió de la galaxia de Gutenberg mientras acuñaba las ideas inaugurales de la era de la televisión: en la aldea global, el medio es el mensaje. Nuestro sociólogo pretende algo muy semejante; describir cómo los múltiples usos del ordenador han cambiado radicalmente nuestra manera de vivir y aún de percibir la realidad, de manera que hemos saltado de la revolución industrial a la informacional a partir de los años ochenta. Según la nueva ley, «el poder de los flujos tiene prioridad sobre los flujos del poder». Fuera de la Red pueden quedar condenados a la exclusión individuos, clases sociales, ya apartados de toda lógica «nacional», y también países y hasta continentes.

Desde entonces vivimos inmersos en un mundo virtual, en el que actúan agregados electrónicos, *la red*, que han cambiado las bases de la economía, la sociedad y la cultura, tal como se las conocía anteriormente. Todo un proceso no solamente nuevo, sino que se despliega ante nuestros ojos, y carece aún de los efectos tranquilizadores de la sedimentación, rodea de riesgos exponenciales la tarea de describirlo con «ideas claras y distintas». Sin arredrarse por la magnitud del reto, Castells traza una línea de oposición entre las regiones, países y segmentos sociales que avanzan y los que retroceden, justamente en virtud de su capacidad para utilizar de manera eficiente la ingeniería social que aporta la tecnología de tratamiento del conocimiento y la información.

Según él, en la pasada década tienen lugar dos gigantescos intentos de *perestroika*, o reestructuración; mientras el capitalismo tiene éxito en el suyo, fracasa el modelo estatista soviético, justamente por su incapacidad «constitutiva», como sociedad y articulación del poder, para aplicar las exigencias de la

«nueva palanca» que abre el futuro. Sin duda se trata de afirmaciones discutibles; que el colapso del comunismo no tenga tanta relación con su doctrina o su práctica, y sí con su incapacidad de alumbrar una versión de «socialismo cibernético», no satisfará a muchos, que preferirán considerar la compleja arquitectura que configura un modelo social que difícilmente se alza o se desploma por una *causa única*.

Y por seguir con el afán simétrico del autor, el triunfo del «nuevo capitalismo de los computadores» no se puede discutir por abandono del rival de la escena, pero es mucho menos claro si se compara con sus propios logros anteriores, durante el largo y muy próspero ciclo keynesiano, que propugnaba la intervención selectiva del Estado en la articulación de la demanda.

Posiblemente, las mayores diferencias de interpretación entre distintos analistas se dan en la evaluación de lo que significó, en los años setenta, el punto de inflexión en el crecimiento sostenido mundial provocado por la crisis del petróleo. Para Castells, que se adscribe así a una cierta ortodoxia, «la crisis real de la década de 1970 no fue la conmoción de los precios del petróleo, sino la incapacidad del sector público para seguir expandiendo sus gastos». Con igual o parecida legitimidad se puede sostener otra tesis, si se piensa que Estados Unidos ha tardado veinticinco años, un cuarto de siglo, en recuperar las bajas tasas porcentuales de paro de los primeros años setenta, aunque haya crecido el número neto de empleados por la mayor incorporación femenina. Por algo habrá sido.

A las continuas apelaciones al «mundo nuevo» ya que no feliz, engendrado por los incuestionables avances de la técnica en la era de la información, se les podría aplicar una visión económica neoclásica, que rebajaría apreciablemente sus cantadas virtudes taumáticas de panacea. En efecto, desde la experiencia empírica, lo cierto es que la utilización

masiva de procedimientos informáticos ha coincidido en el tiempo con un largo periodo recesivo para los países más ricos, que se solapa parcialmente si se consideran datos del PIB o comercio mundial.

Se puede argumentar, como hace Castells de modo consciente, que no se ha probado el impacto de las nuevas tecnologías en la destrucción de empleo, la tentación *neoludita* que agita a los visionarios del fin del trabajo, cuando lo cierto es que ha crecido en cómputo total. Asegura que «la tecnología de la información, por sí misma, no causa desempleo, aunque reduce obviamente el tiempo de trabajo por unidad de producto». Pero no resulta tan concluyente achacar los altos índices de desocupación de la UE a una «especificidad europea» de mayor resistencia sindical o adhesión al Estado de bienestar, y considerar con fatalismo resignado las bajadas salariales, disminución de renta familiar y dualismo social, jinetes del Apocalipsis que acompañan al vigor norteamericano y, en menor medida, británico.

No es imposible que la recesión petrolífera haya sido la causa de fijar la prioridad del capitalismo de nuestros días en la continua reducción de costes, incluidos los humanos, y en este capítulo, que no es irreversible, haya contado con el auxilio inestimable de los artilugios de la era informacional. Por otra parte, resulta evidente que pese a su contribución al aumento de la productividad, ha sido incapaz, hasta el momento, de cambiar la tendencia de menor crecimiento, lo que desdice para que se le considere como factor esencial en el universo económico.

Castells traza un retrato vigoroso, que no se puede reducir por su complejidad, plagado de sugerencias e incitaciones al debate y la discusión; una sociedad cambiante, en la que *si no estás en la red no existes y cuyo espejo es Internet*. El suyo es un trabajo absolutamente recomendable para no perderse en las autopistas de la modernidad. □

# Correspondencia

## Nueva York



## Eliot Weinberger

De puro aburrimiento, Kafka anota en su diario, se lavó las manos cinco veces sucesivas. Vivió en una era previa a MTV. Hoy día los aburridos, los deprimidos, los fatigados, los desconcertados y los apenas indispuestos pueden fijar la vista en una serie incesante de imágenes extrañas e impresionantes que centellean vertiginosas, con personas mucho más atractivas que las presentadas en nuestros sueños. (¿Para qué molestarse en dormir?) La transgresión de ayer es el decorado de hoy: MTV es *Un perro andaluz* con el presupuesto de una empresa internacional y a la velocidad de la luz; un gabinete de rarezas del tamaño de Xanadú.

De puro aburrimiento y con las manos limpias, sintonicé MTV dos veces en las últimas semanas y las dos me decepcionó descubrir que el ensueño entrecortado de los *videoclips* había sido sustituido con pro-

gramas progresivos y convencionales. El primero era una comedia que presentaba a una joven bonita, aunque nada singular, en el papel de abogada. Entra a un salón de reuniones lleno de *yuppies* con traje, hombres y mujeres sentados a lo largo de una mesa lustrosa y vomita en el acto tan continuada y abundantemente que la mesa queda cubierta por entero. Imperturbables, sus colegas proceden a extraer trozos con los dedos identificando los restos de ciertos platillos de diversos restaurantes elegantes. (No vimos nada más aquella tarde.)

Unas noches después fijé la mirada de nuevo, esta vez en el autobombo anual de los «Premios MTV». El sexo, el baile o el pasárselo bien —antes aspectos intrínsecos al *rock & roll* como la amplificación o el *double entendre*— al parecer se han abandonado del todo. El tema central era la mutabilidad: homenajes lacrimógenos a estrellas del *rap* que habían sido asesinadas un año antes, e ineptas referencias humorísticas al hecho de que casi ninguna de las estrellas presentes había sido conocida el año anterior y sin duda serían olvidadas un año después. El tema secundario eran las excreciones: se presentó un popular conjunto de cantantes sinuosas sentadas en retretes, y los chistes sobre el vómito, nada memorables, fueron implacables. Pronto comencé a advertir vómito por doquier; mucho más vómito en la televisión, en el cine o en las novelas más recientes que el que se distingue por lo regular en la acera.

La explicación más simple es que MTV, como toda cultura popular, está oprimida en dos flancos. Las imágenes se agotan aprisa y han de abastecer sin tregua a un público apático y hastiado, en su mayoría adolescente, que exige más atrocidades. La extravagancia, sin embargo, se restringe severamente debido al ecosistema moralizante que rige la televisión en Estados Unidos: las pequeñas jaurías de quienes obedecen los designios divinos hacen presa de los legisladores (que deben camuflarse con posturas enérgicas sobre asuntos alejados de toda polémica a fin de obtener la reelección) y las empresas (cuyos anuncios sostienen la televisión y por tanto están obligados a atraer al mayor número de posibles compradores en potencia sin repeler a ninguno). El sexo, en MTV, en esta tirantez entre la atracción y la repulsión, ha alcanzado en lo fundamental el límite de la insinuación. Para perpetuar las tentaciones de lo prohibido, de los tabúes que se transgreden y para impedir que los chicos cambien de canal, la emisora ha de depender de funciones corporales igualmente fascinantes aunque menos apetecibles; de aspectos del cuerpo frente a los cuales, por extraño que parezca, los moralistas son indiferentes.

La explicación más compleja de esta manifestación de lo digerido a medias es que a partir de que la juventud se apartara de la sociedad de los adultos, poco después de la Segunda Guerra

Mundial, y se convirtiera en una cultura propia aunque paralela, ha sido un indicador confiable de la sociedad en su conjunto. La exageración de sus respuestas y acciones no sólo son nuestros canarios en las minas de carbón sino a menudo versiones extremas de lo que es o será la norma. El vómito se ha vuelto una preocupación adolescente, no sólo en cuanto espectáculo sino en tanto obsesión: un prevaleciente desorden psicológico entre las adolescentes de los países industrializados. La bulimia es una respuesta tan violenta como razonable: en esta sociedad, ¿qué se puede hacer sino echar las entrañas?

Durante los últimos veinticinco años, aquellos que no son pobres en el Primer Mundo se han visto sitiados por las fuerzas de producción. Sólo en las artes, las tiendas de discos tienen en sus existencias cientos de miles de unidades; la tienda de videocintas de la esquina tiene diez mil películas; la televisión de mi ciudad ofrece setenta canales; el *Directorio de poetas* de Estados Unidos registra a unos siete mil, todos al parecer vivos y publicando; hay un sitio en la red que vende un millón de libros y otro con cuatro millones de títulos agotados; la cantidad de galerías, teatros y conjuntos de música y danza en una gran ciudad cualquiera nos invita a quedarnos en casa a contemplar el vacío. Hace unos días precisaba de cierta información sobre un escritor muerto hace diez años: la biblio-

teca tenía doscientos estudios críticos por extenso y miles de artículos; la búsqueda en la red dio un listado de siete mil sitios en los que se citaba el nombre del escritor. Decidí llevar mi curiosidad a otra parte e intenté recordar a alguien que hubiese sido olvidado por completo.

Uno de los resultados de este exceso en todos los órdenes de cosas es que el amante de una materia en particular —digamos poesía o cine— es muy probable que no haya leído los mismos libros o visto las mismas películas que el resto de los entusiastas. No hay nada de qué hablar cuando se reúnen. Esta falta de conocimiento compartido o de asunto de interés mutuo —no de una «tradición», sino de una noción de lo contemporáneo, de lo que se produce en el presente inmediato, ya sea para defenderlo, modificarlo u oponerse a ello— no tiene precedentes. Acaso sea lo único verdaderamente nuevo.

Esto implica, en las artes, que es casi imposible obtener resonancia alguna. La primera edición de *La tierra baldía* sólo constó de quinientos ejemplares, pero transformó la poesía de varias lenguas y fue referencia, elogiada o denostada, de todos los lectores de poesía moderna. Esto se ha vuelto inimaginable: el último libro que produjo un efecto internacional inmediato en la literatura en general, *Cien años de soledad*, se publicó hace treinta años, justo antes de esta Era de la Proliferación.

También implica, para el creador artístico, que producir conlleva la decisión asumida de no consumir, aunque sea por un momento; de proclamar con arrogancia el derecho o la necesidad de situar solemnemente su hojita en esta selva tropical. En la población ordinaria la sensación de desamparo en me-

dio de la multiplicación de la humanidad y sus productos ha llevado, entre otras cosas, a la creación de identidades de grupo, las cuales no son sólo afirmaciones comunitarias e individuales frente a la desintegración de las unidades sociales tradicionales sino también un medio, por involuntario que éste sea, de mantener la dimensión humana del consumismo. La afiliación religiosa, en su modalidad más estricta, divide con claridad buena parte del mundo entre lo aceptado y lo tabú. Los defensores monolíticos de la identidad étnica o sexual pueden ocuparse alegremente de la labor de sus aliados y olvidar desvergonzadamente a los demás. Destinadas —en sus aspectos constructivos— a suprimir las peores variantes del provincianismo, las identidades de grupo buscan refugio en un nuevo provincianismo del mundo cosmopolita: el sueño de una vida más ordenada y orientada en la que se sabe qué se quiere descubrir y saber.

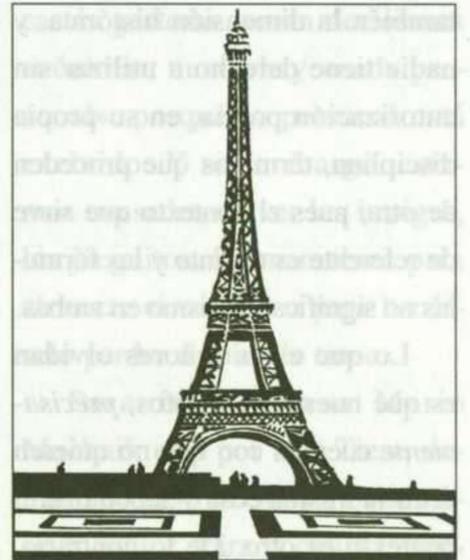
A los demás sólo nos queda atiborrarnos y vomitar para atiborrarnos de nuevo. No es el vómito de los banquetes romanos, parecido al *potlatch* de los indios norteamericanos: ostentación de riqueza o poder por medio de la mayor exhibición de derroche posible. Este es un vómito culpable, el vómito de una bulímica, que bien puede ser el emblema de la era.

En los estudios psicológicos la bulimia de las adolescentes se considera por lo general una de las respuestas destructivas ante las percepciones de insuficiencia (*Soy tonta, fea, gorda*); de vergüenza (*Mi familia es pobre; me han sometido a abusos sexuales*); y de fracaso (*No obtengo buenas notas, no tengo amigos, no conozco chicos...*); así como una estrategia de elusión (*...por lo tanto, no voy a intentarlo*).

Apenas traducidas, estas son las sensaciones de casi todos ante la superproducción de Occidente: *He consumido demasiado; es imposible seguirle el paso a todo lo que hay que consumir; siempre me equivoco al consumir; soy demasiado tonto o estoy mal informado para saber qué he de consumir; he consumido demasiadas cosas fallidas; es demasiado, así que no consumiré nada...* El consumidor occidental vive preso en la culpa de exceso, del vértigo de las opciones, de la identificación al elegir (en el inglés actual de Estados Unidos uno de los modos de decir «me gusta el espagueti» es «*I am a spaghetti person*», «soy persona de espagueti»), de las dudas sobre la identidad vista a través de las preferencias, de la creencia constante de que se ha optado por la opción equivocada (la marca de la reproductora de vídeo, el color de la pintura para la pared, el sofá, el amante o la esposa) pues hay muchas otras.

El atractivo de los medios de comunicación siempre ha estribado en que presenta lo que no somos y quisiéramos ser: vivir en la abundancia, la aventura y la pasión. Las imágenes de vómito que aparecen cuando se pulsa nerviosamente el mando a distancia no sólo se nos presentan en cuanto novedades grotescas para que hagamos una pausa en determinado canal y su propaganda. Sino porque quisiéramos despejar el lugar, hacer sitio, erradicar todo lo que está a medio digerir en nuestra cabeza, frenar por un momento el consumo interminable y sus ansiedades concomitantes, conocer de nuevo la sensación de hambre y la de satisfacción. Miramos a gente echar las entrañas porque deseáramos poder echarlo todo a un lado —incluso las imágenes de gente vomitando. □

## París



## Rada Ivekovic

Sokal y Bricmont son dos científicos que han publicado un libro sobre el foso que separa las ciencias «duras» de las ciencias «blandas», es decir, de las ciencias humanas, la filosofía, el psicoanálisis, etcétera. Los autores están furiosos porque estos filósofos, franceses en la mayoría de los casos, utilizan, en sus propias obras, fórmulas matemáticas o una terminología procedente de la física o de la química para exponer y analizar sus conceptos. Según Sokal y Bricmont, carecen de formación científica pero aún así se permiten emplear, y con frecuencia de la manera más equívoca, términos que no comprenden. Por tanto, deben ser descalificados, y los autores les acusan de ser simples charlatanes.

Estos charlatanes (como Lacan, Barthes, Foucault, Deleuze, Derrida, Irigaray, Serres, etcétera) evidentemente son juzgados como tales a partir de criterios que pertenecen a las ciencias exactas. Criterios intolerantes y exclusivos por añadidura, puesto que únicamente los científicos («duros») sabrían qué es la ciencia, qué es el saber. Hay que echar al cubo de la basura,

por tanto, la metáfora, las analogías, la narración, de alguna manera también la dimensión histórica, y nadie tiene derecho a utilizar sin autorización previa, en su propia disciplina, términos que proceden de otra, pues el contexto que sirve de referente es distinto y las fórmulas no significa lo mismo en ambas.

Lo que estos señores olvidan es que nuestros filósofos, *precisamente* cuentan con que no quieren decir la misma cosa y saben que el contexto es otro. De lo contrario, se hubieran dedicado a las matemáticas y a la física. De esta diferencia, y a la vez de la imbricación de las disciplinas resultante de la aplicación de una terminología que procede de otra rama del saber, es de donde surge ese efecto que hace que el conocimiento se dispare, que nos impulse hacia adelante. Cuando se trata de las ciencias humanas, los especialistas no se hacen ilusiones de llegar a verdades definitivas. Y, por lo que sabemos, en las ciencias exactas tampoco. Pero las ciencias exactas tienen la particularidad de no poder volver la mirada atrás sobre sus propias condiciones de desarrollo sin recurrir a las ciencias humanas.

Y así es como, en muchos aspectos, Sokal y Bricmont invierten la situación que critican: resulta incluso sorprendente ver hasta qué punto, al tiempo que han leído a los filósofos que critican, permanecen impermeables a toda especulación, hasta qué punto muestran su total ignorancia sobre los procedimientos y fines de las ciencias humanas.

Un aspecto importante de este malentendido procede del contexto norteamericano, en el que se sospecha que toda la filosofía europea está contaminada de cierto relativismo político, y por tanto mantiene alguna forma de alianza con la derecha. Ello significa no tener en cuenta el efecto crítico y saludable de cierto escepticismo existente en

el seno de toda reflexión filosófica surgida de corrientes no-positivistas. Y éste se refleja igualmente en la forma de aproximación, los métodos y la elección de los instrumentos de trabajo. El hecho de tomar prestadas metáforas de la física (o más bien, hacer metáforas a partir de «verdades» físicas provisionales) no es por tanto una simple máscara, sino que supone una elección precisa y ciertamente política de transgredir las fronteras (en todos los sentidos), y lo que cuenta es justamente la forma de acercarse a ellas.

¿Las fronteras? A propósito, el 12 de octubre pasado una ONG estableció una «frontera» entre la Île Saint-Louis y la Île de la Cité, en pleno centro de París. Las personas que querían pasar el puente para dar un paseo estaban obligadas a rellenar formularios incomprendibles, someterse a un breve interrogatorio que les hacía sentirse como sospechosos y mostrar sus documentos. Algunos eran «rechazados» temporalmente. Se trataba de sensibilizar a la población con respecto a la condición de los refugiados y de los inmigrantes. Yo, que todavía estoy obligada a conseguir permisos de residencia cada tres meses (desde 1991), saludo con regocijo esta demostración llena de humor y de sentido común. La ironía quiso que saliera de mi patria para no sufrir otras fronteras, las fronteras «étnicas». Observé que afortunadamente, sin embargo, a estos viandantes no les hacían tomas de sangre para determinar su grupo sanguíneo, y que el criterio de la frontera parisina no era tampoco económico-político, como lo es Europa, que cada vez parece convertirse más en una fortaleza. Pero este juego podría despertar la conciencia a más de uno cuyo pasaporte o semblante nunca hicieron fruncir las cejas a un policía.

□

## Madrid



## Rosa Pereda

El proceso de concentración editorial tendrá sus ventajas, no digo que no. Mostraba, parece mostrar, uno quisiera que mostrara, esa cara de lo necesario que nos enseñan a veces las concentraciones parcelarias, las reformas agrarias: la racionalización de la producción, las facilidades en la comercialización, la economía de medios, en fin. Pero, como en muchas reformas agrarias, el peligro es el monocultivo, que ya se probó en la isla de moda —léase Cuba— y que termina por ser un completo desastre, una verdadera ruina... No digamos cuando se siembran y se laboran materiales tan inflamables como el papel impreso, las palabras, las ideas, en fin. Entonces, el proceso de concentración editorial, que parece ir con los tiempos en este estadio llamado de economía global —globalización es la palabra del día— muestra su rostro más feo: uniformización, monocultivo. Cultivo de lo que finalmente tendrá que terminar por ser el pensamiento único —gracias, señor Estefanía. Sin olvidar que presenta también, irremediablemente, un rostro sin alma.

Viene todo esto a cuento en un intento de analizar, de explicarme, el acontecimiento que ha conmocionado al mundo de la cultura en los últimos meses: el despido —y creo que a las no renovaciones de contrato unilaterales se les puede llamar así— del editor Mario Muchnik, y la desaparición de su sello en el grupo Anaya.

Vaya por delante que Mario es amigo antiguo, y vaya también por delante que algún otro amigo tengo en el grupo Anaya. Si de intereses se tratara, igual tendría que callarme, y escribir en estas páginas sobre cualquier otro tema; pero la reflexión, cuando desaparece un sello editorial, es obligada para quienes tratamos de pensar un poco el mundo en el que estamos. Y vaya este punto de partida porque es la obligación del crítico cultural, no porque mi real libertad necesite justificación alguna. La historia no ha sido contada hasta ahora, como si las decisiones que toma un Consejo, por supuesto soberanas, cuando tienen repercusiones públicas no pudieran o no debieran ser puestas en público. A primeros de 1991, Mario Muchnik entró a formar parte del grupo Anaya con un contrato de participación como socio industrial; y de alta dirección, con su propio sello, Anaya & Mario Muchnik, y una duración de cinco años. La sociedad entre el grupo y el editor se disolvió, a instancias de Anaya, cuando expiró este plazo, y fue sustituida por un contrato de alta dirección y carácter laboral, con una duración de dos años, del que desaparecían las cláusulas de «blindaje», fueran éstas las que fueran. El 1 de noviembre del 97, al terminar el plazo, el contrato no fue renovado unilateralmente por Anaya.

Esta no renovación le fue anunciada a Mario Muchnik, como decisión del Consejo, por el director de División —estos lenguajes militares que usan las empresas— el viernes 24 de octubre, precisándole la necesidad de vaciar su despacho antes del 1 de noviembre. El 27, el director general del grupo se lo comunicó oficialmente, que se le dice que el grupo desea continuar la colaboración, quizá desde el exterior, para lo que comenzarán las conversaciones a partir del 1 de noviembre. Estas conversaciones no se han producido nunca.

Esto es, muy sintéticamente, lo que, desde mi perspectiva, ha visto Mario Muchnik. Esto, y lo que según él ha sido lo más importante del proceso: la solidaridad de las personas que le han llamado, que le emociona y según sus palabras le llena de valor.

Lo que el mundo de la cultura ve se manifestó en una carta que firmamos un centenar de intelectuales, artistas y editores, y de la que dio escueta noticia el diario *El País* el 24 de diciembre. Lo que el mundo de la cultura ve es que Muchnik no es un editor cualquiera: es un editor con un programa coherente, lo bastante flexible como para adaptarse a las circunstancias empresariales, pero guiado por una idea clara de lo necesario en el mundo del libro, en la cultura en la que está. En su larga trayectoria, y a mi modo de ver, Muchnik ha mantenido una posición clara pero independiente, marcada por el significado del coraje. Es un editor valiente, de los que se arriesgan por lo que debe ser y no por lo que el marketing quiere que sea. Irreprochable, ha hecho muy pocas concesiones a la moda o al gusto popular, lo que no signi-

fica que no acuda a temas de enorme repercusión o no coincida con el gusto público. Los libros de Montignac, por ejemplo, no trataban sobre el holocausto, que yo sepa. Y este del holocausto, o mejor, la condición judía que no ha negado nunca pero que tampoco es la marca exclusiva de su sello, si ha merecido su atención es porque merece la atención de todos. La custodia de la memoria forma parte del trabajo del editor de libros, y más aún: la reflexión sobre el pasado, la única arma que tenemos para que no se repitan sus dramas. La memoria, y también las propuestas: Muchnik se ha adelantado haciéndonos reflexionar sobre los brotes de fascismo, de intolerancia, de autoritarismo, y también, además del nazismo en sus formas históricas y en su amenaza actual, nos ha descubierto los horrores estalinistas, tan pronto se han abierto los archivos de la ex URSS. Y también los vicios que la democracia puede y debe evitar. Ha publicado novela, y no precisamente la que cuenta lo que el marujeo quiere escuchar, pero sí la que supone una apuesta o una recuperación necesaria, no vaya a ser que la gente sólo disponga de la novela masiva, la del *Qué me dices*, y sabiendo que toda apuesta es un riesgo de perder. En fin: con un par de catálogos a mano, cualquiera ve que Muchnik es un editor independiente, cargado ideológicamente, como debe ser.

Bueno: lo que ve el mundo de la cultura es que este editor es necesario, que es un peso pesado de la edición, que su significación es incluso más poderosa que sus propios libros, y que a la cultura española no le sobran personajes así como para poder permitirse su neutralización.

Cuando yo era una cría, leí *El desafío americano*, que entonces estuvo muy de moda. Servan-Schreiber mostraba —o me parece ahora que mostraba— esa nueva *nomenklatura* empresarial que acercaba a los dos grandes sistemas de entonces —ahora sólo queda uno— en un intento de preguntarse dónde estaba el poder, es decir, dónde estaba la capacidad de decisión. Y describía un sistema de poder económico en manos de las castas funcionariales, de los economistas, grupo que por aquel entonces, hace treinta años, comenzaba a tener entidad propia en España. En cualquier caso, la propiedad, los propietarios, escondían la cara bajo las especies de los Consejos de administración, se multiplicaban en sociedades anónimas, y crecían. Se podría decir que se «democratizaba» la propiedad, aunque su gestión quedaba delegada a un grupo de expertos profesionales de primer nivel —es decir, podemos decir ahora, pagados como de primer nivel. No otra cosa ocurría en el otro sistema, o en las sociedades de titularidad estatal, y había muchas en el sistema capitalista, y no digamos en España. Creo que estas categorías no entraron nunca en el análisis de los rojos de entonces, y se nos han caído en la cara, como tantas otras. Es obvio, y aún más obvio —o más expreso— en el otro sistema, que el primer interés de estos gestores, estos expertos, es continuar en su puesto, y con ese máximo de poder alcanzado. Es obvio también que tienen que rendir cuentas, pero en las estructuras piramidales —y todas las grandes empresas se dotan de esta estructura que garantiza la autoridad— siempre hay algún maestro armero al que pasárselas. Al lado del poder, la propie-

dad viene a ser lo de menos, si el salario es lo bastante alto. Estas castas gestoras toman decisiones anónimas, nunca hay «nada personal», porque lo personal está excluido. Y sin embargo, estamos cansados de ver las intrigas, los jueguitos, las maniobras para alcanzar el control o para hacérselo perder a quien lo tiene...

Para mí, el caso Mario Muchnik está por ahí. Tiene demasiado peso personal. Es demasiado editor. Para la cultura española es una pérdida, aunque como el ave fénix, va a salir de esas fugaces cenizas. Y lo de la solidaridad que decía, serán algo más que buenas palabras: el próximo mes de marzo, la Casa de América, a instancias de Rosa Regás, acoge un homenaje a la persona y al editor. Para mostrarle el reconocimiento, pero sobre todo el apoyo y la esperanza de que siga haciendo su trabajo. Esta sociedad le necesita. □

emblemático  
conseguido,  
en el hombre

## COLABORADORES

**MARIA ESCRIBANO**  
Escritora española

**VILEM FLUSSER (1920-1991)**  
Filósofo checo que vivió en Brasil y en Francia.

**ADOLFO GARCIA ORTEGA**  
Escritor español

**JAVIER GUTIERREZ VICEN**  
Especialista en derechos de autor. Director de VEGAP

**RADA IVEKOVIC**  
Filósofa croata. Investigadora del CNRS, vive en París

**RYSZARD KAPUSCINSKI**  
Periodista y escritor polaco

**PATRICIA MATEO**  
Escritora española

**ANA MARIA MOIX**  
Escritora española

**LOURDES ORTIZ**  
Escritora española

**ROSA PEREDA**  
Periodista española

**GUILLERMO PEREZ VILLALTA**  
Poeta y pintor español

**JAN STAGE**  
Periodista danés

**SILVIA TUBERT**  
Psicoanalista hispano-argentina

**ELIOT WEINBERGER**  
Ensayista norteamericano. Traductor y editor de poesía hispanoamericana

## TRADUCTORES

**ROSA PILAR BLANCO**  
Vilém Flusser

**CARLOS FORTEA**  
Ryszard Kapuscinski, Jan Stage

**EUGENIO MAJOR**  
Eliot Weinberger

**MIGUEL RUBIO**  
Rada Ivekovic

LETRA INTERNACIONAL no se hace responsable de las opiniones de sus autores, ni se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre ellos.

Portada sobre *Irezumi com adrão de cerâmica*, 1997, de Adriana Varejão, cortesía de Galería Soledad Lorenzo; © ilustraciones Jan Stage, Sven Bloch; © ilustraciones Vilém Flusser, Ciuco Gutiérrez; ilustraciones Picasso tomadas de la revista *Litoral*; fotografías de Bernard Plossu de la exposición *Alemería (1987-1994)*, por cortesía del Departamento de Exposiciones de la Comunidad Autónoma de Madrid; ilustraciones G. Pérez Villalta por cortesía de Galería Soledad Lorenzo; ilustraciones García Lorca por cortesía del Círculo de Lectores; © de las ilustraciones autorizadas VEGAP, Madrid, 1998.

## DISTRIBUCION

|           |  |
|-----------|--|
| ESPAÑA    | Librerías: Siglo XXI de España; Quioscos de prensa: COEDIS   |
| PORTUGAL  | Asirio & Albim - Rua Passos Manuel, 67 B - 1150 Lisboa<br>Teléf.: 356 27 43 - Fax: 315 29 35   |
| ARGENTINA | Prometeo Libros - Avda. Corrientes, 1916 - 1045 Buenos Aires<br>Teléf. y Fax: 953 11 65<br>Librería Gandhi - Avda. Corrientes, 1551 - Buenos Aires<br>Teléf.: 383 54 50 - Fax: 383 49 30 |
| CHILE     | Editorial Contrapunto - Avda. Eliodoro Yáñez, 2541 - Santiago de Chile<br>Teléf.: 223 30 08 - Fax: 231 06 94   |
| COLOMBIA  | Siglo del Hombre Editores Ltda. - Avda. CRA 3, 17-73 - A.A. 24692 Santa Fé de Bogotá D. C. Teléf.: 281 39 05 - Fax: 281 38 76  |
| ECUADOR   | Libri Mundi - Juan León Mena, 851 - Quito<br>Teléf.: 544 185 - Fax: 504 209  |
| MEXICO    | Librería Gandhi - Miguel A. de Quevedo, 134 - 01050 México D.F.<br>Teléf.: 6611041 - 6620601 - 6620988 - Fax: 6612043  |
| URUGUAY   | Beltrame Regina Libros - Soriano, 120 - 11100 Montevideo<br>Teléf.: 984215 - 915253<br>Librería Gandhi - Benito Blanco, 875 - Montevideo - Teléf.: 775870 - Fax: 480564                  |
| VENEZUELA | Grupo Editorial Alfa - Los Mangos, Edificio Alfa Las Delicias - 1050 Caracas<br>Teléf.: 715 676 - Fax: 762 02 10   |

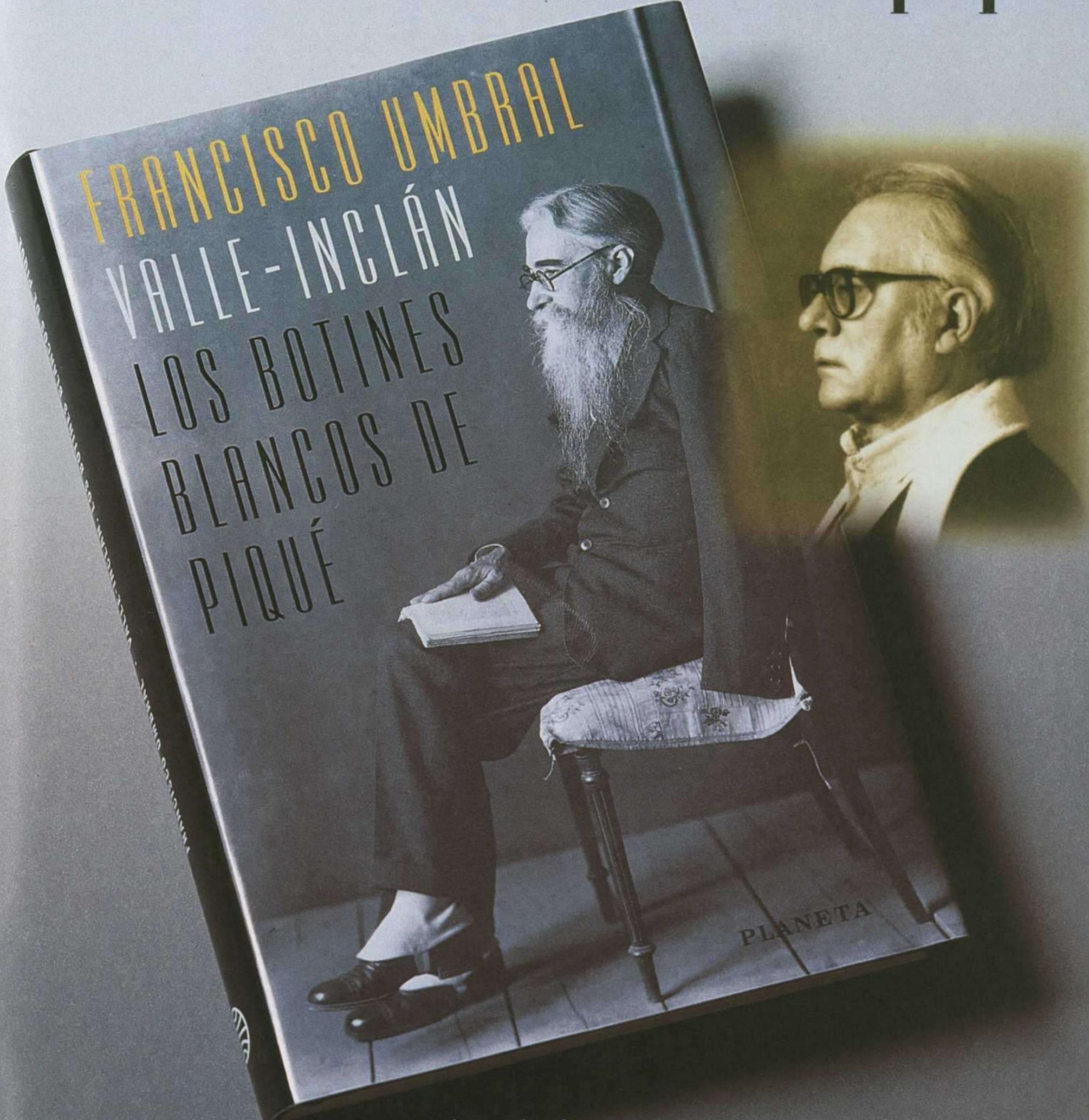
## REDACCIONES

|   |  |
|---|--|
| <b>BELGRADO:</b><br>LETTRE INTERNATIONALE<br>Dirección: Iovan Hristic, Antonin J. Liehm.<br>Redacción: Cika Liubina 1/V, 1100 Belgrado.       | <b>SAN PETERSBURGO:</b><br>LETTRE INTERNATIONALE<br>Dirección: Alexandre Ninov, Antonin J. Liehm<br>Redacción: Vsermirmoe Slovo, Spalernaia ul. 18, 191 187 San Petersburgo. |
| <b>BERLIN:</b><br>LETTRE INTERNATIONAL<br>Dirección: Frank Berberich, Antonin J. Liehm.<br>Redacción: Rosenthaler Str. 13, 10119 Berlín.      | <b>SCOPJE:</b><br>LETTRE INTERNATIONALE<br>Dirección: Blagoia Risteski, Antonin J. Liehm<br>Redacción: Ruzveltova 34, Apdo. 378, 91000 Skopje                                |
| <b>BUCAREST:</b><br>LETTRE INTERNATIONALE<br>Dirección: B. Elvin, Antonin J. Liehm.<br>Redacción: Aleea Alexandru, 38, sectorul I, Bucaresti. | <b>SOFIA:</b><br>LETTRE INTERNATIONALE<br>Dirección: Svetla Ivanova, Antonin J. Liehm.<br>Redacción: Open Society Fund, Serdika Str. 1, 1000 Sofia.                          |
| <b>BUDAPEST:</b><br>LETTRE INTERNATIONALE<br>Dirección: Eva Karadi, Antonin J. Liehm.<br>Redacción: Nagyened u. 11/A, 1123 Budapest.          | <b>VARSOVIA:</b><br>LETTRE INTERNATIONALE<br>Dirección: Jacek Kurczewski, Antonin J. Liehm.<br>Redacción: ul. Hipoteczna 2, P. O. Box 133, 00950 Varsovia.                   |
| <b>PARIS:</b><br>LETTRE INTERNATIONALE<br>Dirección: Antonin J. Liehm.<br>Redacción: 41 rue Bobillot, 75013 París.                            | <b>ZAGREB:</b><br>LETTRE INTERNATIONALE<br>Dirección: Slobodan P. Novak, Antonin J. Liehm.<br>Redacción: Trg Bana J. Jelacica 7, 41000 Zagreb.                               |
| <b>ROMA:</b><br>LETTRE INTERNATIONALE<br>Dirección: Federico Coen, Antonin J. Liehm<br>Redacción: Dogana Vecchia 5, 66086 Roma.               |  |

FRANCISCO UMBRAL

VALLE-INCLÁN

Los botines blancos de piqué



Un retrato apasionado del autor más emblemático de la generación del 98. Umbral ha conseguido, entre la vida y la obra, quedarse con el hombre.

EDITORIAL  PLANETA

FERIA INTERNACIONAL DE ARTE CONTEMPORÁNEO  
INTERNATIONAL CONTEMPORARY ART FAIR

PARQUE FERIAL JUAN CARLOS I, MADRID. ESPAÑA



Miguel Rio Branco. Colección Recorridos Fotográficos ARCO

PROGRAMAS ESPECIALES

Cutting Edge · Project Rooms · The 20th Century Revisited · Latinoamérica en ARCO II  
X Encuentros Internacionales en el Arte Contemporáneo · Mesas Redondas

PRÓXIMAS EDICIONES

1999, Feb. 11-16 Francia\* 2000, Feb. 10-15 Italia\*  
(\* Países Invitados)



MADRID 12-17 DE FEBRERO



Parque Ferial Juan Carlos I · 28042 Madrid · Apdo. de Correos 67.067 · 28080 Madrid España  
Tel: (34-1) 722 50 17 · Fax: (34-1) 722 57 98 · e-mail: arco@ifema.es · <http://www.arco.ifema.es>

